



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anton (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arná, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Briton de las Hererras (Manuel), Bisaco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camoamor, Camus, Canalejas, Cabete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corral, Coimetro, Correa, Cuesta, Gasto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Calamaque, Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarria (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echezaray, Eguiluz, Ecosura, Estrella, Enlate, Fábis, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrin Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gavangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenza, Guerrero, Inceaga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarria, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olóaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poes, Reinoso, Rotes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Romero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagacimaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmoron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ullón, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-  
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sel-  
 los si se usa.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Noviembre de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en billetes del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoc.—Locomoción aérea, por D. Antonio Arruti.—  
 Los hombres de la Democracia: Don Nicolás María Rivero, por don  
 Pablo Neugués.—El centenario de Bolívar, por D. Héctor Florencio Va-  
 rrela.—Los baños públicos en Roma, por D. F. Gomez de la Mata.—Las  
 Repúblicas hispano-americanas, por D. Eusebio Asquerino.—Boletos  
 históricos: Washington, por D. Ramon Barco.—La heredera de Kerou-  
 laz, por D. Alfredo des Esaris.—Pensamientos, por D. Alfredo de la Es-  
 cosura.—Dos años de gobierno de un presidente americano, por D. P. de  
 Navarrete.—Curiosidades, por D. Antonio M. Duimovich.—Costumbres li-  
 tuanas, por D. Argensio Escobar.—Historia de tres secuestros, por D. Ju-  
 lian Zugasti.—Sueltos.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

La reunion celebrada en la noche del 16 en casa del Sr. Martos, y el ingreso del partido democrático-progresista en la izquierda dinástica á las órdenes del duque de la Torre, son acontecimientos tan importantes que absorben naturalmente la atención de la quincena, sin que el no haber sucedido en esto nada que no estuviese previsto de antemano, haga perder ni un ápice de interés á su reseña.

Reuniéronse, como estaba anunciado, los individuos del comité central del partido para acordar las resoluciones más oportunas, en vista de las circunstancias por que atraviesa actualmente la política española; y el Sr. Martos, en un breve discurso, explicó á sus amigos el objeto de la reunion, expresando al mismo tiempo el alcance que, á su juicio, tenía el movimiento patrióticamente iniciado por el general Serrano.

«La izquierda, al tremolar la bandera de 1869—dijo—viene á representar una gran conciliación entre las fuerzas que están de uno y otro lado del puente de Alcolea; significa la sumisión de todos al principio de la soberanía nacional. La Constitución de 1869 es, en su título primero, la consagración de los derechos del hombre, y en su artículo 32 y concordantes el reconocimiento de la soberanía nacional.

«Nosotros no hemos defendido nunca como inalterable la forma de gobierno; hemos mantenido siempre la importancia del fondo y lo secundario de la forma. Esta fórmula es la única por donde claramente puede expresarse ante el país la reconciliación de la revolución de Setiembre con las instituciones restauradas.

«Acepta el rey, acepta la democracia; la conciliación entre estos intereses está en la Constitución del 69. El principio de la soberanía nacional, si no es una vana fórmula, significa que todos los

»poderes se derivan y están sometidos á la nación.

«¿Cuál debe ser la actitud de nuestro partido, en vista de las circunstancias? Nosotros hemos seguido una política de paz en presencia de los acontecimientos. La izquierda no puede formarse sin el ingreso de fuerzas revolucionarias de origen democrático.

«Nosotros, el Sr. Montero Rios y yo, hemos creído que debía hacerse el sacrificio de ciertos antecedentes ingresando resueltamente en la izquierda; y esto mismo han creído los diputados y senadores convocados á este mismo propósito; han creído que el partido debe tomar esta actitud. «Para someterla á su sanción he reunido este comité. El deliberará; pero yo he de darle ántes mi consejo. Los partidos políticos viven y se mueven para realizar fines sociales.

«Hemos creído que la democracia y la monarquía eran incompatibles y hemos buscado el camino de la revolución. Más tarde nos hemos separado de este camino por habernos convencido de que estábamos divorciados del país y de la legalidad dinástica. Hoy tenemos caminos abiertos en la legalidad.

«No puede negarse que, sin embargo de esto, hay que hacer algún sacrificio. Votamos el 11 de Febrero la República, voto que significa que la abdicación de Don Amadeo, la ausencia de la monarquía nos hizo pensar en algo que pudiera vivir con la legalidad de 1869. ¿Por qué? Porque la monarquía y la República han sido para nosotros formas, manera de gobernar á los pueblos.

«Vino la restauración; hicimos nuevas afirmaciones republicanas; ¿qué significaba esto para nosotros? Que hemos creído que para restaurar la legalidad del 69, no había otro camino que la revolución. Nos hemos equivocado, y lo que honradamente se piensa, honradamente se declara, y este es el sacrificio que tenemos que hacer. Hemos de elegir, entre el aislamiento y la solución que se nos ofrece.

«La empresa es digna del sacrificio. ¿Qué sucederá formada la izquierda? La izquierda no debe preocuparse de esto.

«Yo entiendo que, cuando los reyes emprenden ciertos derroteros, se debe tener confianza en el porvenir; más sea de esto lo que quiera, las consecuencias graves que en el caso más desfavorable pudieran ocurrir, son para examinadas por los demás, no por nosotros.»

Así quedaron determinados, desde un principio, los límites del debate. La izquierda se forma bajo la base de la Constitución del 69, que es obra

nuestra; nos dá lo que nosotros pedimos con tanta ansia á la legalidad. ¿Qué debemos hacer en este caso?

«Abrazar la izquierda, que piensa lo mismo que nosotros, y que solo se diferencia de nosotros en el procedimiento, pero ¿qué importa?—Decía más tarde el Sr. Montero Rios defendiendo la proposición de la Mesa. «¿Recordáis—decía—recordáis alguna bandera política que haya conmovido tanto los espíritus, y que haya encontrado tanto eco en la opinión como la de la izquierda liberal? Todos han visto en ella un iris de bienestar para el país y en un porvenir próximo la reconciliación de la paz pública con las libertades del pueblo.

«¿Será oportuna esta bandera para nosotros? «Cuando se trata de un partido cuya alma vamos á ser nosotros, ¿no es verdad que debemos concurrir á la formación de ese partido? Oportuno ó no el momento, desde el instante en que en esa bandera se inscribe nuestro dogma, ¿tenemos libertad de elección? ¿Podemos seguir siendo benévolo?»

«Un partido benévolo es un partido de oposición. De oposición ¿á qué? ¿A la Constitución de 1869? ¿No es nuestra obra?»

Leyóse la proposición que pedía al Comité central, se sirviese aprobar la declaración siguiente: «El partido democrata progresista, aceptando las aspiraciones de la izquierda, acuerda formar parte de ella y cooperar á la obra política que se han propuesto sus iniciadores.»

Y despues de un nuevo discurso del Sr. Martos, más elocuente que todos los que hasta ahora ha pronunciado, al decir de cuantos le oyeron, aprobóse la citada proposición en votación ordinaria. El partido democrático progresista sacrifica su ideal republicano, y perdiendo su propia personalidad, vá á formar el gran núcleo de la izquierda dinástica. Tras sí solo deja cuatro miembros del Comité central: los Sres. Romero Giron, Colongues, Gorgas y Avalos, que votaron en contra por no querer seguir la evolución de su partido. La izquierda estaba formada.

Inútil sería negar trascendencia á un acto como el realizado en la noche del día 16, quizá el más trascendental que ha tenido lugar en España hace mucho tiempo. Frente al Gobierno, dispuesto á batirle, colmando todas las aspiraciones liberales del país, álzase el duque de la Torre al frente de un partido numeroso y aguerrido, en cuyas filas forman los hombres de más prestigio y representación entre los demócratas españoles. La Constitución del 69 es su bandera; la unión de la monarquía y la libertad su fin; fin hermoso, pro-

pósito noble, digno de que la fortuna le ampare y le favorezca. ¿Corresponderá el éxito á las esperanzas que hoy hace concebir? ¿Se conseguirá esa alianza del trono y el pueblo, sin la cual no pueden vivir las monarquías en el siglo XIX? ¿Lograremos dar forma palpable á ese fantasma de la monarquía democrática, que ya una vez ha aparecido en nuestro campo, desvaneciéndose tan pronto, que alguno llegó á pensar que fuese engendro de la fantasía soñadora, y otros dedujeron de su poca resistencia la imposibilidad de amalgamar dos ideas contrarias, y comprenderlas en una fórmula sola y única? Solo el porvenir puede dar contestación á estas preguntas, y solución á estos problemas. De todos modos, el acto del antiguo partido radical, sacrificando sus propios ideales al bien del país y á la tranquilidad de la nación, é intentando concluir con las sublevaciones en España, es merecedor del respeto de todos. No vá á la monarquía; la monarquía viene á él, acepta la Constitución que él hizo, y él no puede rechazarla. Para los que nunca consideraron esencial la forma de gobierno, esto no es una inconsecuencia. Quieren la soberanía de la nación, los derechos individuales, la libertad en todas sus esferas. Cuando creen que esto no se lo puede dar la monarquía, van á la república; pero si la monarquía se lo ofrece á ella vuelven, considerando que la patria y la libertad están por cima de opiniones particulares del momento.

¿Qué haremos los que, considerando esencialísima la forma de Gobierno, dudamos que la monarquía pueda dar todo lo que ofrece, engañada quizá por su propio deseo? Nuestra situación no tiene nada de oscura, nada de ambigua, nada que dé lugar á confusiones. Acompañamos al partido hasta el punto de embarque y quedándonos en la orilla, le seguiremos atentamente con nuestros votos durante la peligrosa travesía. Si por fin arriba al puerto á que se dirige venciendo los obstáculos que á su paso han de oponerse, y arriba con toda felicidad, sin perder en el viaje ni uno solo de sus principios, sin abdicar ni de una sola de sus justas exigencias, en ese caso convendremos que nos hemos engañado y permaneceremos en nuestro retiro sin envidiar la gloria de los que se fueron, sin envidiar su fortuna, entregados á nuestro místico amor á la República, única que—á nuestro juicio—puede hacer feliz y libre á un pueblo. Pero si no nos engañásemos, si la nave no puede vencer la fuerza de la corriente, ó si al desembarcar no encuentra el país de oro con que se la brindó y en brazos del desengaño vuelven los que hoy se marchan tan contentos á llorar la pérdida de una nueva ilusión, entonces nos hallarán aquí mismo donde hoy nos dejan, vestales de una idea pura, hermosa, única á que rendiremos culto mientras nuestro cerebro piense, mientras lata nuestro corazón, y con nuestra fé inalterable y nunca decaída volveremos la calma á su ánimo y la fé perdida á su espíritu, y los acogeremos con respeto porque tendrán en su abono la gloria del intento no menos grande porque la suerte le haga fracasar. Tal es clara, determinada, fija, nuestra actitud, la actitud de los miembros del partido radical que no quiere renegar de la República.

Dentro de seis días se abrirán las Cortes, según decreto últimamente publicado en la *Gaceta*. Seis días, pues, faltan solo para que la política torne á su vida de agitación acostumbrada; breve plazo que pasará el Gobierno haciendo cálculos sobre los votos con que pueda contar para hacer frente á los disgustos que le aguardan, fortaleciendo la adhesión de los débiles, dando aliento á los pusilánimes, y disimulando con aparente serenidad la preocupación que la izquierda ha de causarle. Durante este tiempo, el nuevo partido terminará su organización disponiéndolo todo para la lucha que ha de sostener con el Gobierno. Para el día 30 está anunciada la reunión de diputados y senadores que simpatizan con las soluciones del duque de la Torre, y es de esperar que de esta reunión saldrá la unanimidad que constituye la fuerza de los partidos.

No será grande la que la izquierda necesite emplear para dar en el suelo con la fusión, muerta ya para el país y para las instituciones, y que no podrá resistir mucho tiempo los ataques de sus enemigos. Aíslala como se halla en el campo de la política, sin antecedentes, por que renegó de ellos apenas se vió en el poder, sin soluciones para los problemas que por todas partes la solicitan, no representando nada en el pasado, nada en el presente, no ofreciendo nada tampoco para el porvenir, el edificio, falto de cimientos, se derrumbará bien pronto y no ha de ser muy fuerte el viento que lo derribe. Allí quedará, convertido en monje de ruinas, para escarmiento eterno de los partidos; vivo ejemplo que les enseñará á no renegar en el poder de las ideas que los dieron vida en la oposición.

Si, después de apuntar la situación de los partidos en las presentes circunstancias, salimos de España para dar nuestro acostumbrado paseo por Europa, no hallaremos en ella ningún acontecimiento de importancia que valga la pena de ser registrado en nuestras columnas. Todo está tal como en nuestra última Revista lo dejamos. Sigue en Inglaterra la discusión del proyecto de reforma del Reglamento de las Cámaras, y continúa la mayoría en la misma favorable actitud hacia el Gobierno de S. M. Británica. No obstante los manejos de los conservadores, el Ministerio Gladstone obtendrá un nuevo triunfo parlamentario. Apenas

nubla la alegría que esto produce alguna noticia de Irlanda, en que últimamente un extraviado ha querido asesinar al juez Lawson, el encargado de plantear las leyes coercitivas en aquel país. Por fortuna, el atentado no llegó á realizarse. El culpable fué preso, y su proceso se lleva con gran premura, suponiendo todos que se le aplicará la ley en sus más rigurosas conclusiones. Este hecho, que ha causado general sorpresa en Inglaterra, donde se creía ya resuelta la cuestión de Irlanda, vuelve á poner sobre el tapete el fantasma vapo-roso de la Liga. ¿Existen aún las asociaciones secretas que se creyeron disueltas? y, esas asociaciones, ¿prosiguen su obra destructora, proclamando el asesinato como único medio de llegar á un fin? ¿O el atentado contra Lawson es un hecho aislado y sin importancia, que nada tiene que ver con el estado general del país? Esto es lo que tal vez dé á conocer el proceso comenzado. Sin embargo, dadas las opiniones de los mismos jefes de la Liga, apuntadas por nosotros en una de nuestras Revistas anteriores, no es pecar de optimismo el declararse por la segunda hipótesis, desechando en absoluto la primera.

Se han abierto las Cámaras en Italia, y el rey Humberto ha leído en la solemne apertura un discurso que ha causado muy buen efecto dentro y fuera del país. Los párrafos más salientes son los que se refieren al porvenir. Italia ha reformado mucho de su administración, pero aún le queda mucho por reformar, y para no desviarse de esta senda es preciso—ha dicho el rey—que desechando locas ideas de influencia en el exterior no malgaste sus naturales recursos en sostener un armamento costosísimo. Estas palabras parecen prenda segura de que no hay asomos de guerra europea en el horizonte. El día que las naciones se convengan de que su verdadera prosperidad está en el orden regular de su organización y en el desarrollo de sus fuentes de riqueza y no en ejercer presión sobre las demás ni en influir directamente en sus destinos, ese día se habrá dado un gran paso en el camino del perfeccionamiento de la humanidad. Desgraciadamente, ese día está muy lejos, y no obstante los propósitos del rey Humberto y del Gobierno italiano, no obstante la aparente cordialidad que reina entre Italia, Austria y Alemania, como los intereses de las naciones son tan encontrados, poco pueden significar estas palabras, que al menor acontecimiento bastaría á hacer caer en el olvido.

Vuelven las correspondencias de Rusia á señalar de nuevo una fecha á la ya tantas veces aplazada coronación del Czar. Si son ciertos los rumores que corren por Europa, esta tendrá lugar en el próximo mes de Abril, y ya están preparándose las invitaciones á las personas que han de concurrir á ella. Sin embargo, bueno será poner en cuarentena la noticia. Todo cuanto con Rusia se relaciona, es misterioso y sombrío, todo enigmático. Por causas desconocidas se ha aplazado varias veces la anunciada ceremonia; no está fuera de lo probable que á última hora otra nueva causa, desconocida como las anteriores, venga de nuevo á retardar la coronación del Czar ante su pueblo.

Para encontrar algo importante á que dar un puesto en la Revista, es preciso salir de Europa y dirigirse á Africa, á esa misma Africa, que hace algunos meses tiene sujeta la atención del mundo.

La cuestión egipcia, que parecía terminada, ha entrado en una nueva fase, más temible y más difícil de vencer que la célebre rebelión de Arabibey contra el Jedive. Cuando la presencia de los ingleses contenía á los descontentos de las ciudades, y restablecía en todas partes la discutida autoridad de Tewfik; cuando ya Inglaterra creía no tener que superar otras dificultades que aquellas que la opusiera la reorganización política de Egipto, hé aquí que nace un peligro grande que va á ser preciso conjurar á todo precio; hé aquí que aparece en el Sudán un hombre apellidándose profeta, enviado por Dios para arrojar á los egipcios, turcos y europeos, bajar hasta la Arabia y proclamarse califa en la Meca. Las primeras fuerzas egipcias, enviadas contra él, fueron fácilmente derrotadas, y este hecho, que nada tiene en sí de particular, ha ejercido gran influencia entre los suyos, que ya no dudan del poder sobrenatural de su jefe, poder sobrenatural que—según él—hace invencibles á sus tropas.

El número de sus partidarios aumenta de día en día, pues el falso profeta se dice enviado para defender la religión, y comprendiendo además, la índole de la población ignorante en que recluta sus adeptos, les ha concedido el derecho de merodear y saquear cuanto encuentran á su paso. Un nuevo hecho ha venido á aumentar las naturales complicaciones: las últimas fuerzas egipcias que el Jedive enviaba contra él, se han negado á embarcarse cuando ya estaban reunidas en Suez con este objeto, y la autoridad del profeta es reconocida en casi todo el alto Egipto, desde el extremo E. al extremo O., hasta Tivora por el N. y en Kartoum.

¿Quién es este hombre audaz que de tal modo explota en su provecho la estúpida credulidad de aquellos habitantes, entre los cuales era general la creencia de que al comienzo del nuevo año musulmán debía aparecer un profeta para ponerse al frente del Islamismo, y acabar con las tiranías extranjeras? Un tratante de esclavos, un tal Abu-

Kelat, persona muy influyente en aquellas regiones, que perseguido como sus colegas en su infame comercio de carne humana, y derrotado como ellos en la breve campaña de Gessi, juró vengarse de los ingleses que le perseguían, y está poniendo en obra su propósito.

Hé aquí una complicación con que no contaba Inglaterra, y que ha de darle muchos disgustos; pues por más que ahora parece no querer inmiscuirse en ella, los sucesos la obligarán á abandonar su actitud neutral, y sustituir á las tropas del jedive—sobre todo si éstas no quieren batirse—para oponerse á los progresos del pretendido profeta, pues por algo se ha declarado protectora del Egipto, encomendándose á sí misma la difícil tarea de restablecer las cosas en el mismo ser y estado que se hallaban antes de la rebeldía de Arabi. Las últimas noticias son favorables á Abu-Kelat. Su causa sigue aumentando más y más el número de creyentes, y ya hay quien piensa que solo un ejército regular como el ejército inglés podrá hacer entrar en razón á aquellos fanáticos musulmanes. Veremos qué hace Inglaterra.

El proceso de Arabi, lejos de terminar, se ha interrumpido. Antes de que el Consejo de guerra emita su fallo, el Gobierno del jedive quiere saber si Inglaterra dejará que ese fallo se cumpla, aunque sea, como debe suponerse, condenatorio. Entre los que desearían ver al dictador libre de las garras del jedive y sus ministros empieza á correr la especie de que el culpable será entregado á Turquía, para que el sultan, su legítimo señor, disponga como quiera de su suerte.

Durante el tiempo transcurrido desde nuestra última Revista, la democracia española ha experimentado una sensible pérdida de la que tardará mucho tiempo en consolarse: Estanislao Figueras ha dejado de existir.

Hay nombres que dicen más que podría decir un libro in-folio; nombres que encierran en sí una parte de la historia patria, y que, por tanto, no tienen que ir acompañados de vanas declamaciones. Quedense para otros menos importantes las frases de elogio, los alardes de oratoria; Figueras no los necesita; está tan íntimamente unido á los sucesos porque ha pasado España en estos últimos tiempos, que su so o nombre despierta en la memoria el recuerdo de esa lucha gigantesca sostenida por los amantes de la libertad contra los perjuicios y preocupaciones de otras edades ominosas.

Desde que vino á la vida pública, su existencia azarosa y llena de peligros es la misma existencia de la libertad en España, luz de vario reflejo que ya brillaba con resplandor inusitado en el cielo de la política, ya se extinguía, á punto de apagarse, como si las sombras que le amortiguaban pudiesen extinguirla por completo. En la prensa, en la tribuna, en las calles, siempre en la brecha, defendiendo siempre la causa santa á que se había consagrado, no se da un momento de reposo; agita las muchedumbres, las exalta, las conmueve, dispone de ellas á su antojo, y las hace amar lo que él mismo ama y aborrecer lo que él mismo aborrece; se coloca frente á frente de las instituciones que pretende derrumbar y lucha incesantemente, sin darse punto de reposo, sin que le imponga el arraigo ni la fortaleza de los males que se proponen destruir, y como la libertad en España tiene días tristes y días alegres, días de gloria y días de desastres, momentos en que luce esplendente, y momentos en que se eclipsa.

No es esta la ocasión de recordar los méritos del hombre ilustre que ha bajado al sepulcro llevándose las simpatías de todos los demócratas y el respeto de todos los españoles. Aun están calientes sus cenizas y las pasiones se agitan con demasiada fuerza para que no empañen la claridad del juicio. Los actos de Figueras podrán ser considerados de distinta manera, pero la posteridad no podrá menos de venerar como nosotros veneramos la memoria del paladin constante de la libertad, que á la libertad consagró sus desvelos y de la libertad hizo el fin de su existencia; la posteridad tendrá que reconocer en él una de las más preciadas glorias de nuestro sistema parlamentario; y si en alguna ocasión terrible de su vida le acusara de falta de energía, nunca podrá acusarle de falta de buena fé y honradas convicciones.

Sesenta y tres años tenía cuando la vida le ha abandonado; aun era fuerte, aun su voz era oída en los consejos, aun su nombre despertaba en el pueblo el entusiasmo y el ardor que despertara en otros días; la historia estaba lejos de haber escrito su última palabra sobre él.

Pero la muerte, eterna, niveladora, que del mismo modo derriba el árbol corpulento que da sombra al caminante, que el arbusto inútil que para nada sirve y nada significa, ha venido á herirle precisamente en los momentos mismos en que se opera una evolución importantísima en la política española, es decir, cuando más precisa era para muchos su presencia.

¡Otro que se vá! ¡Otro que huye de las miserias de este mundo terrenal en que el espíritu vive como aprisionado bajo pesada losa de plomo, hacia ese más allá desconocido, creado por la necesidad que tiene el hombre de no creer tan limitada su existencia! ¿Hallará en él la calma que todos le pedimos ó entrará en nuevo período de lucha y actividad? Arcano insondable la muerte, en ella se abisman todas las dudas, se desvanecen todas las

hipótesis. Pero si es cierto que el espíritu existe, y de su superioridad ha de juzgarse por los actos que realiza y lleva á cabo el sér que anima en la tierra, preciso es reconocer que el de Figueras era uno de los primeros entre los que han honrado nuestra patria.

HOE.

## LOCOMOCION AÉREA.

Sin embargo, el estudio de la aviación continúa ún, pero creemos que no tardará en ser abandonado, como ha sucedido con los sistemas anteriormente citados, por las razones que acabamos de exponer.

Descartados esos procedimientos, por estar ya convencidos de que no pueden proporcionarnos los resultados que de ellos se esperaban; lamentando nosotros la inutilidad de tan numerosos esfuerzos gastados infructuosamente en buscar la solución de ese trascendental problema; meditando seriamente acerca de la inmensa influencia que esa solución tiene necesariamente que ejercer en el porvenir de la humanidad entera; considerando además que las verdades que más difíciles parecen de descubrir se encuentran generalmente en lo más natural, en lo más sencillo, y convencidos finalmente, de que por los caminos que hasta ahora van marchando los investigadores jamás llegarán á obtener dicha solución, tan inútilmente buscada hasta ahora, nos hemos dedicado, durante bastante tiempo, á observar el proceder que, además de la aviación, propia exclusivamente de los séres organizados que poseen una voluntad automotora como las aves y los insectos alados, emplea la naturaleza para poner en movimiento en una dirección dada los cuerpos inorgánicos, inanimados, incapaces de ejercer movimientos voluntarios, que en igual volumen pesen ménos que el aire atmosférico que han tenido que desocupar; como son, por ejemplo, los gases, el humo, y los globos aerostáticos mismos, cuando son abandonados en la atmósfera; y hemos tenido la satisfacción de convencernos de que ese proceder consiste sencillamente, en impulsarlos por medio de las corrientes atmosféricas, obligándoles á que sigan la dirección que ellas les imprimen; procedimiento que constituye un sistema de aerostación enteramente nuevo en la práctica, y que creemos haber sido los primeros en proponerlo.

Para ello hemos tenido presentes las leyes evolutivas explicadas anteriormente en nuestro estudio filosófico publicado en LA AMÉRICA, según las cuales basta para aplicar á la práctica ese principio, el verificar una evolución en la que entran: el aire atmosférico, en forma de corrientes, como fuerza motora; el globo, suspendido en el seno de la atmósfera, como sér movido, y su marcha horizontal dentro de la misma atmósfera como fenómeno inmaterial, resultante del movimiento del globo.

La diferencia entre el sistema de aviación, que hace poco hemos reconocido como muy bueno, pero impracticable para el hombre, atendiendo á su organización física, y el que estamos proponiendo, como el más aplicable á la práctica artística, consiste en que el primero sería el arte elevado á una gran perfección, y el nuestro es la naturaleza misma, funcionando artísticamente á voluntad del hombre, en toda su admirable y sublime sencillez.

Estamos, pues, convencidos de que el sistema de locomoción aérea que proponemos, que se halla en conformidad completa con lo establecido en las leyes evolutivas fenomenales, debe ser aplicable en la práctica; sistema que, por su sencillez, es digno de ser comparado con el histórico huevo de Cristóbal Colon, pues basta indicarlo, para que todos crean que les era conocido; sistema, finalmente, que, á imitación del que emplea la naturaleza para con los cuerpos inorgánicos, consiste simplemente en conducir los globos aerostáticos á voluntad de los aeronautas encargados de su conducción, por medio de corrientes de aire, artificialmente creadas. Por lo que dedicaremos los párrafos siguientes á explicar los medios materiales que para obtener artísticamente el fenómeno inmaterial de su conducción en la dirección que desee el aeronauta conductor, deben emplearse con arreglo á lo que nos dicta nuestro criterio.

## IV

## GLOBOMOCION.

Para que pueda procederse á la experimentación práctica del sistema de locomoción aérea, cuyo principio fundamental acabamos de exponer, es indispensable crear un mecanismo, que tenemos ya proyectado; cuya explicación, para que se encuentre al alcance de todos nuestros lectores, exige que le supongamos dividido en tres aparatos parciales, enlazados entre sí de manera que ese enlace constituya un conjunto armónico, al que daremos el nombre de *Globomotor*.

En efecto, el hombre, para que pueda colocarse en el seno de la atmósfera terrestre, necesita un cuerpo sólido que le sirva de apoyo en sustitución del que abandona en la superficie de la tierra al desprenderse de ella; y el cuerpo más adecuado, que hasta ahora se ha inventado para ese objeto, le constituye, á nuestro parecer, el *globo aerostático*.

El primer aparato parcial, que debe concurrir á la formación del *globomotor*, es, pues, el *globo*; el cual debe reunir la forma y demás condiciones requeridas para el sistema de corrientes aéreas que hemos establecido.

Pero aún después de obtenido el globo de la forma que se desea, tampoco podrá el aeronauta colocarse en el seno del aire atmosférico, si no consigue obtener, que ese globo se convierta en un cuerpo específicamente más leve que el ambiente que le rodea, según queda demostrado al tratar de la aerostática; no podrá tampoco ascender á las capas superiores de la atmósfera, ni descender de nuevo á las inferiores ó á tierra, con la velocidad que crea conveniente para no estropearse al llegar á ella, sin que disponga de un aparato, que designaremos con el nombre de *suspensor*.

Finalmente, sin embargo de hallarse colocado ya en el seno de la atmósfera en un globo de forma adecuada provisto de su correspondiente aparato suspensor, tampoco le será posible al citado aeronauta, trasladarse del punto de la atmósfera en que se encuentre á otro designado con anticipación, con la precisión matemática que esa traslación exige, si no dispone de otro tercer aparato parcial, que obligue al conjunto del mecanismo *globomotor* á seguir la dirección que le impone su voluntad, y á variarla cuando á él le convenga; aparato que distinguiremos de los dos anteriores, con la denominación de *propulsor*. El *globo*, el *suspensor* y el *propulsor* son, pues, los tres aparatos parciales, cuyo conjunto armónico constituye el mecanismo *globomotor*.

Por lo tanto, para establecer definitivamente la construcción de ese mecanismo aerodinámico, es preciso que nos fijemos anticipadamente, en la forma que debe tener el *globo*, que ha de servir de punto de apoyo al aeronauta, para poder sostenerse en la atmósfera; para lo que dividiremos los globos en *ordinarios* ó no dirigibles, y en *dirigibles*.

Desde que los hermanos Montgolfier construyeron y elevaron el primer aerostato, la forma generalmente adoptada para la construcción de los globos ordinarios no dirigibles, ha sido y continúa siendo la esferoidea vertical, de figura de una pera abierta por su base inferior que es la más estrecha, para sustituir por ella el aire contenido en su cavidad con otro más enrarecido, como los habitantes de esta capital han podido observar hace pocos días con la Montgolfiera en que el capitán Mayet y otros aficionados se elevaron en el jardín del Retiro, ó para sustituir dicho aire con un gas específicamente más leve que ese fluido.

La preferencia concedida á esa forma se funda, en que la presión ejercida por el aire que rodea á los globos esféricos ó esferoideos, es igual en todos los puntos de su superficie exterior, y sus capas no presentan ningún punto más débil que otro, que pudiera ceder á esa presión y desgarrarla en dicho punto.

Pero los que han aspirado á resolver el problema de su dirección á voluntad de los aeronautas encargados de su conducción, se han convencido de que no es dicha forma la más adecuada para impulsar al globo en una dirección horizontal dada; sobre todo cuando las corrientes atmosféricas se dirigen en un sentido diferente ó contrario al que el aeronauta trata de seguir; porque la capa del globo presenta entonces, al aire que encuentra en su camino, una superficie demasiado extensa, que obliga á su conjunto á obedecer al impulso que le imprimen dichas corrientes; las cuales neutralizan y aún superan ordinariamente la potencia de los medios artificiales, que hasta ahora se han empleado para moverle en dirección distinta, cual sucede en los buques, cuando navegan en condiciones parecidas.

Ya á fines del siglo pasado, no lejos aún de la época en que los hermanos Montgolfier descubrieron la aerostática, cuyo descubrimiento data de una época demasiado reciente para formar historia, el general Meusnier, que murió en 1793 á consecuencia de sus heridas á los 40 años de edad, después de haber consagrado los diez últimos de su existencia á estudiar la solución del problema de que estamos ocupándonos, dejó escritas algunas Memorias, en las que recomendaba la forma oblonga horizontal del globo, para que fuese dirigible.

Apoyados en la opinión emitida por tan ilustre físico, M. Marey-Monge y M. Dupuy de Lome, adoptaron también esa misma forma, como la más apropiada para hacer andar á los globos en sentido horizontal distinto ó opuesto al de las corrientes atmosféricas naturales; y M. Giffard verificó luego dos ensayos bastante atrevidos, el uno en 1851, y el otro en 1855, para dirigir un globo de forma oblonga.

Poco tiempo después, en 1865, un ingeniero austriaco, llamado M. Haenlien, proyectó un globo dirigible de igual forma, y habiendo reunido los fondos necesarios para su construcción, procedió á elevarlo en Brünn, Moravia, en 1873, ensayo que no dió resultado favorable por causas extrañas á la configuración del globo.

Ese globo tenía una forma oblonga, casi cónica en sentido horizontal, terminando en su parte anterior en ángulo agudo, como la proa de un buque; tenía además un timón en su parte posterior, de forma de cola de pescado, y un hélice movido por gas, como propulsor para su marcha horizontal.

Sus dimensiones eran de 12 metros de longitud, y 3'50 en su mayor anchura, rodeándole en toda su circunferencia una galería más ancha por detrás que por delante, donde debían colocarse los pasajeros y demás efectos necesarios para su locomoción. El material de su construcción era seda barnizada de caoutchou en sus costuras.

Ultimamente, el vice-almirante ruso M. Sokonine, ha escrito una Memoria acerca de la dirección de los globos, en la cual, apoyándose en la opinión de M. Marey-Monge, propone la construcción de un globo de carton, pero no de carton ordinario. Dice que un sábio de Coertscrowna, llamado Taky, prepara un papel incombustible llamado *papel de piedra*, que se emplea en Suecia para la construcción de las casas, y ha servido hasta para construir en Bergen una iglesia en la que caben mil personas.

Las hojas de este papel se parecen al carton ordinario, pero son más elásticas, más ligeras y más sólidas; se fabrican de todos tamaños y reciben las formas que quieran dárseles.

Los globos que el vice-almirante ruso propone para construirlos con este carton-piedra, deben presentar en su parte superior, una superficie convexa, abombada ó de forma de media naranja prolongada en su extensión, semejante á la mitad superior de los cetáceos; y otra plana en su parte inferior, con una galería en derredor de esa base, que termina en ángulos agudos por ambas extremidades anterior y posterior, rodeada de una barandilla que sirva para contener á los viajeros y todos los enseres que necesiten para la locomoción aérea. El resto se compone de aparatos de suspensión y propulsion.

Las dimensiones que M. Sokonine da á su globo de carton-piedra son las siguientes:

Longitud.....	150 piés.
Latitud.....	75 »
Altura.....	37 »
Peso.....	2.620 kilóg.

Este globo se diferencia del propuesto por M. Dupuy de Lome, en que el del último, en lugar de ceñir su semi-globo á la parte superior, propone un globo oblongo completo dividido en su parte media por la galería que á ambos les rodea.

Teniendo nosotros presentes las condiciones que requiere en el mecanismo *globomotor*, el sistema que hemos planteado, tomaremos algo de cada uno de los globos proyectados por M. Dupuy y Sokonine.

Preferimos, en consecuencia, para nuestro globo-motor, un globo herméticamente cerrado cuya capa sea sólida y resistente, como en el Sokonine; pero que sea entero, como el de Dupuy de Lome, de forma oblonga en sentido horizontal, ó sea elipsóidea, parecida á la de un cuadrúpedo sin patas, ó un cetáceo sin cola, rodeado en su centro de una galería plana con su correspondiente barandilla, para que sostenga en su superficie al aeronauta conductor y sus ayudantes, así como todos los demás adherentes que requiere la aerostación; formando esa galería, con su proa y popa agudas, un buque, que puede sostenerse en el agua.

Con el objeto de que sea más ligero, creemos que en lugar de construirlo con carton piedra se eche mano del corcho barnizado para hacerle impermeable al aire, ó mejor del caoutchouc vulcanizado, el cual, desprovisto entonces de toda humedad, pierde gran parte de su peso; constituyendo de esa suerte un *globo-barca*, con dos semi-globos, el uno en su superficie superior, y el otro en la inferior, sirviendo este último de quilla; teniendo sobre los demás globos la gran ventaja de poder elevarse desde el agua y descender á la misma sin estropearse.

Los detalles que faltan de este primer aparato de los tres, que han de concurrir á la formación del conjunto del mecanismo *globo-motor*, no los podemos precisar aun, porque indudablemente fenderán que ir modificándose según lo vayan reclamando los ensayos que habrán de verificarse, antes de aceptarlo definitivamente; por lo que pasaremos ahora á describir el segundo aparato parcial, que hemos designado con el nombre de *suspensor*.

La corta historia de la aerostática nos da noticia detallada de los procedimientos, que se han empleado y siguen empleándose para ascender y descender los globos aerostáticos, que se trata de suspender ó se encuentran suspendidos en la atmósfera.

Los casi exclusivamente usados hasta ahora son: el primitivo, empleado por los hermanos Montgolfier, que consiste en el enrarecimiento del aire contenido en su cavidad, por la introducción en la misma del *humo* resultante de la combustión de papel, paja mojada ó trapos verificada al par de la abertura que esos globos poseen en su parte inferior, para su ascension, y la entrada del aire por la misma abertura, para su descenso; tomando en consecuencia los globos inflados por ese procedimiento el nombre de *Montgolfieras*; cuyo modelo puede observar el público de esta capital en el que se ha elevado estos días el capitán Mayet desde el jardín del Retiro.

Al poco tiempo fué sustituido ese procedimiento con el de la introducción, en la cavidad globalar, del *gas hidrógeno*, que es catorce veces y media ménos pesado que el aire atmosférico; pero en vista de la dificultad que existe para obtener ese gas en gran cantidad, y en atención á lo elevado de su precio, se le prefiere ya el gas del alumbrado, aunque es más pesado, por su baratura y la

facilidad que hay para introducirlo dentro de los aerostatos. En estos dos últimos casos, el descenso se verifica dando salida al gas por la abertura que cierra la válvula de seguridad existente en el vértice del globo, abriéndola desde la barquilla.

Mas todos los sistemas citados presentan grandes inconvenientes para la seguridad de los aeronautas. En primer lugar, las montgolfieras resisten poco tiempo en suspensión; porque como las capas atmosféricas van disminuyendo en temperatura, el aire enrarecido que contienen las montgolfieras se va condensando, y los globos, hinchados por este procedimiento, descienden al poco tiempo de su suspensión con una rapidez cada vez mayor, sin que el aeronauta sea dueño de modificar ese descenso para caer en un punto en que no peligre la construcción del globo, y por consiguiente su existencia.

En los dos últimos procedimientos, la colocación de los aeronautas en la barquilla, situada debajo de la abertura inferior del globo, les prohíbe valerse del fuego, para evitar que prenda el gas que se encuentra sobre sus cabezas y se incendie el globo; además existe el peligro de que, elevándose ese aparato á zonas atmosféricas en que hay poca presión, el gas dilatado en proporcion, con arreglo á la ley descubierta por Mariotte anteriormente citada, puede comprimir la capa del globo hasta el extremo de romperla, produciendo una caída precipitada; y finalmente, una vez inflado el globo, ya no puede el aeronauta sino perder cierta cantidad de gas abriendo la válvula del vértice, pero no reemplazarlo; teniendo que atenerse solo á la expulsión del lastre que luego desaparece, y quedar en consecuencia sometido á las vicisitudes que esas condiciones pueden producir en el aerostato; vicisitudes que pueden llegar hasta el grado de no poder evitar una catástrofe, que concluya con la existencia de los aeronautas. Esto prueba la necesidad de sustituir esos procedimientos con algun otro que ofrezca más seguridad á los aeronautas, para que se puedan conjurar, en lo posible, las desgracias que hasta ahora han ocurrido.

Lo primero que procede, pues, para obtener un verdadero progreso en la manera de convertir los globos aerostáticos que se trata de suspender en la atmósfera en cuerpos específicamente más leves que el aire de que se ven rodeados, consiste en sustituir el fluido contenido en su cavidad con otro del menor peso posible y cuya cantidad existente dentro del globo dependa de la voluntad del aeronauta conductor, porque entonces podrá éste hacerle subir ó bajar alternativamente en la atmósfera cuantas veces quiera ó obligarle á quedar suspenso en una zona dada por el tiempo que le convenga, y ese es el fluido que vamos á buscar en los párrafos siguientes.

Hemos dejado demostrado en el estudio filosófico tantas veces mencionado en este escrito, que no existe vacío absoluto en el universo, pues en el momento en que tratamos de producirlo extrayendo de un cuerpo hueco el aire que llena su cavidad, inmediatamente, en el acto mismo, es ocupada esa cavidad por otro fluido, sea más grave ó más leve que el extraído; habiendo presentado como ejemplos, para el primer caso, lo que se observa en una bomba absorbente, una de cuyas extremidades se encuentre introducida en un líquido cualquiera, en la cual, haciéndola funcionar, el aire extraído de su cavidad es reemplazado por el líquido en que uno de sus extremos se halla sumergido; sistema que se usa generalmente para traspasar las bebidas alcohólicas de un barril á otro, por medio de un tubo de metal cuyo aire se extrae por una fuerte aspiración verificada en el extremo libre; y para el segundo caso, el de una máquina neumática ordinaria, cuya campana de cristal, aun después de extraído el aire contenido en ella, queda trasparente, lo que prueba que existe aun en su interior el fluido imponderable éter, cuyos movimientos apropiados son los que únicamente pueden dar lugar á la presentación del fenómeno luz; pues si dejara de existir en esa cavidad ese fluido imponderable, quedaría completamente oscura. No pudiendo, pues, obtenerse el vacío absoluto en ningún punto del universo, que se encuentra todo lleno de materia más ó menos fluida ó condensada, donde nosotros creemos que le hemos obtenido extrayendo el aire, queda siempre el éter, que sustituye al aire que hemos extraído.

El éter es, pues, el fluido imponderable, que sirve, con sus movimientos químicos, para la constitución y formación de los seres que existen en este planeta, y que, moviéndose físicamente, da lugar á la presentación de fenómenos inconscientes; por que los considerados hasta ahora como imponderables, cuales son los llamados fluido eléctrico, magnético, calórico, luminoso y nervioso no los consideramos nosotros como tales fluidos.

En efecto, la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz y la invención no son sino fenómenos inmatériales resultantes de evoluciones especiales, cuyo ser movido por fuerzas variadas es el éter; el cual, segun sea el motor á que obedece, da lugar á la presentación de cada uno de los fenómenos citados, en el orden en que se encuentran relacionados con los movimientos que ejecuta; fenómenos que siempre son inconscientes para los cuerpos que concurren á esa presentación. Por eso propusimos que las palabras electricidad, magnetismo, etc., se sustituyeran con las denominaciones respectivas de éter eléctrico, magnético,

térmico, luminoso é invador, que son más lógicas que las anteriores.

Existe, además del éter, otro fluido tambien imponderable, al que hemos dado el nombre de alma, que se diferencia del anterior, en que sus vibraciones producen fenómenos conscientes, como son los mentales; sin que podamos designar otro alguno hasta el presente.

Los dos únicos fluidos imponderables, es decir, cuyo peso no podemos apreciar por insignificante, y cuya existencia no ha llegado á conocer hasta ahora el hombre del planeta que habitamos son, pues, el etéreo, encargado de dar lugar con sus movimientos á la presentación de los fenómenos químicos y físicos, inconscientes para sí mismos y para los cuerpos materiales que intervienen en esa presentación; y el animico, productor, tambien dinámicamente, de los fenómenos intelectuales ó mentales, los cuales son conscientes, no sólo con respecto á sí mismos y los organismos que animan, así como á los que observan en los demás seres, más ó menos inteligentes, que les rodean, sino tambien con respecto á los fenómenos etéreos inconscientes que ellos promueven ó perciben, en virtud de su autonomía motora.

De esto habrá provenido la division, generalmente adoptada, del mundo, en macrocosmo, ó mundo físico inconsciente, y microcosmo, ó mundo moral consciente, concediendo la dirección de las evoluciones á este último, y quedando solo la sumision para el primero.

De estos dos fluidos, únicos reconocidos como imponderables en este planeta, la posesión del segundo no se encuentra al alcance del hombre; pues, por lo que nos manifiestan los fenómenos mentales conscientes, que forman nuestra inteligencia, sabemos que el alma reside en el cerebro respectivo de cada ser inteligente, pero, cuando tratamos de apoderarnos de él, llevando nuestras investigaciones hasta el punto en que reside, el individuo deja de vivir, y el fluido se escapa, sin dejar rastro alguno de su existencia. La posesión del fluido animico no se encuentra, pues, á nuestro alcance, y no podemos, por consiguiente, valernos de él para nuestros experimentos aerostáticos.

Mas no sucede lo mismo con el éter, como lo prueba el ejemplo siguiente:

Cuando de una máquina neumática extraemos el aire contenido dentro de la campana de cristal, donde anteriormente hemos introducido un animal vivo cualquiera, observaremos, que segun vaya saliendo el aire, el animal se asfixia por falta de fluido respirable y queda como muerto, muriendo en realidad si se le abandona en esas condiciones; pero si antes de que llegue ese extremo introducimos de nuevo el aire en la campana, el animal vuelve á respirar y recobra las condiciones de vida que antes presentaba.

Este ejemplo nos manifiesta, que el aire atmosférico contenido dentro de la campana, y necesario para la respiración del animal encerrado en ella, habia sido extraído; y sin embargo, si esa operación se hace de día, como sucede generalmente, el interior de la campana permanece claro, demostrando con eso, que si bien habíamos extraído el aire, la campana habia quedado llena de éter, el que se oponia á la formación del vacío, puesto que persistía en su interior la claridad, que requiere esencialmente la presencia de ese fluido imponderable ejerciendo movimientos luminosos. En consecuencia, si nosotros llegamos á sustituir el aire encerrado dentro de nuestro globo con el imponderable éter, habremos conseguido disminuir el peso del globomotor, en lo que pesaria el gas, que hasta ahora deberia servir para inflarlo.

Creemos tambien, que teniendo un globo de capa sólida que resista á la presión atmosférica sin doblegarse á pesar de la extracción del aire contenido en su cavidad, como el que hemos elegido, esa sustitución es muy fácil; pues bastará con dejarle una abertura por donde se extraiga el aire contenido en él, por medio de una máquina neumática fabricada expresamente con las condiciones que requiere el mecanismo en conjunto y colocada en la galería que rodea al globo, para conseguir su ascension en la atmósfera; y otra abertura de la que salga un tubo de caoutchouc con varias llaves que formen compartimientos diferentes, que permitan la introducción parcial y graduada del aire en la cavidad globular, con el objeto de que la velocidad del descenso ó su nueva elevación se verifique á voluntad del conductor.

Este aparato suspensor reúne, sobre los procedimientos hasta ahora empleados, las ventajas de no tener el fluido que ocupa la cavidad del globo peso alguno apreciable; de no exponerse á que se rasgue su capa en las zonas superiores atmosféricas, por la presión que de dentro á fuera ejercen en ellas los gases que llenan dicha cavidad; de no necesitar válvula alguna para los detalles de su suspensión en la atmósfera, y de disponer el aeronauta conductor de los medios de ascender, permanecer en suspensión, ó descender en la atmósfera cuantas veces quiera, con solo extraer ó introducir en la cavidad del globo la cantidad de aire atmosférico que le convenga, con lo que terminamos la descripción del aparato suspensor, segundo de los que han de concurrir á la formación del mecanismo globo-motor.

Dado el globo de las condiciones requeridas para el objeto que nos proponemos, y el suspensor que pone el mecanismo globo-motor en conjunto sometido á la voluntad del aeronauta encargado

de su dirección, para que pueda verificar su ascenso, estacion y descenso, solo falta ahora poner tambien al alcance del mismo, el tercer aparato parcial que le permita hacerle marchar horizontalmente, en las capas atmosféricas que elija y en las direcciones que le convengan; y ese será el aparato propulsor, á cuya descripción nos hemos comprometido, á fin de completar los medios que conceptuamos indispensables, para conseguir la locomoción aérea á voluntad del aeronauta encargado de conducir ese globo-motor.

Este tercer aparato debe ser, si cabe, más sencillo aun que los dos anteriormente descritos, á fin de evitar los inconvenientes que ofrecen en la aerostática los mecanismos complicados, como sucede en el sistema de aviación. Por eso nos hemos fijado en un aparato, que puede, á su vez, subdividirse en otros que vamos á explicar.

El primero de ellos está compuesto de dos hélices encerradas respectivamente en otros tantos receptáculos de poco volumen, de forma de caracol y casi herméticamente cerrados; cuyos hélices son movidos por medio de manubrios que les hacen girar con una rapidez vertiginosa, formando dentro del receptáculo una verdadera tormenta de aire; el cual, después de entrar por una pequeña abertura destinada á su introducción, sale por otra convertida en fuertes corrientes; aparatos que distinguiremos con el nombre de ventiladores.

El otro está sencillamente formado por dos especies de pantallas colocadas en las partes laterales de la galería que rodea al globo, y sirven para recibir el choque de las corrientes expedidas por los ventiladores; por lo que deben tener suficiente flexibilidad para no rechazar esas corrientes, empleando para su construcción tejidos muy claros, entre los que se enlacen, por ejemplo, algunas plumas de aves; ser tambien susceptibles de que las haga girar el conductor ó fijarlas en una posición dada, segun sea la superficie de ellas que quiera presentar á las corrientes naturales que le rodean, y tener, finalmente, la forma de un escudo romano, cuya superficie posterior sea algo cóncava para recibir las corrientes artificiales, y la anterior convexa con una punta aguda en su centro, á fin de cortar las corrientes naturales que vengan en sentido opuesto al que lleva el globomotor; á cuyas pantallas aplicaremos el nombre de remolcadoras; porque son realmente las que remolcan al globomotor, obligándole á que siga la dirección que á ellas les imprimen las corrientes artificiales, creadas y expelidas sobre su superficie, por los ventiladores correspondientes.

Esos ventiladores, que hemos visto funcionar y van sustituyendo en el día á los históricos fuelles de fragua, porque tienen sobre ellos la gran ventaja de crear corrientes continuas, en lugar de las intermitentes que producen los fuelles tradicionales, deben estar sueltos, para que sean manejados con facilidad por la mano del hombre; con el objeto de que el aeronauta conductor pueda dirigir las corrientes creadas por ellos, ya sobre una ú otra de las remolcadoras aisladamente, cuando trata de virar el globomotor en dirección lateral distinta ó en otra opuesta de la en que se encuentra; ya sobre ambas á la vez, si quiere propulsarle hácia adelante; para cuyo caso pueden arreglarse los ventiladores, de manera que un hombre solo pueda hacer funcionar á ambos á la vez, por medio de un manubrio que enlace con ellos.

Reunidos, pues, armónicamente un globo, un suspensor y un propulsor, tal cual los hemos descrito, formarán el mecanismo globomotor que tenemos proyectado; en cuya construcción se deberán emplear los materiales más ligeros posibles; con tal de que sean suficientemente resistentes, para el funcionamiento de cada uno de los aparatos parciales que hemos citado.

Pero para que ese mecanismo pueda sostenerse en el aire en equilibrio, le falta el centro de gravedad, que debe existir en su parte inferior; centro que puede formarse, ya agregándole una barquilla como las que llevan los globos actuales, sostenida por su correspondiente red, y haciendo pasar las cuerdas, que han de sostenerla, por agujeros existentes en la galería; barquilla que puede servir para conducir los viajeros, ocupando la galería solo el conductor y su ayudante; ó colgando del centro inferior un cuerpo de suficiente peso, como por ejemplo una ancla, que sirva para el descenso.

En el caso de que se prefiera la barquilla, será preciso que esté sostenida de manera, que los viajeros que van en ella puedan subir con facilidad á la galería en un momento de peligro dado; como por ejemplo cuando descienda el globomotor al agua, ó en un caso de descenso rápido en tierra que pudiera ocurrir sin poderlo remediar el conductor; para cuyos eventos convendrá, que las cuerdas, que sostienen la barquilla, formen escalas que terminen en la galería, ó que desde ésta pueda colocarse esa barquilla al nivel de esa galería.

El mecanismo globo-motor arreglado de esta manera, reúne una porción de ventajas, de las que carecen los demás que hasta ahora se han proyectado. En primer lugar, la forma del globo es la más apropiada para moverse en sentido horizontal, cortando las capas aéreas que atraviesa, aun cuando reinen en ellas corrientes distintas ó contrarias á la dirección que sigue; en segunda lugar, disponiendo del aparato suspensor descrito, puede ascender, descender y mantenerse en la capa atmosférica que elija, sin necesidad de gas, vál-

vula al lastre; en tercer lugar, puede ese conductor virar de bordo en los grados que desee, con solo dirigir las corrientes aéreas sobre una sola de las ventiladoras, y hacer marchar al conjunto del globo-motor en la nueva dirección en que se ha colocado, con solo hacer funcionar á la vez á ambos ventiladores; de modo que en rigor basta solo el conductor para dirigir ese mecanismo, atendiendo alternativamente á la máquina neumática y á los ventiladores, ventaja inmensa para la locomoción aérea.

En caso de ser sorprendido por una tempestad, como los huracanes no ocupan toda la extensión vertical de la atmósfera, podrá el conductor subir ó bajar á una zona en la que el aire se encuentre en calma relativa; donde continuará su marcha en la dirección que llevaba, dominando con la potencia propulsiva de las corrientes artificiales, de que dispone, las naturales que le sean contrarias; y finalmente, ese mecanismo le puede servir de medio de navegación si se ve en la precisión, por algún incidente imprevisto, de bajar al mar, lago ó río distantes de la tierra; sustituyendo en esos casos á las velas de los buques, los ventiladores y las remolcadoras de que dispone, para llegar á la costa más próxima.

Respecto al aeronauta conductor, creemos indispensable que posea los conocimientos náuticos que se exigen para ser piloto de buque; que vaya provisto de una aguja de marear, y de los correspondientes instrumentos físicos, como son: barómetro, termómetro, etc., para que pueda dirigir el globomotor de día y de noche por todas partes, calculando la dirección, sin que necesite ver el país que recorre, sino los mapas geográficos que siempre tendrá á la vista, como lo verifican los pilotos de los buques en alta mar; llevando para esas observaciones una lámpara, cuya luz se halle bien resguardada de la acción de las corrientes aéreas para que no se apague.

En estas condiciones, que se encuentran en perfecta armonía con lo que reclaman las leyes evolutivas que existen en la naturaleza, creemos que nuestro mecanismo globomotor no puede menos de resolver el problema de la locomoción aérea cuya solución andábamos buscando; pero no confiando del todo en nuestro exclusivo criterio, sometimos el sistema al exámen de Mr. Godard, aeronauta de París, de gran reputación europea, quien en contestación nos dijo que «después de haber reflexionado con madurez el sistema completamente nuevo que le confiamos para la dirección de los globos aerostáticos, ha adquirido la convicción de que es perfectamente aplicable.»

A pesar, pues, de que todas las probabilidades se encuentran á favor del buen resultado de nuestro sistema, nos hemos abstenido de fijar en este escrito una porción de detalles, necesarios para completar el mecanismo globomotor y hacerle funcionar con la precisión debida; siendo los principales de ellos, los materiales que deben emplearse en la construcción de los tres aparatos parciales, el peso de cada uno de ellos y el total del mecanismo, y finalmente, las dimensiones que deben tener; porque sabemos que sucede con frecuencia que la mente del hombre, que es el ser más inteligente de nuestro planeta, sea por no haber observado con la debida atención la marcha evolutiva de los seres para la presentación de algunos fenómenos, sea por haberse escapado algún detalle, por insignificante que fuere, forma á veces sistemas que le parecen lógicos y verdaderos, y sin embargo, al aplicarlos prácticamente se encuentra con que los hechos no corresponden exactamente á su criterio, teniendo que modificar, en mayor ó menor grado sus detalles. Por eso se exige en el día que la ciencia sea experimental, es decir, que las verdades concebidas teóricamente, sean sancionadas por la experimentación práctica, y este último requisito es el que falta á nuestro sistema de corrientes aéreas artificialmente formadas, requisito que no nos es posible llevar á cabo por no contar con medios para ello.

La humanidad tendrá, pues, que aguardar á que algún genio protector, como lo fueron los hermanos Montgolfier hace un siglo, se decida á cooperar á los ensayos necesarios para la demostración práctica de nuestro sistema.

ANTONIO ARRUTI.

## LOS HOMBRES DE LA DEMOCRACIA.

• DON NICOLÁS MARÍA RIVERO.

Hablemos del maestro. Frecuentaba las aulas de la Universidad de Sevilla por el año de 1834, y al iniciarse el de 1835, podía ejercer la medicina. Cursó á seguida la carrera del Derecho y no tardó en acreditarse como abogado. La luz de sus ojos, la amplitud de su frente, la bóveda de su cabeza, la majestad de su rostro, prometían desde luego el más dichoso concierto de extraordinarias facultades. Y no lo prometían en vano. Aquel niño aun imberbe, juntaba á la inteligencia profunda el carácter resuelto; á la voluntad firme, el ingenio perspicuo. La prontitud de concepción y la gracia de los hijos del Medio día, le eran tan naturales, como la madurez de juicio y la anchura de perspectivas características en los hombres distinguidos del Norte. El valor y la generosidad completaban el cuadro de las cualidades reunidas en el

alma de D. Nicolás María Rivero, para hacer venerable su memoria.

Tenia esas inocentes puerilidades tan propias de los espíritus superiores, y esa benevolencia universal tan involuntaria en los corazones magnánimos. Los que le trataron saben cuán indulgente solía mostrarse con las ajenas miserias, cuán olvidadizo de las ofensas propias, cuán entusiasta ante los méritos singulares de amigos y adversarios. Cuando Emilio Castelar comenzaba á lucir en la cátedra del Ateneo los esplendores de su maravillosa elocuencia, Rivero alcanzaba en la tribuna parlamentaria la plenitud de su prestigio. Jefe de un partido fuerte, alma de un periódico respetado, guía de una minoría importante, conociendo su valer personal como su poderío, admiraba las prendas y los afanes de los otros. Pocas noches dejó de honrar con su presencia las lecciones del joven tribuno á quien llamaba el primer orador del mundo. Y si alguno, bien por adulación, bien por envidia, le anunció el fracaso de una semejante palabra para el día en que se aplicaría á la lucha continua de las Asambleas políticas, «lo mismo se dijo antaño de D. Joaquín María López,» replicóle Rivero con enojo. A él le reconoció siempre la recta inteligencia que le adorna, y á Martos nunca le negó la viveza ni la magnitud del entendimiento que le enaltece.

Una tarde que acababa de obtener, sobre Posada y sobre Cánovas, uno de sus hermosos triunfos oratorios, al felicitarle cierto indiscreto amigo, hubo de menospreciar las dotes del último personaje, entonces simple subsecretario y diputado de esperanzas.—El tiempo convencerá á Vd. de injusticia, le objetó severo. De Ríos Rosas hacia elogios extremados, y á González Brabo le aplaudía los triunfos con deleite. Vanagloriábase de no haber injuriado á nadie durante su larga vida pública, y guardaba para los libelistas sus únicos desdenes. La grandeza de su ánimo imponía el respeto hasta á sus emulos. Jamás se le atrevió Sagasta, que no cesó de odiarle. Figueras pensaba de él que había nacido para el mando, y él pensaba de Figueras que había aportado á la democracia sus aptitudes cortesanías. Para la calumnia encontraba siempre un veto en la conciencia. A pesar de la superioridad de su talento, sentía hacia la abnegación del marqués de Albaida un sincero respeto. Le regocijaba el ingreso de los nombres famosos ó de los caudales pingües en las filas republicanas. Y no porque fuera ni vano, ni servil, sino porque era apóstol. Una idea que penetra en todas las esferas y que recluta en todas las clases, decía, puede considerarse victoriosa. Adoraba en su democracia como en sus hijos, y adoraba en sus hijos como se adora en la más santa cosa de la tierra.

Ahí está el hombre; bosquejemos ahora el político. Un solo pensamiento, el de someter la opinión por lo práctico de la propaganda y el de ganar las ausencias por lo noble de la conducta, informa sus trabajos de toda la vida. Desde que aparece en las Cortes de 1845 formando con Orense y con Ordax un núcleo desgajado del añoso tronco progresista, pero más radical en las soluciones y más consciente de los ideales, hasta que baja al sepulcro en 1877, llorado por todos los liberales y estimado por todos los españoles, siempre fué el mismo. Riñó con Sixto Cámara tremendas batallas antes de imprimir á su partido el sello de legendarios sonambulismos que despertara del 30 al 48 la democracia francesa. Trató con los socialistas paces prudentes, primero de desmembrar por teóricas cuestiones fuerzas cuantiosas. Articuló un programa concreto que aún es nuestra bandera, y dejó á la libre especulación vastos horizontes. En 1854 vota contra la monarquía por servir á la libertad, y en 1855 se dispone á apoyar por la misma causa un Ministerio de demócratas y progresistas bajo la dinastía reinante. El año 1856 resiste con los buenos patriotas la reacción palaciega, y señala, aun cuando en vano, á Espartero, el camino de la victoria. En 1858 vuelve á escalar de nuevo el Parlamento, sobre el cadáver del malogrado Bru, y contra el empeño del poderoso O'Donnell, para insistir en la vieja protesta contra las intrigas triunfantes y tornar á la eterna defensa de los fueros populares.

Terrible y pertinaz, no cesa en la campaña sino para emprenderla con más brío. Nadie lamentó tanto la imprudencia con que Ruiz Pons se procurara un proceso y un destierro. Pero nadie apuró como él ante los tribunales y ante la opinión, los recursos de la legalidad. Si en 1864 lleva su partido al retraimiento, cuidando de advertirle que era la revolución, y en 1866 se bate como soldado en las barricadas, después de haberse entendido como político con Prim y con Olózaga, en los banquetes y en los comités preparatorios de la memorable rota, consiste en que juzgaba necesario ahondar los abismos interpuestos entre la dinastía y la izquierda monárquica. Nuestro desastre es nuestro porvenir, exclamaba el 23 de Julio, apercibiéndose para tomar seguro bajo pabellón extranjero. No tardaron los sucesos en confirmar la profecía.

Antes, en 1859 y 63, sostuvo con sus afines polémicas ruidosas, que le ocasionaron personales lances. Pero fué porque rechazaban aquel programa salvador, que repitieran al unísono los pueblos todos de la Península al contemplarse libres el 29 de Setiembre: un valiente caudillo, no en todas ocasiones tratado con justicia, el duque de la Torre, reconoció al entrar en Madrid coronado con los laureles de Alcolea, la parte que á Rivero correspondía en su apoteosis. ¡Espectáculo consolador

que quisiéramos ver repetido en trance análogo! La espada supo acatar la idea, y la idea fructificó bajo las ruinas del combate.

La intervención de D. Nicolás María Rivero en los negocios públicos, fué tan activa de 1839 á 1873, como lo había sido en los asuntos democráticos de 1848 á 1869. Alcalde, consagra al reposo de la villa el tesoro de su energía. Presidente de las Cortes, aseguró su autoridad con el sincero acatamiento de las libertades parlamentarias. Ministro, elabora las leyes por que se han regido el municipio y la provincia, durante el período de su mayor prosperidad. Revolucionario, en el sentido elevado de la palabra, pugna por alargar la interinidad que todos los retrógrados maldecían, y persigue, como Prim, como Salmeron, como muchos eminentes patricios, el desenlace de la unión ibérica, que representa, á su juicio, la exaltación de la patria abatida. No experimentó jamás entusiasta fanatismo hacia la casa de Saboya, que otros aparejaron para posesionarse del trono vacante. Pero la sirvió sin reservas. A la caída del primer Gabinete radical, hizo su última visita al palacio de Don Amadeo, y, apenas anunciada la renuncia del rey, trabajó sin descanso por el advenimiento de la República, no á todos sus amigos simpática.

Olvidando las tristes intimidades de la época recordemos un hecho. Ya proclamada aquella forma de gobierno y constituido el primer ministerio de la nueva era, es fama que Rivero dijo á los miembros más caracterizados del poder ejecutivo: «quince días tienen Vds. para consolidar ó desacreditar la victoria.» Se le acusa de no haber aprovechado el mismo el consejo, en tiempos anteriores. Su inclinación á la monarquía en 1868 supónese decisiva y desastrosa. Tal vez se le acusará con razón si la inconsiderada propaganda federal, no hubiera convertido la empresa en un empeño utópico, temerario, porque la autoridad de D. Nicolás María Rivero rayaba en lo incontrastable á la raíz del alzamiento. Pero una vez iniciada la predicación alarmante, fantástica, intempestiva de los misioneros republicanos, y se acometió desde el primer día, ¡cuál estadista tan loco que expusiera el país á los azares de una aventura temerosa? Además, era sencillamente imposible vencer otra suerte de obstáculos. Con sus actos lo demostraron sujetos de notoria integridad y consecuencia. D. Nicolás Salmeron, por ejemplo, no solo vaciló antes de tomar puesto entre los grupos republicanos, sino que fué el verdadero padre del célebre Manifiesto, en cuya virtud la forma de gobierno quedó declarada problema secundario para los demócratas.

Rivero, que abrigaba justas pretensiones de político serio y no ambicionó nunca los estruendosos aplausos del tribuno de la plebe, obró en conformidad con sus antecedentes y de acuerdo consigo propio. Aun no se le han perdonado los conservadores, lo cual le justifica por completo. No, no ha de buscarse la grave falta de su ilustre vida en el abandono temporal de las conclusiones republicanas, sino en otro anterior y bien distinto. Perder la hoja de papel por donde había discurrido la savia de tantas glorias de la democracia española, dejando un rastro de luminosa simpatía en pos de su esfuerzo, perder con ella la jefatura del partido en donde venían á refundirse, tras larga portía, tantos prestigios de la epopeya revolucionaria inaugurada en los principios del siglo, ese ha de considerarse el capital pecado de nuestro insigne amigo. Castelar arrancando á Rivero su pluma de periodista y su cohorte de jóvenes escritores, cortó al león rapante las uñas y la melena. Hizo algo peor todavía. Puso el timón de la nave en manos imperitas. No habríamos recorrido los inciertos derroteros que nos llevaron al naufragio, sin esa circunstancia. Sin esa circunstancia no habríamos comprendido, por livianas niñerías, los intereses que comprometimos á la zaga de nuestros disertos teorizantes. Quizá se hubiera anticipado tres años la sanción del éxito, y de seguro se hubiera asentado sobre base sólida. El marqués de los Castillejos hallaba un inconveniente supremo hacia el año de 1870, para llegar á la República. El de no existir en España sino republicanos de academia. Se argüirá que Rivero pudo salvar la dificultad quedándose con ellos. Acaso. Mas de cualquier modo, la historia, que juzga sin pasión como sin complacencias, le exigirá la responsabilidad de una sola flaqueza. La de haberse rendido, éltan batallador y animoso, ante menudas contrariedades intestinas.

Contaba todavía con fieles adictos cuando se desprendió del cetro codiciado. Pero le faltaba la atmósfera del Parlamento que á los hombres de su temple les vigoriza y transfigura, le faltaba la escena de la tribuna, que á los gánios de su calibre les da á conocer en toda su magestad de los otros y de sí mismos, le faltaba la hercúlea clava que los varones de su contestura suelen manejar contra las artes femeninas y los complots siniestros. El retraimiento, consignémoslo en su disculpa, se vendió de su autor impiamente. Acostumbrado á mirar alrededor del inmortal periódico que fundaron los diez y nueve republicanos de la Constituyente de 1854, la legión de notabilidades que ilustraba la historia de la democracia militante, creíase solo al lado de la media docena de devotos que le habían quedado en la iglesia. Cierta que se llamaban el uno Robert, el otro García López, éste Sorní, aquél D. Estanislao Figueras, nombres por cierto, unidos á muy altos servicios. Pero al cabo no estaban allí ni los Martos, ni los Marin, ni los Bona, ni los Balart, ni los Moras, ni cien otros de los

que constituyeron el estado mayor de la publicación veneranda en los prósperos días. Y Rivero era impresionable sin dejar de ser reflexivo. Una noche le advirtió Luis Rivera que se murmuraba de su patria. Al día siguiente *La Discusión* pasaba de mano en mano en los centros políticos. ¿Cuál era la causa? Rivero acababa de producir uno de esos artículos profundos, intencionados, cáusticos, robustos, modelo de dialéctica y de elegancia que constituían su literatura política. El hablaba con sobriedad y belleza; pero escribía con castidad y gallardía. Su palabra, como su pluma, revelaban lo que es signo indudable de grandeza; la personalidad vigorosa á cuyo impulso obedecían. Un discurso ó un escrito de Rivero no se parecían á nada sino á sí mismos.

Así grabó en el carácter de nuestra democracia española los rasgos fisionómicos que la mostraban hecha á su imagen y semejanza. D. Nicolás María Rivero disfrutó de una cultura tan universal, que le permitía departir, como de igual á igual, de ciencias, artes y letras con los más competentes sujetos. Pasmáronse al inmenso caudal de sus conocimientos diversos, circulando á la ventura en las conversaciones diarias, si no se conociese de antemano la flexibilidad de su prodigioso talento. Lo mismo penetraba con Manuel Becerra en las profundidades de las matemáticas, que controvertía con Gabriel Rodríguez las leyes del mundo económico ó desentrañaba con Federico Balart los secretos del génesis estético. Le eran familiares las doctrinas de Kant y las ideas de San Agustín, el sistema de Hegel y las conclusiones del positivismo. Y su ilustración se aumentaba todas las noches porque solía leer hasta la madrugada. Tristan Medina le pide su opinión sobre *Los Miserables*, de Víctor-Hugo, apenas publicados. «No conozco aun el libro», responde Rivero. A la mañana inmediata relataba sus mejores pasajes é indicaba sus pequeños lunares. A propósito del capítulo consagrado á la batalla de Waterloo le oímos comparar el trabajo de Thiers con el de Quinet y el de Quinet con el de Hugo, exponiendo observaciones dignas de los más versados en el arte de la guerra. Se insinuó que á Rivero le ayudaron á ser grande las celebridades de las cuales acertó á rodearse. ¡Ah! Si hubiera nacido á orillas del Rin ó del Bidasoa, en vez de nacer á orillas del Guadalquivir sonriente, fuera mejor conocido y respetado.

Dos palabras antes de concluir para su presentación en la capital de la Península. La primera investidura de diputado la debió á sus relaciones con la opulenta familia de los Heredias de Sevilla, y al influjo de tan poderoso patrocinio. Pobre y desconocedor de los achaques electorales, á no ser por su matrimonio con la excelente señora á quien se unió de joven, habría pasado la vida defendiendo pleitos en la Audiencia de su patria tierra. Su enlace le trajo á Madrid, y la fama le fué á buscar en su retiro de la Carrera de San Jerónimo, aluego de demostrarse tal cual era en el palacio de la Representación nacional. Nada menos se necesitaba para que tropezase con ella. Le aguijoneaba tan poco la ambición como el afán de notoriedad ó de resonancia. No hubo sino tres diputados en las legislaturas del prolongado gobierno del general O'Donnell, que entregaran las cuartillas de sus discursos conforme salían de la mesa de los taquígrafos. El uno era Rivero; Gonzalez Brabo y Olózaga los otros dos.

Podéis estar seguros cuantos leyereis sus magníficas oraciones en el *Diario*, de que las saboreais auténticas. Aconteció en cierta coyuntura que un accidente imprevisto hubo de inutilizar pasajes enteros de la copia taquígráfica. Sucedió el percance ya bien cerrada la noche, y los ugieres del Congreso iban buscando al orador por todas partes á fin de llenar la laguna. Le encontraron, por fin, en el café de sus preferencias, y le hicieron presente su cometido. Jugaba al dominó con su compañero Juan de Dios Mora al recibo de la noticia, la cual escuchó impertérrito, sin suspender el juego. «Que suplan lo perdido como les plazca» Tal fué su respuesta. Y gracias á la memoria de algún viviente que con la mejor voluntad se aplicó á reconstruir la arenga. Si no la archivamos fragmentaria. Pues se trataba nada menos que del gran discurso contra la expedición de Méjico.

La muerte le cogió madurando el saludable designio que la restauración hubo de inspirarle. El de encontrar una fórmula razonable para una conciliación amplísima. ¿Entre todos los demócratas? Más todavía. Entre todos los liberales. En resumen, no había sido otro el pensamiento generador de toda su política. El sufragio universal como expresión de la soberanía pública, y los derechos individuales como garantía de la libertad personal, constituyeron en todo tiempo los dos polos sobre cuyo eje imagináramos sustentar el edificio de permanentes armonías. Educado á la sombra de las terribles represalias que ennegrecieron el cielo de la patria durante los postreros años del reinado de Fernando VII, su perenne preocupación estribó en asegurar las bases cardinales del régimen representativo. «Hagamos las costumbres de la libertad, exclamaba á menudo, y desafiemos los anacronismos de la tiranía» Así era el Sr. D. Nicolás María Rivero, cuyo recuerdo sobrevivirá á sus calamidades; un niño por el alma, y por el cerebro un gigante. Personificó la democracia y la glorificó al mismo tiempo. Los que le ayudaron en su

penosa tarea no han de verse obligados á desmentirme.

PABLO NOUGUES.

## EL CENTENARIO DE BOLIVAR.

Uno de los hombres de más talento que tiene Venezuela—la patria de Bello el inmortal, y de tantos otros que mantienen el brillo de las letras americanas—me escribe una carta, á propósito de las grandes fiestas literarias que allí se preparan para festejar el Centenario de Bolívar, en la que, entre otras cosas, me dice:

«Ya que usted tiene la fortuna de hallarse en Madrid en contacto con los hombres de letras, debe iniciar una propaganda activa y eficaz para que ellos también tomen parte en la apoteosis de las Musas y de las letras que preparamos á nuestro gran hombre, tratando de hacerles comprender, que Bolívar no combatió contra España, ni de España fué enemigo, que hombres de aquel temple y de aquella talla no conciben jamás el odio contra los pueblos.»

Al mismo tiempo que la carta de que tomo este párrafo, recibo un artículo de Julio Calcaño, sobre el mismo asunto.

Aunque corto, tiene el sabor exquisito y delicado de todo lo que produce el que es tan galano escritor como poeta inspirado.

Noble apóstol de la idea verdaderamente fraternal de que la carta habla, quiero que los lectores de LA AMERICA conozcan cómo la sostiene Julio Calcaño, y al efecto aquí reproduzco sus palabras:

«Conoce ya el público el decreto ejecutivo que dispone la celebración del centenario del libertador, y es testigo de los patrióticos trabajos con que la Junta directiva se esfuerza por darle á aquella fiesta de la República la significación y la solemnidad que le corresponden; pero todo el que sienta hervir en su pecho el entusiasmo por las hazañas y las virtudes de aquel hombre extraordinario, está en el deber de contribuir con su palabra y con sus actos á despertar en el corazón del pueblo el sentimiento del patriotismo que ennoblecce y eleva las naciones.»

La celebración del centenario de los grandes hombres que han brillado en las ciencias, en las armas, en las artes ó en las letras, ejerce una influencia notabilísima y bienhechora en el carácter de los pueblos, porque no solo contribuye á desarrollar en ellos la gratitud y la admiración, que son ya prenda de más nobles sentimientos, sino que los estimula á sacrificarse por la patria y por la humanidad, mostrándoles el camino verdadero de la gloria, y la corona con que la posteridad premia las acciones inmortales que se vinculan en la grandeza del alma, el génio ó el saber.

Esta fiesta no es la obra de un partido, ni la de un Estado, sino la de toda la América española, cuyos pueblos saludaron á las victoriosas banderas del héroe, ó sintieron el influjo bienhechor de su espada, que les abrió el templo de la libertad y consagró su independencia.

La propia España debe considerar á Bolívar como á uno de los héroes que enaltecen la raza del Cid y de Pelayo, de Gonzalo de Córdoba y de Guzman el Bueno, de Padilla y de Velarde; por que era sangre suya la que corría por sus venas, y la fe, el heroísmo, la constancia, el carácter enérgico y la hidalguía de esa raza, lo que alentaba su corazón y le dió fortaleza en la gloriosa epopeya de la América española.

Luego, Bolívar no combatió nunca en contra de España, sino en defensa de la libertad y de la independencia de la América, en una guerra, si desastrosa, necesaria, tanto por los abusos del poder colonial, como por el irresistible empuje de las ideas del siglo. Españoles militaban en las filas del héroe; y americanos en las filas españolas, porque la guerra no era de pueblo á pueblo, sino de principio á principio; y si al fin España perdió el influjo del poder material en un vasto continente, quedáale la satisfacción y la gloria de ser la madre de numerosas naciones y de miles de miles de hombres que hablan su mismo idioma, que tienen su misma sangre, su misma fe, sus mismas costumbres y su mismo heroico espíritu.

Comunes son las glorias de España y las glorias de la América del Sur, porque la comunidad de raza, de idioma, de religión y de costumbres, que da vida á la comunidad de intereses, hace solidarios á los pueblos.

La España actual, que se enorgullece de ser la patria de Padilla, no puede menos que ver también con orgullo la gloria de Bolívar, uno de los génios más admirables que ha visto el mundo, y que nada tiene que envidiar, ni á Napoleón como guerrero, ni á Washington como ciudadano.

Aun los poetas de España deben tomar parte en esta fiesta de familia que celebra grandezas de raza y pertenece á la humanidad entera, porque los grandes bienhechores, los hombres que se sacrifican por una idea universal y la ponen á la altura de los astros para que irradian en los mundos, é infunden en las almas la vida, la admiración y el respeto, no pertenecen á ningún pueblo determinado y son unos como enviados de la Providencia.

En Europa como en América, esta raza altiva y valerosa, esta raza que no perece y se levanta siempre con mayor vigor, está llamada á grandes destinos, y es Bolívar, encarnación de todas las ideas generosas, del heroísmo, de la libertad y del derecho, quien le traza el camino de su grandeza futura.

Americanos y españoles, abracémonos sobre la tumba de ese glorioso representante de nuestra raza, y marchemos juntos al porvenir.

Los tiempos han cambiado, y las ideas convidan á la fraternidad de los pueblos.

La idea sola nos hace ya hermanos, y sobre la idea está la sangre, las costumbres, la religión, el idioma, y las glorias de nuestros grandes hombres.

El día del centenario, la bandera española y las banderas de la antigua Colombia darán sombra á la tumba del héroe.

¡Nada más excelso, ninguna prenda de fraternidad tan valiosa!»

Hasta aquí lo que dice Calcaño.

Estas palabras, aunque breves, me parece que serían suficientes para hacer comprender á los poetas y literatos españoles, que pueden, sin escrúpulos que los haga vacilar, ni susceptibilidades que los retraiga, tomar parte en el gran coro con que la América entera quiere saludar en su centenario al hombre inmortal que realizó empresas colosales en las que reveló á la vez las condiciones del más grande de los capitanes, y las dotes del más insigne de los políticos.

Sin embargo, en gracia del honor que se me hace al pedirme mi pobre concurso para conseguir el valioso y brillante homenaje de los poetas y literatos españoles, diré dos palabras más, ampliando las ideas fundamentales de Calcaño:

Me parece que una vez apagada la lucha que un día dividió á España de sus antiguas colonias, y al calor de estas horas de fraternidad que á todos nos sonríen hoy, confundiéndonos en la sensibilidad exquisita de una sola y grande familia, debemos reconocer ya, con noble franqueza, el verdadero carácter que tuvo la lucha de la independencia, que no fué ciertamente una lucha contra España, nación, pueblo, sino contra los poderes que representaban en América, no á España tampoco, sino á sus monarcas y Gobiernos.

Y esto es claro; durante la guerra de la Independencia, ¿no hubo en España millares de personas que reprobaban los actos de violencia cometidos en América por esas autoridades españolas? Y si las hubo, ¿cómo podría sostenerse que los pueblos del Nuevo Mundo combatían contra la nación española?

No hace mucho, tres naciones de aquel continente hicieron la guerra al tirano del Paraguay, Francisco Solano Lopez, y al firmar el tratado de la triple alianza que los llevó al campo de batalla, declararon que la guerra no era contra la nación paraguaya, sino contra su opresor.

Lo mismo sucedió cuando el Brasil, la República del Uruguay y los emigrados argentinos que en ella vivían refugiados, iniciaron la famosa campaña sobre Buenos-Aires. Al enarbolar su bandera, no iban á pelear contra la República Argentina, sino contra su tirano Juan Manuel Rosas, declarándolo así solemnemente, para que en ningún caso se pudiera decir, y ménos creer, que la guerra había sido llevada contra un pueblo, ajeno completamente á las culpas que inspiraba el deseo de castigar las de su opresor.

En presencia de estos hechos, que ponen de relieve la índole de esas luchas, ¿por qué no decir al fin que ese mismo carácter tuvo la guerra de la Independencia, estableciendo una diferencia entre España y sus representantes?

Contra ella jamás hubo animosidad en América, ni la tuvo el gran Bolívar, cuyo corazón era una gran patria sin fronteras, en la que en todos los hombres veía hermanos, con los que aspiraba á compartir feliz las grandezas de la América independiente.

Siendo así, ¿por qué los poetas y escritores españoles no han de tomar parte en este grandioso concierto del talento y de la inspiración de nuestra raza, en honor de un hombre cuya epopeya, casi fantástica, ha contribuido á la regeneración del género humano?

No me alucino con la creencia de que mi pobre palabra los pueda inducir á ello; pero quizás los incite el saber que en América, y principalmente en Venezuela, se recibirían con júbilo todos los acentos que desde España saludasen en su centenario al inmortal Simón Bolívar.

HÉCTOR F. VARELA.

## LOS BAÑOS PÚBLICOS EN ROMA.

No hace mucho tiempo que un distinguido médico y periodista de la vecina República, dió una interesante conferencia que versó sobre los baños de la antigua Roma, bajo sus aspectos higiénico y moral. Palladio en su obra sobre las *Termas de los romanos* (Londres, 1730), dá importantes detalles sobre estos establecimientos.

Tres salas principales tenían estos baños, las cuales han sido confundidas por muchos autores: el *caldarium*, el *sudarium* y el *laconicum*.

El *caldarium* es el baño caliente; el *sudarium* el baño de vapor; y el *laconicum* fué inventado por los lacedemonios. Describiremos los dos últimos.

La sala del baño de vapor, era una estancia redonda, abovedada, en la cual el calor estaba repartido por igual. En la parte superior había un agujero, con una válvula ó diafragma, que se abría más ó ménos para dar salida al vapor. Era una verdadera válvula de seguridad.

El *laconicum*, que como hemos dicho fué inventado por los lacedemonios, era un baño de estufa. La sala estaba embalsada con ladrillos dobles que dejaban circular el calor que irradiaba de un foco colocado debajo, el cual constaba de tres calderas que comunicaban entre sí por conductos que se abrían á voluntad.

Los primeros baños públicos no recibían luz y los concurrentes se bañaban á oscuras. Poco á poco fueron haciendo que penetrara la luz, prime-

ramente por claraboya, y por último, siendo de cristales los techos de las salas. Los baños oscuros se llamaron *cuevas*.

El lujo de los baños públicos era grande y en ellos se encontraban esculturas y pinturas de escaso valor, como sucedía en los de Caracalla, los más grandes, lujosos y célebres. En su interior se encontraban vastos jardines, salas de luchas y gimnasio; podían bañarse hasta 3.000 personas a la vez.

Ocupaban 400 metros de longitud por 350 de latitud.

En ellos había:

El *apodyterium*, sala para desnudarse.

El *frigidarium*, ó baño frío en el cual se podía nadar. Estaba circundado por un paseo para los curiosos, llamado *scola*.

El *lepidarium*, sala caliente para evitar el paso del calor al frío.

El *unctorium*, ó cámara de los perfumes.

Además existían salas de gimnasia, de juego, de luchas y de conversacion.

Los baños de Agrippa tenían 200 metros cuadrados y eran de los más antiguos. Los de Neron, Vespasiano, Tito, Diocleciano y Constantino también eran grandes y estaban decorados con lujo, pero ninguno igualó á los de Caracalla.

La policía y reglamento de estos baños era buena al principio. No se permitía bañarse los dos sexos sino en habitaciones separadas, pero á poco este rigor cedió y sucedió todo lo contrario.

Tampoco al principio se abrían hasta el medio día, cerrándose al anochecer. Adriano defendió la necesidad de abrirlos dos horas antes para los enfermos, y fueron tantos los que acudían, que acabaron por tenerlos abiertos todo el día. Por último, Alejandro Severo permitió que estuvieran abiertos por la noche, durante el estío.

El precio de un baño simple era, según Horacio y Marcial, un *quadram*, moneda equivalente á 20 ó 30 céntimos de peseta, pues los autores no están conformes en la equivalencia de valor; pero, sea cualquiera esta, el precio era módico, por más que al pueblo le pareciera elevado, y prueba de ello es que en las fiestas públicas lo que más satisfacción á la plebe era que les otorgaran permiso para bañarse gratuitamente.

Todos los niños, hasta la edad de cuatro años, eran admitidos *gratís* en los baños públicos, sin distinción de sexos ni origen.

Los baños mantenían un crecido número de empleados. Los principales eran:

Un *praefectus balnei*, especie de director general.

Un *capsarii*, ó encargado del vestuario.

Los *forficatores*, para las fricciones.

Los *balneatores*, ó bañeros.

Los *unguentarii*, pedicuros y manicuros.

Los *unctores*, que perfumaban.

Los *lomores*, ó barberos.

Los *aliptae*, que epilaban con pinzas ó pastas epilatorias.

En los baños de lujo, estos cuidados estaban confiados á los médicos especialistas que tomaban el nombre de *iatriptae*.

Por último, había encargados de practicar el masaje, los cuales, según sus funciones especiales se llamaban *fricatores* ó *tractatores*.

La fricción se hacía después del baño, con una especie de almohaza bastante dura llamada *strigil*. Después venían las uncciones con aceites perfumados, la epilación y el masaje.

El *strigil* para las fricciones era de cuerno y algunas veces de metal.

En los baños del pueblo, no había ni *fricatores* ni *tractatores*; este servicio se lo prestaban los bañistas mutuamente ó se frotaban ellos solos con el *strigil*. Algunos se frotaban á lo largo de la pared, como lo hacen frecuentemente los animales.

Los romanos hacían de los baños tal abuso, que algunos, como Commodo, se bañaban siete ó ocho veces al día.

Desde que Alejandro Severo permitió que los establecimientos de baños permanecieran abiertos día y noche, se empezaron á bañar juntos los dos sexos y los baños fueron el punto de cita de los amantes al principio, y verdaderos lupanares de prostitucion después.

Marcelino habla de que en tiempo de Diomiciano los hombres invadían los establecimientos gritando: «¿Dónde están ellas?...»

En vano Adriano y Marco Aurelio ordenaron la separacion de los sexos en los baños, pues no se cumplieron sus mandatos.

Más tarde Heliogábalo dió el ejemplo de la desvergüenza más refinada, bañándose con algunas cortesanas, á la moda, epilándolas en presencia de todas las prostitutas de uno de los cuarteles de Roma.

Cuando los sexos estaban separados, los servicios interiores estaban confiados á esclavos del sexo correspondiente á cada departamento. Hombres para los hombres, y mujeres para las mujeres, del mismo modo que hoy sucede en nuestros establecimientos, que hay bañeros y bañeras.

Pero, en Roma, cuando la mezcla de sexos se admitió, sucedió lo mismo con los servidores, y las mujeres no se ruborizaban de confiarse á esclavos masculinos, y los hombres á mujeres...

Los viejos libertinos iban por las noches á los baños en busca de placeres, y los adeptos de Safo también, y Juvenal lo dice en un verso que no nos atrevemos á transcribir, ni aún en latín.

Las orgías báquicas eran el complemento de

las otras. Suetonio dice que Neron era muy amante de estos festines é interrumpía frecuentes veces la comida para entrar en el agua. En aquella época el baño no tenía sin duda la funesta influencia para la digestion, que nosotros le atribuimos hoy.

Como vemos, pues, hay una enorme diferencia de los baños de nuestros tiempos á los de la antigua Roma. Estos últimos eran focos de libertinaje y perturbacion del orden moral del pueblo. Nuestros establecimientos modernos no perturban más que ligeramente la paz de las familias cuando el jefe no tiene recursos para llevar á sus hijos ó esposa á baños, siquiera sea en esos trenes que llaman de recreo.

Segun un crítico de Petronio «los baños, el vino y el amor destruyen nuestro cuerpo; los baños, el vino y el amor, mantienen la vida.» Amemos, pues, bañémonos y bebamos, pero á la moderna.

F. GOMEZ DE LA MATA.

## LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

LA ARGENTINA, MÉJICO, SANTO DOMINGO  
Y VENEZUELA.

Una cuestion vital para el porvenir de la República Argentina preocupa el espíritu de los legisladores y de la prensa; es la que se refiere á la enagenacion de los inmensos territorios que contiene aquel Estado; muchos fueron vendidos á especuladores ávidos de labrar su fortuna, por medio del ágio, sin provecho de la agricultura, porque ésta se paraliza y se agota cuando los compradores internos de las tierras no las cultivan, esperando que otros pueblen y colonicen las tierras vecinas, para acrecer el valor que han costado.

Es una idea beneficiosa la de vender las tierras nacionales con hipoteca en los mercados extranjeros, con la obligacion imperiosa de colonizarlas, de construir ferro carriles, y de promover el acrecentamiento rápido de una poblacion activa, laboriosa é inteligente.

La República Argentina necesita medio millon, al menos, de inmigrantes, un millon ó más de brazos vigorosos que cultiven los vastísimos desiertos y desarrollen los elementos esenciales de su riqueza.

Los capitalistas europeos, sin duda, pueden contribuir al engrandecimiento futuro de la nacion, estableciendo colonias agrícolas y pastoriles, que darían un gran valor á la tierra, multiplicando las poblaciones, para constituir su progreso material y moral.

Vemos con satisfaccion todos los proyectos que tienden á producir beneficios reales y positivos al pueblo argentino.

La construccion del puerto y muelle de la *Ensenada*, en la capital de la provincia de Entre-Ríos, debe activarse, porque las obras de esta especie son de interés general. El proyecto del puerto de Buenos Aires se realizará de acuerdo con los planos del señor D. Eduardo Madero, y el gobernador de la provincia, Dr. Rocha, ha concebido un pensamiento muy fecundo de colonizacion, por el cual, adquirirá el Gobierno una zona de ocho á diez leguas cuadradas de terrenos, sobre las márgenes del rio Paraná, con el objeto de dividirla en lotes para venderlos á agricultores á un precio igual al del costo, formando de esta manera un núcleo de poblacion agrícola á orillas del grande y hermoso rio.

Es digno de encomio la solicitud por el bien público de tan celoso é ilustrado funcionario.

La Cámara de Diputados autorizó al Presidente de la República á invertir hasta la suma de diez millones de pesos en los caminos generales de la provincia, al mismo tiempo que aprueba algunos aumentos de sueldo á los profesores y profesoras de las escuelas, consigna miles de pesos para el ensanche y mejora de los edificios destinados á la enseñanza. Estos actos honran á los legisladores de aquel pueblo libre, que consolidan sus instituciones republicanas sobre el grandioso fundamento de la instruccion pública. Los laboratorios, museos, gabinetes, mobiliario y fomento de las bibliotecas, escuelas normales, son los ramos más atendidos, y merece nuestro aplauso entusiasta y sincero la subvencion concedida á una asociacion que existe en la provincia de Entre-Ríos, conocida por «La Fraternidad.»

Esta institucion, cuando se suprimió el internado, recogía todas las personas pobres que se encontraban sin recursos para seguir sus estudios. Es una sociedad dirigida por jóvenes estudiantes, que se sostiene con los recursos de la Municipalidad y del vecindario, educa á los jóvenes más menesterosos que existen en la provincia de Entre-Ríos, que no pueden costear su educacion, porque se hallan en el campo, ó porque no tienen padres, ó carecen de medios para mandarlos á un colegio, que no existe en la localidad donde viven sus padres.

Es una obra muy benéfica para el progreso intelectual, y los jóvenes, que no tienen remuneracion alguna, se imponen la tarea, por sus estatutos, de dirigir la enseñanza de los niños, de custodiar su conducta, y personalmente, ó por medio de celadores, les conducen diariamente á sus casas al terminar las clases.

El Gobierno ha suprimido los agentes de inmi-

gracion en Europa, porque las inmigraciones, ya individuales ó colectivas, que han ido á la República Argentina, no fueron el fruto del trabajo de los agentes, que no están en contacto con las grandes masas populares, ni con la clase media, que son las que ofrecen mayor contingente para poblar extensos y ricos territorios.

Lo cierto es, que la riqueza pública que atesora aquel país, la estabilidad de sus libérrimas instituciones, las garantías que disfrutan los ciudadanos, los fáciles medios para adquirir el trabajo, y su remuneracion elevada, debe atraer á su feraz suelo la inmigracion de los desdichados europeos que no encuentran en su patria medios de subsistencia, mientras en el Estado que baña el rio de la Plata abundan grandes elementos de produccion, riqueza, respeto, orden y seguridad.

Un importante proyecto de ley es el de acordar una subvencion de 288 libras esterlinas por kilómetro lineal de vía construida de tacha ancha, que partiendo de la ciudad del Rosario, vaya á la de Santa Fé, tocando en San Lorenzo, colonias Jesús María, San Carlos, Esperanza y puntos intermedios.

Dicho ferro-carril empalmará en la ciudad del Rosario con el ferro-carril central argentino, y se prolongará hasta la provincia de Buenos-Aires, para empalmar con el ferro carril del Oeste en un punto del Arroyo del Medio.

La colonizacion de aquella provincia ha obtenido en estos últimos años un incremento extraordinario, extendiéndose espontáneamente hácia parajes distantes de las vías de comunicacion, y el ferro-carril proyectado favorecerá inmensos intereses, dando acceso directo al puerto del Rosario á todas las mercancías que conduce del interior el central argentino, lo cual tendrá que hacerse por medio de un túnel para facilitar el empalme. Nos complacemos en exponer estos detalles de obras, que han de redundar en beneficio de la República que nos ocupa, y que progresa rápidamente.

En el Congreso económico celebrado en Buenos Aires, presidido por el Sr. D. Domingo F. Sarmiento, se pronunció una disertacion notable por el Sr. D. Julio Victorica sobre la necesidad de que se establezca sin demora una reglamentacion especial sobre el aprovechamiento de los hermosos bosques, cuya fisonomía cambia, según las circunstancias que influyen sobre la vida de los árboles, y sobre la vegetacion en general, y debido á estas mismas circunstancias, la selva presenta un carácter especial que afecta ó se reconoce en todos sus habitantes.

Hizo observaciones muy científicas considerando los árboles forestales como plantas sociales que viven en relacion los unos con los otros, y que al morir transmiten la vida, el aire, la luz al árbol joven que nace, pero la intervencion del hombre que ha estudiado los principios generales de servidumbre es necesaria, para que las selvas se conserven en buenas condiciones.

El distinguido naturalista Sr. Cominguez, manifestó que en sus prolongadas exploraciones habia encontrado territorios áridos y desiertos, que antes eran desiertos solo comparables al Eden, y que el Gobierno debía preocuparse de este asunto, á fin de que reglamente el corte de los bosques y prescriba cuáles son las épocas en que éste debe efectuarse.

El sábio explorador fué aplaudido y felicitado por los datos científicos que resaltaron en su brillante discurso.

La América siente un placer vivísimo al ver que se van desvaneciendo los rumores sobre la guerra entre dos naciones que marchan por la senda del progreso. La cuestion de Misiones no excita ya el temor de una lucha funesta á los intereses verdaderos del Brasil y de Buenos-Aires. La prensa ha contribuido con su prudente moderacion á que no se turbe la paz en aquellas regiones.

En la sociedad geográfica Argentina el señor D. Meliton Gonzalez demostró que es claro ante los hechos y ante el derecho el límite oriental de Misiones, que es el de la República Argentina en esa parte.

El Brasil está rodeado por las Repúblicas Oriental, Argentina, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, Guyana, etc.

Sólo Colombia y la Argentina no han hecho tratados.

D. Ramon Lista pronunció un extenso discurso sobre las propiedades de Misiones.

El club liberal, ó más bien su comision directiva, va á pedir á la convencion constituyente que declare la Iglesia separada del Estado, y constituya las municipalidades por eleccion popular.

Los salvajes, que son la plaga más desoladora para los Estados de Chihuahua, fueron arrojados de todo su territorio, pero invadieron el Estado de la Sonora, que pertenece á Méjico; en sus espesos bosques guarecidos, se rehacen de su derrota, roban armas y caballos, y emprenden una lucha persistente de guerrillas, que no puede terminar sino con la cooperacion activa de las fuerzas de los Gobiernos locales, porque las fuerzas federales, que les persiguen sin tregua, no bastan á destruir esas hordas bárbaras, enemigas encarnizadas de la civilizacion.

Y contrasta este salvajismo con el progreso creciente de Méjico, que dentro de un año terminará las líneas principales de sus ferro-carriles, que han de dar un impulso vigoroso á su comer-

cio; los recursos de este país son numerosos: posee café, algodón, tabaco, indigo, cochinilla, zarzaparrilla, pieles de chivo, infinidad de drogas, de maderas de tinte y de ebanistería; cultiva seda, naranjas, limones; las frutas más exquisitas, los productos de todos los climas y de todos los suelos. Su riqueza mineral es incalculable: abundan las piedras preciosas, las esmeraldas, perlas y rubíes.

La República de Méjico, según cálculos estadísticos recientes, contiene 11.000.000 de habitantes. Se divide en 27 Estados, 7.086 ciudades, poblaciones, villas y municipalidades, y 146 ciudades, 30 de las cuales tienen más de 20.000 habitantes, y otras varias más de 100.000.

En uno de los años anteriores, Alemania vendió efectos por valor de 1.653.000 pesos; España, 1.329.000; Francia, 4.453.000; Inglaterra, 12.533.000, y los Estados Unidos, 7.433.000; este país consiguó 15.415.000, dejando á favor de Méjico una diferencia de 8.282.000 pesos.

Ya hemos dicho, en otro artículo, que el comercio de café no ha sido tributario de los Estados Unidos, hasta aquí, con anterioridad á la apertura del ferro-carril de Veracruz, pero subsiguientemente, en un año, los Estados Unidos compraron café por valor de 5.648.499 pesos.

El Brasil envió á los Estados Unidos, el año pasado, 51.000.000 de pesos de café, é importó solo 8.000.000 de artefactos.

En pocos años Méjico estará preparado para suplir todo el café que necesite la Gran Union americana, y en vez de obtener su valor en metálico lo admitirá en harinas y otros artefactos. Méjico produce también azúcar y lana que han de producirle importantes beneficios.

Un motivo de las depredaciones salvajes, de que hemos hecho referencia, estos brutales merodeadores se acogan á la invulnerabilidad del territorio de los Estados Unidos, y el presidente Hayes autorizó á los jefes de su ejército para penetrar en el territorio mejicano, cuando lo creyesen preciso, en persecucion de los bandidos, sin obtener iguales derechos el ejército mejicano para invadir la frontera de los Estados Unidos, en pos de los criminales que devastaban las poblaciones mejicanas; esto fué un vergonzoso insulto, una violacion de los derechos de un país vecino por una nacion más poderosa, pero felizmente se firmó un convenio entre el ministro de Méjico en Washington, el Sr. D. Matías Romero, y el secretario de Estado de los Estados Unidos, estableciendo derechos recíprocos, y regularizando las entradas de un vecino en el territorio del otro, á fin de alejar todo peligro, y hacerlas verdaderamente benéficas. Ya era tiempo de que cesasen tan odiosos atentados de un Gobierno opresor, á pesar de invocar principios democráticos, y que se haya hecho justicia á la República de Méjico, nuestra hermana.

Se cruzaron felicitaciones entre los presidentes de las dos Repúblicas, señores Arthur y Gonzalez por el establecimiento de un cable telegráfico que une á Méjico y á Sud-América. Es un fausto suceso que ha de estrechar los lazos de amistad y desarrollar el comercio en los pueblos americanos.

El tratado entre Méjico y Guatemala que aprobó el Senado, establece los límites entre ambas Repúblicas.

El Congreso de los Estados mejicanos reformó los artículos 79, 80 y 82 de la Constitucion, declarando que á falta del presidente, mientras sea electo otro, ejerza el Poder ejecutivo el presidente ó vicepresidente del Senado ó de la Comision permanente que hayan desempeñado estos cargos en el mes anterior, los que no podrán ser reelegidos sino despues de un año. El Senado y la Comision permanente renovarán cada mes su presidente y su vicepresidente. El presidente interino no podrá ser electo propietario en las elecciones, cuya convocatoria debe expedir á los quince dias de sustituir al presidente, y la eleccion para este cargo se verificará en el plazo de tres meses, y el presidente elegido entrará á ejercer sus funciones, á lo más tardar, sesenta dias despues del de la eleccion.

Méjico construye caminos de hierro, y establece instituciones de crédito para desarrollar su comercio y su industria, que han producido muchos bienes, y ha creado la Lonja-Mercantil, que es útil en extremo, por ser un mercado de títulos de crédito, valores de compañías, sociedades industriales y mercantiles, y en donde se cotizarán los cambios sobre las plazas de Méjico y del extranjero.

Es grande el incremento del comercio anglo-americano con Méjico. El total de las importaciones y exportaciones en 1881 ascendió á la cifra de 28.626.864 pesos.

La Gran Bretaña ocupó el segundo lugar en la satisfaccion de las necesidades comerciales con Méjico; el valor de las exportaciones mejicanas para Inglaterra en 1879, alcanzó á 2.013.295 pesos, y el Reino Unido vendió á Méjico en el mismo año solo 3.465.618 pesos.

En 1880 entraron en los Estados Unidos, vía de Inglaterra, productos mejicanos por valor de 57.549 pesos, y 87.705 despues de haber ido á los Estados Unidos de Colombia. En 1881, envió Inglaterra á los Estados Unidos productos mejicanos por valor de 1.041 pesos, Cuba 2.229, y Colombia 90.959.

Como consumidor de los productos de la industria de los Estados Unidos, Méjico ocupó el décimo

cuarto lugar en el año económico que terminó el 30 de Junio de 1880.

El rango ocupado por los consumidores de productos de los Estados Unidos, en el mismo año, hasta llegar á Méjico en la lista, fué: Reino Unido, Francia, Antillas, Alemania, posesiones inglesas en Norte-América, Brasil, Bélgica, Indias orientales, China y Hong Kong, Países-Bajos, Italia, España, Japon y Méjico, que ocupó así, por lo que mira á consumo extranjero, un puesto superior á países como Hawali, Austria, Noruega y Suecia, Chile, Perú y otros. En 1881 quedaron atrás España y el Japon, y Méjico subió á ocupar el duodécimo lugar.

Es digno de elogio el desprendimiento del Sr. Meriño, ex-presidente de Santo Domingo. El Congreso dominicano, teniendo en cuenta los eminentes servicios prestados por tan insigne magistrado al país, le acordó una pension de 200 pesos mensuales, y el agraciado contestó en una carta al ministro del Interior que agradecía profundamente el ofrecimiento del Congreso, pero que renunciaba la pension porque la sancion dada por aquel alto cuerpo á los actos de su administracion, y voto de gratitud nacional que le ha discernido, constituye para el Sr. Meriño el más preciado galardón que pudiera concedérsele.

La Cámara de representantes de la Union colombiana aprobó la proposicion siguiente:

«Excítase al Poder ejecutivo nacional por conducto de la secretaria de Relaciones Exteriores para que ponga en conocimiento del Gobierno peruano, si no lo ha verificado ya, los hechos á que se refieren las notas que han dado origen á este informe y pida en sostenimiento de la integridad nacional que se retiren del territorio colombiano en las márgenes del rio Putumayo las autoridades peruanas que se dice se han dirigido allí, y se le encarga que dirija esta negociacion por los medios conciliadores y de fraternal consideracion á que es acreedora aquella República hermana.»

El Congreso de Santo Domingo aprobó en todas sus partes una convencion celebrada en París por los enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de Santo Domingo, el Dr. D. José María Torres Caicedo y el general D. Gregorio Luperon, por lo que se acuerda á perpetuidad la obligacion de someter al arbitraje, cuando no se consiga solucion por la vía diplomática, cuantas controversias y dificultades puedan suscitarse entre el Salvador y Santo Domingo. Este ejemplo debiera ser imitado por todas las naciones hispano-americanas, para evitar esos conflictos funestos á su prosperidad y á su progreso.

Grandioso fué el acto de desinterés y de generosidad que ostentaron los venezolanos expositores de obras, artefactos y productos en la Exposicion continental de la República Argentina.

Obtuvieron premios, con medallas de oro, el Gobierno de la República de Venezuela, por el cacao de Caracas y por su coleccion de minerales, maderas y productos agrícolas, y á Fullié y Compañía, por su chocolate.

Las medallas de plata fueron concedidas á don Filiberto Emmanuel y A. Delfino S. y Compañía, por cueros, y al último, además, por calzado.

A Ramon Azpunia, por biografías de hombres notables, hispano-americanos.

A Luis Rus y Compañía, por chocolate.

A P. A. Diaz y Compañía, por velas.

A Olegario J. Meneses, por jabon.

A Próspero Rey, por rom, cognac y champagne.

Las medallas de bronce, al Gobierno, por azúcar, algodón y tabaco en hoja.

A Abelardo Arismendi, por azúcar.

Al Doctor Fernando Bolet, por rom.

A Nemesio Lopez, y á Rodriguez hermanos, por sombreros.

A G. Shirup y Compañía, por productos farmacéuticos.

A Jh. Meinhardt, y á Siegert é hijo, por cuernargo.

Se acordaron menciones honoríficas: al Gobierno, por algodón.

A Rodriguez hermanos, por sombreros.

A Bético Vargas de Isaac Marvez, y á Braun y Compañía, por preparaciones farmacéuticas, y á este último, también, por cochinilla.

A Angel Urdaneta, por productos químicos.

A Gaudesio Sanchez, por extracto de zarzaparrilla.

Al Doctor D. de Laloubie, por agua mineral.

A Ana Urdaneta de Moran, y á la Srta. Matilde Laparca, por sombreros de paja.

A Juan D. Delegado, por rapé.

Reunidos los expositores en el Ministerio de Fomento en Caracas (Venezuela), se aceptó unánimemente la idea de que el Gobierno nacional los ceda al de la República Argentina, para favorecer, con el producto de su venta, los institutos de beneficencia, hospitales, etc., y que, respecto de las obras de arte y las impresiones, sean destinadas al Museo y Biblioteca de Buenos-Aires.

Repetimos que honra tan desinteresado proceder á nuestros hermanos de Venezuela, y de este modo se estrecharán más los lazos fraternales que los unen con la República Argentina.

El señor general Miguel Carabáño presidió aquella junta de expositores.

La Universidad central de Venezuela ha publicado el programa de los actos que quiere celebrar

en el centenario del libertador, el gran Bolívar, el día 28 de Julio de 1883, en el que será exornada la fachada de la Universidad con banderas nacionales, americanas y europeas, gran iluminacion resplandecerá en este edificio, y en el templo de San Francisco, en unas columnas se han de fijar los retratos de las ilustraciones pátrias en armas, letras, ciencias y artes, en lugar preeminente resaltarán las efigies de Isabel la Católica, Colon, y San Bartolomé de las Casas entre guirnalda de flores.

Podrán ser tratados en prosa y verso los siguientes temas:

- 1.º *La gloria de Isabel la Católica.*
- 2.º *La obra de Colon y su influencia en los destinos del mundo.*
- 3.º *Los protectores de la raza americana.*
- 4.º *Los patricios del Cabildo de «El Collado.»*
- 5.º *Primera manifestacion de las virtudes cívicas en Venezuela.*
- 6.º *La obra de los misioneros en la civilizacion de la América.*

Todos los escritores de Venezuela han sido invitados para este certámen; un Jurado literario elegido por la Junta de gobierno de la Universidad, premiará con medallas de oro cinco disertaciones en prosa, y otras cinco producciones poéticas.

También se propone un certámen científico. El 29 de Julio será inaugurada la estatua del eminente sábio y egregio patricio D. José María Vargas, cuya fiesta será ordenada por la Facultad de Medicina.

Y se celebrará el 30 de Julio la inauguracion de la estatua del comandante de Ingenieros don Juan Manuel Cagigal, ilustre héroe de los estudios matemáticos en Venezuela.

Es un deber sagrado de las naciones el honrar la memoria de sus grandes hombres, y aplaudimos el elevado pensamiento de la culta Universidad de Venezuela.

EUSEBIO ASQUERINO.

## BOCETOS HISTÓRICOS.

WASHINGTON.

Acababa de romperse en Europa el equilibrio establecido por el tratado de Westfalia. ¿Cómo? De igual manera que en aquellos *felices* tiempos, pródigos en tratados, concluían todos los pactos, pues solo tenían de buena fé las apariencias y el dictado. Polonia fué la víctima; Prusia, Rusia y Austria los verdugos. ¡Nunca se repetirán bastante estos nombres!...

Mas ya era tiempo. El espíritu de libertad, ahogado siempre en el viejo mundo en rios de sangre, dejando vertida en Francia la semilla de la Revolucion en la inteligencia de los filósofos, salvó los mares, y quiso dar una muestra vivísima de cómo sabe encarnar en las instituciones y en las costumbres, cuando no se hallan estas viciadas de antemano por luengos siglos de despotismo y de barbarie. ¡Espectáculo consolador! A la vez que en Europa se desgarraba un pueblo, sin otra razon ni otro derecho que la fuerza, otro pueblo, en lejano continente surgia armado, cual ningunno hasta entonces, con toda la fuerza del derecho.

La América Septentrional, compuesta en su mayor parte de riquísimas colonias inglesas, venia siendo desde el siglo XVI seguro asilo de todos aquellos que en el Continente suspiraban ya por la libertad de conciencia, y á quienes las exaceradas persecuciones religiosas tornaban en desolados párias, cuando no en sangrientos ó carbonizados cadáveres. Semejante origen dió carácter al pronto á la fértil region de establecimiento religioso más bien que de industria y comercio; resultando de las diversas sectas que allí se acumularon—pues los puritanos fundaron á Boston, los cuáqueros á Filadelfia, los anglicanos á Nueva-York y los católicos á Mariland,—un mútuo respeto en las creencias y en las opiniones todas, que concluyó por ser verdadera libertad religiosa y civil. Nótese que en Europa no se practicaba aún, á la sazón, ni siquiera *eso* que se ha llamado más tarde *tolerancia* (!)

A pesar de la extraña mezcla de fugitivos, se constituyó un pueblo laborioso, atento solo á su engrandecimiento y progreso; consecuencia y principio á la vez de aquel que presidió á su formacion. Lejos de allí los excesos de nuestras colonias españolas contra los indígenas; jexcesos de los que pocos resultados lamentables nos quedan para tocar! Echáronse, por el contrario, muy en breve, los cimientos de la federacion que más tarde habria de prevalecer, contrayendo alianzas defensivas en 1637, y celebrándose el primer Congreso en Nueva-Yorck en 1690, con elementos ya de todas las Colonias.

El espíritu democrático, pues, se difundia en gran manera, inspirado sin duda en aquella fraternidad puritana que fué luego traducida en filosofía política. Boston, Nueva-Yorck y Filadelfia comenzaban á dar inequívocas muestras del grado de prosperidad á que estaban destinadas, y sentábase ya por todas partes, desde la bahía de Hudson hasta el golfo de Méjico y desde el Atlántico hasta el Mississipi, la necesidad de dispensarse de una onerosa dependencia, inútil cuando el génio de un pueblo se reconoce con individualidad propia. En tal estado no era posible que sufriesen por largo tiempo el yugo de la vieja Inglaterra.

Aleccionados, por otra parte, en la guerra, militando con sus señores, aunque como aliados libres, contra los franceses en el Canadá y los españoles en las Floridas, habían los anglo-americanos experimentado sus fuerzas. Y no quedarían, en verdad, muy descontentos de ellos mismos, cuando muy pronto y con motivo de un nuevo impuesto, de una nueva exacción, se les ve ya retar abiertamente á la Metrópoli. Esta, que, acabada la guerra de siete años, había adquirido predominio en Europa y América, creyó sin duda que podía tratar á los pueblos con la misma arrogancia que á los reyes. No debió tardar en desengañarse, sin embargo, al ver que de dos Congresos celebrados sucesivamente en Filadelfia, salían, de uno la primera *declaración de derechos* (1), de otro la Confederación ya definitiva de las trece provincias (2) y la creación de un ejército de 20.000 hombres, cuyo mando encomendó á Jorge Washington.

Era Washington un rico plantador del Estado de Virginia, nacido en 1732. Combatió en su juventud contra los franceses en el Canadá, alcanzando gran fama de prudencia y discreción, á la par que de poco favorecido, en azares de guerra, por la diosa fortuna. Modesto y poco espléndido en su trato, si bien carecía de esa viva elocuencia que seduce y arrastra, poseía, en cambio, sólido juicio, inquebrantable paciencia é imperturbable calma, cualidades propias para su verdadera obra: la de fundar un pueblo de ciudadanos libres é industriales, no de holgazana y esclava soldadesca. El justo amor á la deseada independencia podía más, á veces, en las tropas de Washington que la subordinación y la disciplina; mas él supo templar aquellas ansias é introducir el orden, sin emplear más que el ejemplo, huyendo de esas medidas de crueldad y de terror, necesarias sólo en ejércitos mandados por la ambición ó por el odio, no en las milicias de la libertad y del derecho. Posesionados los ingleses de Boston con el grueso de sus tropas mandado por Gage, allí dirigió Washington su primera mirada, como quien desea menos la gloria personal de innumerables y costosas escaramuzas, que el logro más breve y económico de una empresa. Bloqueó á Boston, librándose allí aquellos pequeños combates de avanzadas, que, según la expresión de Lafayette (3) «decidieron de los destinos del Universo», dando, en definitiva, por resultado la sensatez y energía de Washington, unidas á las imprudencias y abominaciones de Inglaterra, el triunfo más completo á las armas americanas.

Como se vé, de intento huimos de seguir paso á paso las vicisitudes de aquella guerra. Ni nos lo permite la ligera índole de estos apuntes, ni tienen seguramente para el lector discreto gran atractivo ni novedad esas minuciosas reseñas, harto semejantes todas, en que parece respirarse todavía pólvora y odio. No, no haremos la ofensa á los lectores de La América de creerlos aficionados á la literatura de cuartel. Basta con lo que dejamos consignado. Ni Washington, por otra parte, y según hemos dicho ya, fué guerrero. Fué simplemente un soldado de la justicia y de la independencia de su patria. Condujo á sus conciudadanos á la victoria, fiado más de la poderosa razón que le asistía, que de esas habilidosas estrategias que el aborrecido génio de la guerra parece inspirar sólo á los mercenarios del despotismo, á los sombríos sicarios de la noche.

Terminada la lucha, reconocida por el Parlamento inglés la independencia americana, comienza precisamente la verdadera obra de Washington. Supo, en primer término, acallar los naturales recelos de una libertad naciente, no oponiéndose á nada, sino por el contrario, fomentando todo lo que la misma libertad exige, cuando no se quiere hacer de ella nombre vano.

Ocupó la presidencia de la República diez años; dejando tan maravilloso ejemplo de desinterés, patriotismo, laboriosidad é iniciativa en todo lo útil, amor á la libertad y al progreso, y desprecio á toda coacción y á todo yugo, que ese ejemplo ha servido de sólido cimiento, casi único, á la que hoy es sin duda la primera de las naciones. Todos en ella procuran, en efecto, imitarle. En las ocasiones más solemnes, pronuncia siempre el *yan-kée* el nombre de Washington.

Cuando creyó, y lo estaba ciertamente, concluida su obra, se retiró, nuevo Cincinnatus á su hacienda de Mountvernon, á donde, como simple

(1) Esta célebre declaración de derechos que llamamos la primera porque, aunque menos conocida, es anterior en algunos años á la francesa, comenzaba así:

«Los habitantes de las colonias inglesas de la América Septentrional, por las leyes inmutables de la naturaleza, tienen los siguientes derechos, declarados por unanimidad: »I. Tienen derecho á la vida, á la propiedad y á la libertad; »y no han cedido á ningún Soberano la facultad de disponer »de ellas sin su consentimiento.»

(2) Las trece primeras provincias que formaron los Estados-Unidos, fueron: Massachussets, Nueva-Hampshire, Connecticut, Nueva Hersey, Rhodeisland, Nueva-York, Georgia, Pensilvania, Virginia, Delaware, Maryland y las dos Carolinas. En 1803 aumentó ya considerablemente el territorio con la adquisición de la Luisiana y con otras vastas posesiones que enajenaron los indígenas.

(3) Preciso es recordar, para no caer en injusticia, la poderosa intervención de franceses y polacos en esta guerra; quienes, con su opinión además, contribuyeron eficazmente á estender por Europa las simpatías hacia los norte-americanos.

ciudadano de un país libre, terminó tranquilamente sus días. (Año de 1799.)

¿No es verdad, queridos lectores, que hasta decir esto último con la sencillez con que lo decimos? ¿Y no es cierto también que asalta á vuestra memoria el recuerdo de Napoleón y Santa Elena?...

Algunos historiadores afirman, en tono de censura ó de indiferencia por lo ménos, que Washington no fué un héroe á la antigua. Cierro; nada más cierto. Aceptamos la frase y la consignamos como último elogio. En verdad que no hallaríamos pincelada mejor para terminar este boceto.

Washington no fué un héroe á la antigua. O lo que es lo mismo: Washington no amasó imperios con lágrimas y sangre, esclavitud y tiranía como los Alejandro y los Césares; Washington supo, sencillamente, fundar un pueblo con la libertad y el derecho, con la democracia y la república.

RAMON BARCO.

## LA HEREDERA DE KEROU LAZ.

1565

I

Reinaba profunda oscuridad en los alrededores del viejo castillo de Keroulaz; ni la más débil claridad rompía las sombras de la noche apareciendo entre el ramaje, ni una antorcha llevada por un page travieso extendía su rojizo fulgor en las solitarias calles del jardín; pero el mirador surgía luminoso del seno del espacio. Era la imagen de la vida al lado de la imagen de la muerte. ¡Aquí, la sombra y el misterio; allí mil luces chispeantes, y el ruido de mil y mil instrumentos, diestramente heridos; aquí el desierto con su triste poesía; allí el mundo con sus locas embriagueces!

Sobre una vasta gradería á derecha é izquierda del cual se hallaba una escalera cuyos peldaños estaban cubiertos por un rico tapiz, abríase la gran sala del castillo donde el placer de la danza detenía á los nobles invitados. Seducidos por el mágico espectáculo de la fiesta, no pensaban entonces en la frescura de los bosques, ni en el encanto de un paseo por el jardín. Sin embargo, los árboles cargados de flores daban su perfume á la brisa nocturna y el ruiseñor cantaba meciéndose en las ramas temblorosas.

Dos mujeres igualmente bellas atraían á sí todas las miradas. La primera había llegado ya á esa edad que los poetas llaman segunda juventud, y aparecía como una reina en medio de su pueblo, tan altiva era su actitud; la otra, por el contrario, tímida y adolescente, rehuía los homenajes. La palidez de su frente anunciaba un pesar secreto, y mientras sus labios fingían una sonrisa, cerrábanse á medias sus ojos para ocultar una lágrima. Su silencio y su melancolía alejaron de ella el enjambre de jovencillos que mariposeaban á su alrededor, y quedó sola en el fondo de la sala, abandonada por los hombres, olvidada por las mujeres. ¡Qué la importaba este abandono! Encerraba su corazón una inquietud tan dolorosa! Un joven caballero se acercó á ella y la rogó que le concediese el baile que iba á empezar. Ella se levantó, le alargó su mano que temblaba, y luego, inmóvil, se puso á mirar atentamente á la brillante castellana que hablaba muy animada con una anciana señora lujosamente vestida.

—¿En qué piensa María?—preguntó el joven con voz conmovida.

—¡Oh! ¡Kerthomas!—respondió ella;—lo que veo me hace temblar. No sin algún designio oculto ha venido el marqués de Mesle desde Cornouailles, habiendo en casa una heredera que puede contraer matrimonio. ¡Por qué no puedo oír lo que traman mi madre y la suya en este momento!

—Vuestra madre tendrá piedad de la fé que nos hemos jurado.—

Un suspiro fué la única respuesta de María que se dejó conducir por Kerthomas en medio de los que bailaban. ¡Qué encantadora estaba! ¡Cómo caían en finos bucles sus cabellos rubios sobre su cuello de nieve! ¡Cómo dibujaba su túnica de satin azul guarnecida de encages de Flandes los castos contornos de su talle esbelto! Escitaba á un tiempo la admiración y el interés. Nadie había recibido la confidencia de sus angustias, y nadie, sin embargo, las ignoraba.

Las zampoñas repetían á una los viejos aires de Bretaña; los señores y las damas platicaban alegremente, y Kerthomas aprovechaba el ruido de la música y de las conversaciones, para expresar á la joven toda la extensión de su ternura; pero la pobre niña no se atrevía á escucharle. Las miradas de su madre, la hermosa y temible Catalina de Keroulaz, la perseguían siempre. Casi sentía ya haber concedido á Kerthomas aquel instante de felicidad, porque á veces la dicha se parece al sol de estío, que prepara la tempestad detrás de sus rayos de oro.

Tornaba María á su asiento, cuando un page pasó por su lado y la dijo apresuradamente estas crueles palabras:

—La señora de Keroulaz os ordena, que os retiréis á vuestra cámara.—

La víctima bajó la cabeza con aire resignado.

—Es preciso obedecer—dijo á Kerthomas.— ¡Ojalá sea este el último y el menor de los sacrificios que me impone!

Y dicho esto desapareció.

II

El marqués de Mesle y su séquito habíanse quedado en el castillo. Desde el día de la fiesta reinaba en Keroulaz agitación no acostumbrada; un ejército de criados llenaba las galerías y los patios; no se oían más que relinchos de caballos, risas de pajes ó cantos de damas.

Por la mañana los nobles huéspedes cazaban en el bosque; por la noche salían á respirar el aire perfumado en las terrazas del jardín. La señora de Keroulaz no escatimaba nada para hacerles agradable la vida; ya enviaba á la ciudad en busca de divertidos juglares, ya elegía, entre las viejas costumbres bretonas, alguna diversion que recordase á los señores las hazañas de sus abuelos.

Triste la mirada, la frente cubierta de arrugas, Kerthomas recorría lentamente los senderos sombríos, sin oír siquiera las risas lejanas del galante cortejo. Si alguna vez le encontraban en algun lugar solo y sombrío, le llamaban, le daban bromas concluyendo por llevarsele, pero ningún alegre deseo disipaba la negra melancolía de Kerthomas. Solo salía de esta especie de sopor al nombre de María; sin embargo, cuando el azar le ponía al lado de Catalina, esta le escitaba á casarse, pintándole las ventajas de una unión brillante; pero Kerthomas temía demasiado comprenderlas.

María había recibido orden de no salir de su aposento. Una mañana bajó al jardín á una hora en que la castellana y sus huéspedes dormían aun. Recogió el primer aliento virginal de la naturaleza que se despierta, y oyó los primeros gorjeos de los pájaros. Los perfumes balsámicos del cesped, los dulces rayos del sol naciente reanimaron á la pobre María, su pensamiento halló la calma que pedía, su alma tornó á abrirse á la esperanza. ¡Es tan difícil comprender el dolor cuando la tierra parece salir de su tumba y celebrar el momento divino de su resurrección!

Sentóse la joven á orillas de una fuente, cuyas aguas corrían entre tallos de violetas. El sol deramaba una lluvia de oro sobre los prados, y las mariposas venían á columpiarse en el botón abierto de las flores. Con el rostro inclinado hacia la fuente, María aspiraba la frescura de las aguas y el aroma de las violetas; recordaba los días de su infancia, aquellos días tan tranquilos en que se aproximaba, jugueteando, á aquella misma fuente, contenía el aliento, se arrodillaba sobre la hierba, y con mano cruel, sorprendía en su inocente embriaguez á las mariposas. A estos recuerdos, las lágrimas velaron sus ojos, se levantó, quiso alejarse, pero sintió que una mano la detenía, y al volverse para mirar quién era el atrevido, reconoció á Kerthomas.

—María,—decía el dichoso joven,—vuestra madre nos separa y Dios nos reúne.

—Dejadme, Kerthomas; mi madre me ha prohibido hablaros, y Dios no bendeciría á una hija rebelde. Si la señora de Keroulaz supiese que nos hemos encontrado en el jardín, me llevaría á un convento ó me obligaría á aceptar el esposo que ha escogido para mí.

—Y yo, María, ¿no estoy aquí para defenderos?

—¿Quién secundaria vuestros esfuerzos? Separémonos, Kerthomas, y evitemos cuidadosamente estos encuentros. Quizá el porvenir nos reserve días mejores.—

La joven acompañó estas palabras con una triste sonrisa; luego se dirigió con paso rápido hacia el castillo. A pesar del ruego y la advertencia de María, Kerthomas se obstinaba en seguirla quejándose amargamente; experimentaba un secreto placer en agobiarla con insensatos reproches. Por fin, cuando llegó al salón volvióse hacia él la niña y juntando sus manos.

—Kerthomas,—murmuró,—dejadme; os lo suplico.—

Y al decirsele temblaba; sus ojos estaban llenos de lágrimas, pintábanse en su rostro la turbación y la inquietud. Kerthomas la miró y se conmovió.

—Perdon,—la dijo,—perdon, María, voy á dejáros, pero como quizá os dejo para siempre, dignaos al menos aceptar este emblema de mística unión en recuerdo del amor que nos profesamos.—

Y arrodillándose delante de ella y tomando una de sus manos, le puso en el dedo una sortija que María no se atrevió á rehusar.

El temor de ser sorprendida con Kerthomas, el dolor que le causaban las palabras del joven, y otras mil diversas sensaciones, la impedían hablar; así permanecieron algunos instantes, él á sus pies, ella apoyada contra la balastrada de la escalera, sosteniéndose apenas y sin ánimo para huir. Por fin reunió todas sus fuerzas, balbuceó un último adiós y entró en la sala sin volver la vista atrás. La presencia del marqués de Mesle la hizo retroceder. El marqués estaba en pié, la ironía plegaba sus labios y sus facciones, frias por lo general, tenían ahora una expresión burlona. Saludó á María, y la ofreció galantemente la mano. Pálida como la muerte, agitada como una hoja que la brisa atormenta, la joven se dejó conducir hasta un sillón y cayó en él como inanimada. Un frío glacial recorría sus venas, y su corazón latía con tal fuerza que respiraba con dificultad.

Kerthomas seguía en el fondo de la sala. Por lástima hacia María contenía su cólera, contentándose con lanzar á su rival miradas provocativas á que éste no se dignaba responder. El marqués ojeaba con insolente abandono un gran libro de música que la víspera había quedado abierto sobre

una mesa. Aproximó una banqueta, y sentándose cerca de María la propuso estudiar una romanza. La señorita de Keroulaz dejó el libro sobre sus rodillas; su dedo, siguió maquinalmente las notas, pero las palabras faltaban a su boca.

Esta calma aparente no podía durar; una tormenta iba á estallar dentro y fuera del castillo. Por una coincidencia singular, cubriase el cielo de un tinte gris y uniforme, y el viento sacudía con violencia los árboles del parque. Kerthomas había cojido una mandolina y queriendo aturdirse, arrancaba al instrumento sonidos ágrios y salvajes, rompiendo las cuerdas bajo sus dedos febriles; pero al fin, avergonzado de su silencio, arrojó lejos de sí la mandolina y lanzándose hacia el marqués de Mesle:

—¿Os gusta la música, señor marqués?—gritó con voz indignada,—pues bien, ¿que os parece esta balada?—

Y se puso á recitar una estrofa de una vieja canción bretona que termina así:

—«El que no tiene compasión de una mujer que llora, es un cobarde.»

El marqués se levantó bruscamente.

—¡Ah!—volvió á decir desdeñosamente Kerthomas.—Parece que el señor marqués ha comprendido.

—Sí señor, he comprendido vuestra imprudencia, y estoy impaciente por castigarla.

—Mi impaciencia iguala á la vuestra.—

Por un movimiento espontáneo encontráronse sus espadas. María se arrastraba á sus piés, los suplicaba que suspendiesen la lucha; pero estaban sordos á su desesperación, y las espadas seguían chocándose con furor.

Abrióse una puerta, y apareció en ella la señora de Keroulaz. Al verla, los dos nobles suspendieron el combate.

—¡Gran Dios!—dijo Catalina.—¿Qué pasa aquí?—Separadlos, señora,—gritó María,—separadlos; quieren matarse.

—Calmáos, señores,—añadió la castellana,—olvidad que estais en mi casa y que tendría derecho á ofenderme por vuestra conducta. Os creía en perfecta inteligencia, y me asombra este súbito odio.

—Este señor os lo explicará mejor que yo,—respondió el marqués,—mi intención, señora, no era traer el escándalo á una casa en donde he recibido hospitalidad. Ignoraba, os lo juro, que mi presencia en estos sitios rompía un misterio, y si he visto á este caballero desposándose con la señorita de Keroulaz y ofreciéndole un anillo, ha sido contra mi voluntad.

—¡Miserable!—gritó Kerthomas, no te dá vergüenza unir la perfidia al insulto. Señora, lo que ese hombre tiene la audacia de decir delante de vos, es una horrible calumnia. He encontrado á la señorita de Keroulaz en el jardín, la he hablado, la he importunado con mi amor, pero ella no me esperaba; ha huido de mí, me ha rechazado, y si se dignaba aceptar de mi mano este inocente recuerdo, lo ha hecho por caridad, no por ternura.

—A su vez os engaña, madre mía,—gritó la joven.—¿No quiero ocultar que yo le amo!

—Lo sé, señorita, he adivinado vuestra loca pasión é inútilmente he querido revivir en vos el honor de los Keroulaz. Antiguamente una madre era obedecida; vos sois la única heredera de nuestra noble familia que ha olvidado el deber por el amor. El marqués de Mesle me ha pedido vuestra mano, y yo se la he concedido. Sereis marquesa de Mesle.

—Nunca mientras yo viva,—gritó Kerthomas,—salgamos, señor marqués.—

Los dos hidalgos bajaron precipitadamente al jardín, y pronto se perdieron entre los árboles.

María llamó á sus criados. Catalina exhaló un grito penetrante, franqueó de un salto la escalera de piedra y echó á correr como una loca hacia el sitio por donde el marqués y Kerthomas habían desaparecido.

Las avenidas estaban desiertas, y los relámpagos extendían por ellas sus siniestros surcos, la lluvia caía á torrentes, el huracán se desencadenaba furioso, y Catalina avanzaba siempre á pesar de lo impetuoso del viento que levantaba sus negros cabellos, y á pesar de la violencia de la lluvia que empapaba sus vestidos. Visitaba todos los lugares prestaba oído al menor rumor, miraba á un tiempo á un lado y otro. De pronto oyóse ruido de espuelas, y apareció un hombre con la cabeza desnuda, el peto desabrochado y teniendo en la mano una espada teñida en sangre. Era el marqués de Mesle.

—¡Ah!—gritó Catalina,—¿habeis matado á Kerthomas!

—No ha muerto, señora, está gravemente herido, y he hecho que mis criados le trasporten á una choza vecina.

Ella palideció, y apoyándose para no caerse en el tronco de un árbol, volvió el rostro para ocultar sus lágrimas al marqués.

—Ha caído murmurando el nombre de María,—dijo éste con intención.

Catalina levantó vivamente la cabeza, sus mejillas se tiñeron de rubor, un rayo de celos animó sus ojos, y pronunció con voz concentrada este fatal é inexorable mandato:

—Quizá pueda vivir, pero antes que recobre la salud, la heredera de Keroulaz será marquesa de Mesle.—

## III

Un mes despues, un joven religioso oraba en la iglesia de San Pablo de Leon al pié de una tumba, sobre la cual se leía este epitafio:

AQUÍ YACE LA MUY ALTA SEÑORA  
MARÍA DE KEROU LAZ,  
MARQUESA DE MESLE  
Y DE CHATEUGAL.  
¡DIOS HAYA RECIBIDO SU ALMA!

La sombra invadió gradualmente la iglesia. Reinaba en ella un sombrío silencio, y las rosas deshojadas aquella mañana por los niños del coro cubrían el suelo y perfumaban el recinto. El joven religioso quedó inmóvil y mudo con la frente inclinada hacia el fúnebre monumento. Pensaba en María, y esperaba, en su piadosa superstición, que el ángel dejaría por un momento el cielo para aparecerse rodeada de una espléndida aureola.

De pronto, un leve rumor turbó la calma misteriosa; una forma de mujer se dibujó en el muro, allí donde la luna arrojaba su pálida claridad; el religioso oyó cerca, muy cerca, ecos de lágrimas y sollozos. Estendió los brazos y gritó: ¡María!

El fantasma se desvaneció, y una voz murmuró al mismo tiempo:

—Kerthomas, invoca á María como á una santa; pero si sabes perdonar, reza por Catalina que sufre y se arrepiente.—

ALFREDO DES ESSARTS.

## PENSAMIENTOS.

Así como los miasmas que se elevan sobre las aguas corrompidas, van á perderse en la inmensidad radiosa del espacio, los sentimientos que se levantan en las almas van á perderse en la piedad de Dios.

—Cuando me aflige el dolor ajeno, paréceme que vivo dentro de un corazón que no es mio.

—Nunca nos parece viejo el sér que amamos, porque los deseos que nos acercan á él son siempre jóvenes.

—La hipocresía es una virtud meditada.

—Cuando el alma se eleva en alas de los más altos pensamientos, siente un vértigo que la ofusca; mas si el dolor viene en su apoyo, ¡ah! entonces rompe las nubes que la oscurecen, brilla con nueva luz y vive la vida de su Dios, cuya idea le parece pequeña.

—Lo peor de la felicidad es el placer.

—El hombre que penetra en un lugar oscuro, si es malvado ciega, si es inocente, alumbrado.

—Los materialistas son ciegos de nacimiento que, no conociendo de los objetos más que lo que de ellos les dice el tacto, sólo creen en la existencia de lo que les hiere.

—La irónica alegría que generalmente produce en nosotros el conocimiento de los defectos de los hombres, es siempre triste.

—Así como la flor es más rica en olores cuando recibe el primer rayo de sol, el alma del bueno se perfuma, permitidme la expresión, cuando vé lucir en límites cercanos la luz que es precursora de una nueva vida.

—Cuando estoy alegre, no deseo un placer que solo sea provechoso para mí, sino una felicidad que, alcanzando á todos, sea en todas las almas un reflejo de mi alegría.

—Las pasiones y las virtudes son veredas que se cruzan en el ancho camino de la vida; las primeras se extienden por pintorescos valles; las segundas conducen á la cima de escarpados montes: por eso el hombre, viajero siempre fatigado, recibe amortiguada la luz del sol que centellea sobre las copas de los árboles que le dan sombra.

—El hombre es un mendigo que edifica su choza sobre oro.

—La virtud es una flor que deja sus aromas en los labios que la manchan.

—El alma que ha perdido su primer deseo, se asemeja á una de esas flores que, aunque ostentan con altivez sus matices, dejan ver en un punto negro, que mancha una de sus hojas, el principio de su muerte.

—La voz de la virtud calumniada es un tristísimo canto, entonado entre ruinas, en el silencio de la noche, á la pálida luz de un satélite.

—Me desespero al considerar que la dicha que más dura, solo sirve para hacernos sentir la eternidad de un dolor momentáneo.

—Hay momentos en la vida en que el hombre honrado tiene que sér lo que no es para ser bueno.

—La vanidad es una ola: el pensamiento es el mar que la sustenta, y el dolor la playa que la deshace.

—El desgraciado solo duda de la felicidad. Para él el sueño es un claro día, y el día es un sueño horrible, en cuyo fondo negro resplandecen, con momentáneo brillo, los recuerdos de una infancia sin inquietudes y sin noches.

—Así como á la voz de Dios nació la luz, á la voz del amor nace la vida, vida que tiene el encanto de la melancolía más profunda, unido á la grandeza de lo infinito.

—Me rio cuando me dicen: «Debes ser feliz, porque no te falta nada.» ¡Imbéciles! El hogar de la dicha está en el alma, y ese hogar está vacío.

—Cuando el corazón y la inteligencia discuten sobre la virtud ó la maldad ajena, muy pocas veces están de acuerdo.

—La caridad no es en el mundo el heroísmo del sentimiento más perfecto, el amor á los demás, sino el triunfo de nuestro orgullo sobre la miseria que nos pide un pedazo de pan y una mirada de cariño.

—Las almas mezquinas aman el despotismo, porque piensan que, amándole, pueden ponerse al nivel de las que son libres.

—En el corazón humano hay, como en la tierra, hielos y desiertos: para animar esos desiertos y para deshacer esos hielos basta una mirada de ternura.

—El mundo es una soledad poblada.

—Tú ¿qué sabes?—preguntó un imbécil instruido á un joven que había aprendido muy pocas cosas. El joven no contestó, porque el confesar que solo sabía querer y sufrir le hubiera costado mucha vergüenza.

—Cuando iniciamos á quien no sabe comprendernos en los secretos de nuestro corazón, dejamos, al pretender llenar con nuestros sentimientos el inmenso vacío de la vanidad ajena, que ésta tome la medida de nuestra pequeñez.

—Hay séres, panegiristas del bien, que serian capaces de pisar su alma para matar en ella la idea de Dios.

—El oído es un camino que sólo llega al corazón dichoso.

—La virtud es incolora. ¡Cuántas serpientes nacen bajo rosales! ¡Cuántas víboras toman las alas de oro de las mariposas! ¡Cuántos blancos deberían ser negros! ¡Cuántos negros deberían ser dioses!

—En el instante en que el pensamiento mide por vez primera la distancia que hay entre la ofensa y el beneficio, separa de sí á todos los hombres.

—El amor, (me lo ha definido un necio) es un fuego que entra en las venas sin permiso del corazón.

—Tras de ciertos placeres está el cadalso. Esto lo saben muchos que al cabo llegan á él despues de hollar un camino sembrado de flores. Pero ¡bah!.. Más vale hundirse en el polvo con un orgullo triunfante que entrar en el cielo con una voluntad vencida.

—Más quiero ser pobre resignado que rico que duda y teme por sus bienes, porque más quiero desgracias ciertas que desengaños posibles.

—Antes de que fijes la mirada de tu alma en el corazón ajeno para ver lo que en él pasa, cuida de cerrar todas las puertas del tuyo; no conozca aquel tus intenciones y finja ser lo que tú quieres que sea.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

## DOS AÑOS

DE GOBIERNO DE UN PRESIDENTE AMERICANO.

El general Roca ante Europa.

Las grandes conquistas de la democracia, donde quiera que se alcanzan, son conquistas que nos pertenecen á los que pertenecemos á ese inmenso partido que lleva en su frente luz de gloria, y en su espíritu las nobles aspiraciones del porvenir.

Hay en América una República, joven, rica, inteligente, emprendedora, llena de iniciativa y amante del progreso, que está realizando esas grandes conquistas y demostrando al mundo con hechos prácticos, que *La República*, como forma de Gobierno, tiene toda la fuerza, el poder, los elementos y la voluntad para constituir grandes naciones, estableciendo en su seno todos los principios y todas las instituciones que pueden hacer la felicidad de los pueblos.

Esa República es la Argentina, cuyas conquistas nos envanece, porque son conquistas de la democracia.

Considerada hasta hace poco tiempo con cierta indiferencia, por nuestra prensa, ahora es objeto de sus constantes atenciones, mereciendo ella y sus hombres, que revele verdadera complacencia en ocuparse de la una y de los otros.

¿Y cómo no hacerlo, cuando su marcha admira y sus progresos sorprenden?

¿Y cómo no ocuparse de la República Argentina, cuando su Gobierno general y sus Gobiernos locales dan testimonio diario del tino, de la fe con que trabajan y de los resultados que alcanzan?

El 12 del mes que ha pasado hizo dos años que el joven general Julio de Roca, cuya biografía publicó *LA AMERICA*, ocupó de la Presidencia, y en sólo esos dos años de Gobierno *ha hecho más* en obsequio de su patria, que lo que, en las tres Presidencias anteriores, de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, ellos pudieran ó quisieran hacer.

Para justificar esta afirmación, que tanto enaltece al magistrado argentino, vamos á transcribir aquí el balance de esos dos años de Gobierno, hecho por un periodista independiente, y que tomamos de un diario de Buenos Aires.

Es este:

«Hay años en la historia que tienen la fecundidad de los siglos, y siglos que parecen años, en lo breve y estériles.

No todo lo que germina dá frutos. En la naturaleza y en la sociedad, mayor es la suma de fuerzas desperdiciadas que de fuerzas aprovechadas. Corta ha sido nuestra vida, pero tumultuosa y trágica. Lanzamos la nave al mar, rotas las amarras del coloniaje, y soltamos la vela al viento.

Hemos recorrido en vertiginosa carrera rumbos desconocidos. No pocas veces, el abismo nos ha tragado y nos ha vuelto á vomitar el abismo. No pocas veces, hemos perseguido mirajes que parecían playas risueñas, puertos que no eran más que bajíos.

Pero al fin hemos entrado en la región de los vientos propicios, al fin podemos contar los días de viaje por los progresos realizados.

Muchos Gobiernos, timoneles de una hora, han gastado sus fuerzas en la lucha con las corrientes enemigas.

Algunos han nacido y desaparecido en brazos de la tempestad.

Otros han cambiado de derrotero á la mitad del camino. Pocos han concluido su término sin haber apurado los horrores del naufragio.

El Gobierno del general Roca ha sido el más fácil, y por consiguiente el más fecundo de los Gobiernos argentinos.

En dos años ha realizado hechos que en otra época han necesitado el esfuerzo de muchas generaciones, resuelto problemas que parecían destinados á servir de eterna rémora al desenvolvimiento nacional.

¿Cuál de las grandes cuestiones argentinas ha quedado de pie estorbando la organización definitiva del país?

Se inauguró la presente administración con un gran problema, el más complicado y pavoroso de nuestros problemas históricos.

El problema era éste: O era Buenos Aires capital de la República Argentina, ó la República vivía sin capital y sin gobierno, en manos del poder que, sin ser nacional, ocupase y retuviese á Buenos Aires bajo su jurisdicción exclusiva.

No había término medio.

Sacar la capital de Buenos Aires, como ha dicho Alberdi, era invertir toda la Constitución, no solo escrita, sino real y virtual, toda la historia política argentina, de que la capital en Buenos Aires es resumen y expresión.

Dar á la nación por capital á Buenos Aires, era entregar al Gobierno nacional los medios de dar formas permanentes á su poder político y económico. Tanto importaba esta solución.

El Gobierno del general Roca encontró el problema planteado y no se acobardó de sus dificultades.

La capital de la República fué consagrada por el voto del Congreso y el consentimiento de la legislatura, en el lugar que los hechos y los antecedentes históricos del país le habían designado de antemano.

El peligro interior conjurado, era la mejoría pasajera, pero no la salvación.

Otros peligros se cernían en el horizonte, peligros reales, visibles, crecientes.

Chile velaba sus armas al pie de la cordillera, y nosotros preparábamos las nuestras á orillas del río Negro.

Estábamos á cinco días de camino, y la más ligera chispa hubiera producido el incendio.

No era una simple cuestión de límites, un pleito de pared medianera; era una cuestión en que la susceptibilidad nacional estaba de mil maneras comprometida.

Había algo más que intereses empeñados: había agravios, atentados impunes, ojerizas profundas.

El Gobierno del general Roca no vaciló en aceptar la responsabilidad de un tratado que evitaba á su país los sacrificios de una guerra.

La paz con Chile se pactó cuando más lejana parecía la solución. Hoy, chilenos y argentinos se felicitan de no haber dado oídos á las tentaciones del amor propio nacional.

Disipadas las preocupaciones internacionales, volvió el nuevo Gobierno los ojos á las preocupaciones internas.

La abolición del curso forzoso, pactado en momentos aflictivos, fué su tercer propósito.

El curso forzoso se abolió, libertando á la nación de los compromisos del contrato de Setiembre, en que se estipuló la venta de la soberanía nacional por un plato de lentejas.

La deuda al Banco de la provincia fué reconocida y liquidada.

Desde esa fecha el papel inconvertible se colocó á la par, realizándose así un verdadero fenómeno económico, que sólo se explica por la fé de todos en la consolidación y en la prosperidad del país.

El Gobierno del general Roca no cruzó los brazos en presencia de tan grandes y sorprendentes hechos.

Acometió obras de no menos trascendencia, como la prolongación de los ferro-carriles, la exploración de los territorios desiertos, nuevas líneas telegráficas, expediciones militares á los últimos atrincheramientos de la barbárie, fundación de pueblos y colonias en las feraces regiones que fueron ayer asiento de tolderías, feudo de tribus feroces, que mantuvieron á raya la civilización durante tres siglos.

Desde la Tranquera de Loreto á Jujuy, el progreso se vierte por todas partes, como aumento de población, como crecimiento de producciones, como incorporación de fuerzas nuevas á la actividad nacional.

Misiones, ayer una comarca ignorada, la tierra de las selvas vírgenes y de las ruinas misteriosas, es hoy un territorio nacional que despierta la codicia de la especulación, y atrae al extranjero con la fascinación de sus tesoros.

La nacionalización de Misiones ha sido algo más que una conquista de la civilización: es un gran acto de prevision política.

Allí estaba el talon vulnerable de la integridad de la República. Allí se habían ido ejerciendo impunemente actos de jurisdicción extranjera.

Aquella vasta zona no sólo estaba despoblada, sino en estado salvaje: no era una ficción del poeta aquello de que en el silencio de sus bosques se creía oír el sollozo de las inquietas razas primitivas.

Misiones será en breve la más bella y pintoresca de nuestras comarcas agrícolas. Como Misiones, se empieza á poblar la Pampa, se levantan nacientes ciudades en el fondo de los desiertos; á orillas del Neuquen y en los valles del Limay, donde no se sintió jamás otro ruido que el del galope del potro del indio vagabundo, se siente el rodar del carro del merechifle extranjero, ó el chirrido de la cadena del agrimensor que delinea la traza de nuevas poblaciones.

La barbárie se ha ido á escudar en el fondo de las gargantas andinas.

Las líneas militares del desierto avanzan paulatinamente, y el servicio de las fronteras ha quedado reducido al de simple policía.

Bahía Blanca, un fortín avanzado, donde vegetaba una población pobre y pusilánime, es hoy un gran puerto comercial, y un día, no muy lejano, será nuestro primer puerto en el Atlántico y el mercado de nuestras provincias situadas á la falda de las cordilleras.

Bahía Blanca es hoy uno de los partidos más ricos y poblados de la antigua provincia de Buenos Aires.

Donde cuatro años atrás se levantaba la toldería de Namencurá, el poderoso señor de la Pampa, hoy se destaca el blanco mirador de una estancia, residencia de una familia irlandesa.

Ya el puerto de Bahía Blanca no es la caleta solitaria cuya entrada era el terror de los navegantes. Hoy es un puerto fácil y seguro, señalado por un faro flotante, en el cual se confunden las banderas de todas las naciones, y fundean vapores venidos directamente de Europa, cargados de materiales para el ferro-carril que va á construirse.

Las empresas de todo género asedian al Gobierno, colonias, caminos, vapores, canalización de ríos, todo se propone en términos ventajosos para el país.

Es que el crédito nacional ha llegado á una altura á que jamás llegó.

Hé aquí una prueba, que no hace muchas horas ha transmitido el telégrafo.

«Acaba de colocarse á la par en el mercado de Londres la primera concesión de un millón de libras esterlinas en acciones del ferro-carril Trasadino, del cual es concesionario el Sr. Clark.»

¿Cuándo nos dieron semejante prueba de confianza los capitales extranjeros?

Es que de lejos, como de cerca, se ven moverse y ensancharse todos los elementos de prosperidad del país. Es que todo se regulariza, hasta el progreso, ayer aislado y local, hoy universal y armónico.

Buenos Aires se va á las nubes, con la ayuda maravillosa de su Banco.

Las provincias van á tener al fin un Banco nacional, su corriente fecunda de vida.

La paz es una verdad. La confianza se ha hecho carne. La ley ejerce su imperio tranquilo en toda la extensión de la República.

Los poderes nacionales han dejado de ser una amenaza, para ser una garantía.

Nuestras relaciones exteriores no pueden ser más cordiales. Aquella diplomacia entrometida y quisquillosa ha perdido su prestigio entre nosotros. Hoy la política exterior del Gobierno argentino se reduce á hacer conocer y respetar al país en el extranjero.

Bajo la influencia de estos hechos y ante la perspectiva de un porvenir mejor, empieza el tercer año del Gobierno del general Roca.

¡Quiera el cielo que sea tan fecundo como los anteriores!

Tal es el sucinto resumen de lo que ha hecho el Gobierno del general Roca, durante los dos primeros años de su administración; resumen que en todo tiempo será un título de gloria para él y para la América entera, que presenta á la Europa el hermoso espectáculo de un Gobierno regular, constituido en nombre de los grandes principios que la libertad tutela, zanjando graves cuestiones internacionales con meditación y prudencia, desoyendo los consejos de la impaciencia que podían conducirlo á empresas quijotescas, resolviendo en el interior todos aquellos problemas que podían comprometer la paz, y enarbolando en alto la bandera del progreso agitada en los aires por el aliento poderoso de un pueblo, que confundiendo sus aspiraciones con las del gobernante, busca en el equilibrio y la armonía de las dos voluntades, el más formidable elemento de su futura grandeza.

Pero, si es acto de justicia poner de relieve la personalidad del general Roca, al hablar de todos los beneficios alcanzados por la administración que preside, lo es también colocar á su lado la de otro argentino ilustre, auxiliar eficaz y poderoso de muchos de los importantes resultados obtenidos de que habla el artículo anterior.

Ese hombre es el actual gobernador de Buenos Aires, doctor don Dardo Rocha, que también conocen ya, no solo los lectores de LA AMÉRICA, sino todos los que en España se ocupan de las cuestiones americanas.

Sin su concurso franco, decidido y leal, el Gobierno del general Roca no habría podido llevar á feliz término, ni la cuestión capital, ni todas aquellas en que era preciso deslindar la jurisdicción de los dos poderes, para evitar en lo sucesivo choques que habrían producido la repetición de conflictos sangrientos.

Despojándose de ciertos sentimientos locales, que han hecho su época en la política argentina, é inspirándose en los grandes y levantados sentimientos de la nacionalidad, el doctor Rocha comprendió desde el primer momento, que su patriotismo y su deber le aconsejaban poner la potente influencia de Buenos Aires al servicio de la polí-

tica nacional, y haciéndolo con noble abnegación, cooperó eficazmente á los resultados obtenidos, para gloria de sus autores y grandeza de su patria.

Ante ellos, hoy todos se ocupan de la República argentina.

En estos días precisamente, un distinguido caballero inglés, el señor Enrique Saint John Wilman, acaba de publicar un folleto sobre dicho país, cuya lectura inspira vivísimo interés.

En una de sus páginas leemos estos párrafos:

«La vasta extensión de territorio ocupada por las catorce provincias unidas que, con cuatro territorios nacionales, constituyen la República Argentina, se extiende desde el Trópico de Capricornio hasta el Cabo de Hornos, desde los Andes hasta las aguas del Uruguay, Río de la Plata y Océano Atlántico, y comprende las dos terceras partes de la región no tropical del Continente Sud-Americano.

Tiene una superficie de más de un millón cuatrocientos diez y siete mil ochocientos millas cuadradas, de las cuales 656.775 millas cuadradas están bajo la jurisdicción de los Gobiernos provinciales y 761.025 millas cuadradas son propiedad de la nación.

Dentro de los límites de este vasto dominio se hallan todos los climas, todas las variedades de terreno y de contornos topográficos esenciales para la provechosa producción de las varias comodidades necesarias para el bienestar del hombre. La fertilidad general del suelo argentino es muy notable; los ricos depósitos aluviales de las cuencas de los ríos Paraná y Uruguay y de los valles andinos, están destinados á colocar las provincias de Corrientes, Entre-Ríos, Santa Fé, Mendoza, San Juan y el Triángulo del Neuquen, en posesión dominante para competir en Europa con los mercados de granos de los Estados-Unidos.

Este país posee una sin rival costa marítima de 2.500 millas de extensión, á la vez que las aguas del majestuoso Paraná forman una vía sin interrupción desde el Océano por una distancia de 1.600 millas hacia el centro del continente Sud americano.

De aquí resulta el hecho valioso y excepcional que ningún punto de este vasto territorio dista más de 700 millas de las grandes vías internacionales, sureadas por buques de mar. Por su posición geográfica y vasta extensión, la República Argentina contiene casi todas las variedades de clima. Al extremo Sud, el inmigrante del Norte de la Europa halla su clima nativo sin la excesiva humedad que le es característico, mientras que al Norte reina un perpetuo estío desprovisto de los enervantes calores de los Trópicos. En el Centro, igual á la mitad de toda la República, el clima corresponde al de la parte Sud de la Europa, y es el más agradable que se pueda desear.

El clima es muy sano y son rarísimas las epidemias peligrosas, y siempre pueden atribuirse á causas que obran de una manera mucho más mortífera en Europa.»

Al mismo tiempo que el escritor inglés habla así de la República Argentina, otro escritor distinguido funda, en estos días también, en París, una interesantísima publicación, titulada *La Plata*, consagrada, casi exclusivamente, á ir poniendo de relieve las riquezas del hermoso país, sus adelantos y progresos, la talla de sus hombres públicos y todo cuanto puede contribuir á hacerlos conocer.

¿Y qué significa todo este interés, despertado hoy por la República Argentina, en los mismos países en que nadie se acordaba de ella, ó en los que era tan mal juzgada?

Es á lo que deseamos llegar, después del paréntesis que acabamos de hacer, transcribiendo las líneas anteriores: todo esto significa que al fin la Europa entera hace justicia á los hombres públicos de la República Argentina, y que, para hablar de sus progresos materiales, del aumento asombroso de su población, de los telégrafos y ferro-carriles, de la construcción de los puertos, y muelles y puentes, y desarrollo de la educación, y todo cuanto vá constituyendo la grandeza actual, se comprende que es lógico hablar primero de los Gobiernos y de los hombres que inician y llevan á cabo estas hermosas conquistas, y todas esas transformaciones que son augurio feliz del porvenir venturoso que está reservado á la República Argentina.

P. DE NAVARRETE.

#### CURIOSIDADES.

La moda de afeitarse la barba vino de Oriente á Egipto. Se introdujo entre los griegos en tiempo de las conquistas de Alejandro, y de allí pasó á los romanos. La compostura del cabello, según cierto historiador, precedió entre los pueblos antiguos á la costumbre de afeitarse. Uno de los principales méritos del maestro de barbería, era entonces el saber contestar á las cuestiones ó preguntas de todos, y los barberos suministraron á la mente de los autores cómicos y satíricos, el tipo de la curiosidad y de la charlatanería. Un barbero que preguntó á un filósofo cómo quería que lo afeitase, contestó éste de mal humor: «Sin hablar.»

\*\*

Xenofonte dice que entre los persas pasaba por cosa fea el escupir ó el sonarse mucho, creyendo (como así lo enseña la fisiología) que la abundancia de mucosidades ó humores excrementicios suponía falta de sobriedad ó falta de ejercicio.—Ciro no dejaba comer á los soldados si antes no sudaban, dándoles él mismo ejemplo.

\*\*

El origen de las corridas de toros, ese bárbaro entretenimiento, se remonta á siglos bien remotos, pues se supone fué Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, el primero que alanceó toros á caballo, y se asegura que corrieron toros por vez primera, hácia los años 1100 ó 1110. Sábese de cierto que hubo semejante espectáculo en las bodas de Alfonso VII, con Berenguela, hija del conde de Barcelona, celebradas en 1124:

En la *Historia y diálogos de Job*, escrita por Fr. José Gallo, libro de frecuentísima lectura de Calderon de la Barca, en donde aprendió éste mucha parte de su filosofía y no pocas maneras de decir, según asevera un insigne erudito de nuestros días, encuéntrase estas palabras (capítulo XXVIII): «Si en tu casa tuvieras un pozo angosto y tan profundo que nadie se atreviera á limpiarle, ¿no le llamarás abismo? Sí, porque en eso consiste el serlo. Y si tuvieras un estanque tan grande y anchuroso que la vista no le alcanzara por todos lados, ¿no le llamarás mar?...»—De aquí tomó el inmortal dramaturgo denominar *mar* á un estanque que supone al pie de los balcones de un palacio, haciendo que uno de los personajes de *La vida es sueño*, diga:

Cayó del balcón al mar:  
Vive Dios, ¡que pudo ser!

El no conocer esto, llenó de perplejidad al insigne Alberto Lista, compeliéndole á escribir que Calderon se distrajo, «porque no tuvo presente que en Polonia no hay puerto de mar.»

En el *Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 59 dice Cervantes: «pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya,» etc. Pellicer no pudo concebir cómo, sin abrir la boca, pudo Sancho embaular en el estómago el pan y el queso, y efectivamente la cosa no parece fácil. Sin embargo, esta dificultad se resuelve sin gran trabajo. No abrir la boca no está en sentido recto en este pasaje sino en el metafórico, siendo la significación de dicha frase *no habló*. En alguna edición del *Ingenioso hidalgo*... se ha quitado la partícula negativa, creyendo ser yerro de imprenta.

El árabe aventaja á todos los demás dialectos semíticos por su delicadeza, regularidad, riqueza de palabras y procedimientos gramaticales. Cierta filólogo compuso un libro sobre los nombres del león en número de 500, y otro sobre los de la serpiente que llegaban á 200. El persa Fizuzabadi, autor del *Kamus*, dice haber escrito una obra sobre los nombres de la miel, y asegura que después de haber contado más de 80 se había dejado muchos. El mismo autor asegura que hay 1.000 palabras para indicar la espada, no faltando quienes han encontrado más de 400 para expresar la desgracia.

Etéocles y Polinice, David y Goliath, nos atestiguan que el desafío no es invención moderna. Pero el desafío de nuestros días no era la costumbre bárbara de provocar á singular combate por un gesto, una mirada, un codazo, una pisada, etc.

La omnipotencia de nuestros monarcas durante el período de la monarquía visigodo-católica, es tan cierta, que dicha época fué la en que los reyes de España ejercieron un poder más soberano. Es un hecho constante, que en los Concilios III y siguientes, y con especialidad en el V, VIII, XI, XIII, XVI y XVII, los príncipes designaron á los padres toledanos los puntos de fe y disciplina que debían tratar en sus sesiones.

La biblioteca de los Fatimitas contenía 100.000 manuscritos elegantemente copiados y encuadernados, los cuales se prestaban francamente á los estudiantes del Cairo. Esta colección no se podía comparar con la de los Omníades de España, en que había 600.000 volúmenes, 44 de los cuales componían el Catálogo. Córdoba, Málaga, Almería y Murcia produjeron más de 300 suscriptores, y en las ciudades de Andalucía se contaban unas 70 bibliotecas abiertas constantemente al público.

Cuenta Plutarco, que un romano, á quien sus amigos echaban en cara que hubiese repudiado á su esposa, cuya virtud igualaba á su hermosura y riquezas, extendió el pie, y les dijo: «También este calzado es elegante y de buena construcción, y sin embargo me aprieta, y ninguno de vosotros sabría indicarme dónde.»

El historiador Josefó habla del repudio de una de sus mujeres con tanta indiferencia como si se tratase de echar á la calle una doméstica. «En aquella época, dice, despedí á mi mujer, porque no me gustaban sus maneras.» Debe advertirse que la esposa de Josefó había tenido tres varones, porque añade inmediatamente: «Cuando era madre de tres hijos.»

Estrabon cuenta que las familias más distinguidas de Armenia consagraban á sus hijas siendo vírgenes á la diosa Anaitis, siendo ley del país, que después de haberse dedicado mucho tiempo al crimen en el templo de aquella divinidad, se enlazasen con un marido. Herodoto cuenta lo mismo de las hijas de Lidia y de Babilonia. Semejantes leyes y costumbres dicen bastante sobre la degradación doméstica de los pueblos del Asia.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## COSTUMBRES LIMEÑAS.

### LA TAPADA.

#### I

Para comprender los hábitos y las originalidades de las costumbres de Lima, es necesario estudiar detenidamente el carácter de la limeña, porque la mujer personifica la sociedad entera.

En el Perú parece que domina el elemento femenino. Esta es una de las tantas rarezas de este pueblo.

El hombre, permanentemente fascinado por los irresistibles encantos de la belleza, parece que consagra su vida á la adoración de la mujer.

Puede ser que en la fuente de la voluptuosidad y del amor, encuentre este pueblo la regeneración de su entusiasmo, de su vigor y de su fé. En la Europa se vió este fenómeno en la Edad Media, y quizá en el Perú se encuentra en estos felices tiempos.

Pero puede suceder que, concentrando la mujer en sí todas las fuerzas morales, ejerza una influencia excesiva y peligrosa. Entonces el Perú correría el peligro de ser sometido á una dictadura femenina, cosa no del todo inverosímil, porque en su historia ya se ha visto á una mujer dragoneando de amazona, armada como un San Guillermo, encabezando conspiraciones y deponiendo vicepresidentes.

Bajo el cielo de Lima, el hombre se debilita y languidece. Al respirar su atmósfera tibia y adormecedora, parece que los vapores del céfiro ofuscan el cerebro. Se siente una pereza embriagadora, una invencible necesidad de calma y de reposo. Se sueña con placeres tranquilos, con imágenes voluptuosas, con nubes de perfume, con el desmayo del deleite, con huríes encantadoras. En Lima se comprende mejor que en ninguna parte toda la belleza del paraíso prometido por Mahoma.

Esta influencia del clima podría servir para explicar la mansedumbre de este pueblo. El hombre es suave, dulce, humilde é indolente hasta la apatía; pero la mujer presenta un contraste sorprendente.

En medio de una naturaleza árida, estéril y desapacible, la mujer crece encantadora como la flor de las riberas del Rimac.

En su frente se dibuja la supremacía de su alma sobre todos los seres que la rodean.

Sus negros, rasgados y luminosos ojos, brillan con un fuego que revela la impetuosidad de su espíritu altivo.

Las líneas regulares del óvalo de su cara tienen toda la perfección del tipo griego.

Su nariz está modelada con una finura y delicadeza artísticas.

Su boca, adornada con la maliciosa pureza de una coquetería adorable.

Su cabellera es una cascada de ébano, y forma una armonía completa con sus bien delineadas cejas y sus largas pestañas.

Su talle tiene toda la soltura, gracia y flexibilidad de una refinada elegancia.

Su pié es tan pequeño, lindo y arqueado, que apenas imprime una ligera huella sobre el polvo.

Y todo esto se halla realizado por la gracia de los modales y la compostura de los movimientos; porque ella posee el secreto de las actitudes románticas, de las sonrisas dulces, de las miradas ardientes, y sobre todo, comprende el arte maravilloso de los atractivos del misterio. Por eso su tipo original y perfecto es la *tapada*.

Bajo este disfraz es como la limeña despliega todo su poder y revela su carácter. Es así como aparece espiritual, burlona, alegre, altiva, impresionable, ardiente é irresistiblemente tentadora.

Su traje primitivo era la *saya* y el manto. Consistía en una *saya* negra, plegada con elegancia á la cintura, y lo suficiente alta para dejar lucir el pié. Un manto vaporoso sujeto al talle y elevándolo por la espalda hasta cubrir la cabeza y el rostro. Por debajo cubría los hombros un rico chal, cuyas dos extremidades flotaban airosamente por delante. Este vestido ha caído en desuso.

Hoy oculta su blanca frente y su leve cintura bajo los pliegues de un pañolón, y prendida de veinticinco alfileres se presenta en todas las funciones.

Vedla en la calle, en las iglesias, en las procesiones, confundiendo entre los grupos de hombres, soportando impávida el fuego granado de mil galanterías, sorprendiendo á uno con el nombre de su querida, atormentando á otro con un chiste epigramático, ridiculizando á éste con una palabra, burlándose de aquel con una voz fingida, y encantándolo á todos con el brillo del ojo que descubre, y con la morbidez y belleza del brazo que ostenta.

Seguidla á la Alameda y la vereis con aires de romanticismo, buscando alguna aventura novelesca. Ya es aguardando una cita para preparar una intriga; ya observando los pasos de un amante de cuya fidelidad duda; acá tendiendo redes para sorprender á un cándido; ora persiguiendo algún capricho de su ardiente imaginación; y á todas horas soñando en amores que llenen su corazón sediento de impresiones.

Buscadla en el teatro y la encontrareis en los asientos de la platea representando un papel de misteriosa con una habilidad encantadora.

Si es la tapada del *medio mundo* puede conocerse por la atmósfera de perfumes que la rodea, por el lujo de su pañolón y de su traje, por algún brillante que luce sobre los de-

dos de mármol de su pequeña mano, y por la curiosidad con que dirige su binóculo á la primera galería observando los adornos de las señoras del gran mundo, para ponerse, al día siguiente, á la altura de la aristocracia.

Mas si veis una tapada casi perdida entre la oscuridad de los asientos ocultos, cubierta con un blanco pañuelo de olán y un delicado pañolón negro, podeis contar, de seguro, que es una gran señora. Es verdad que, en ocasiones, para alejar hasta la sospecha de su rango se viste con trajes y pañolones extravagantes, pero entonces la vende el aire de nobleza de sus movimientos y la misma tenacidad con que oculta cualquiera de los encantos que pudiera servir de dato para revelar el misterio.

La *tapada* encierra toda la historia de la vida íntima de Lima, con sus placeres y sus amores, sus debilidades y sus crímenes, sus miserias y sus lágrimas, sus aventuras y sus chascos, su disipación y sus desengaños.

Bajo este disfraz, más de una cincuentona ha andado en picos pardos con un mozuelo boquirubio, que ha estrenado sus primeros requiebros amorosos con una momia ante diluviana, creyéndola una divinidad.

La tapada es en Lima una entidad de poderosísimo influjo. Parece que bajo este traje hubiera una sociedad femenina que extendiese su vigilancia y su acción á todas las clases. Su ojo lo ve todo; su oído escucha todos los secretos; su sombra se encuentra en todas partes.

En los salones de gobierno hay siempre alguna tapada que aguarda en un gabinete privado; que habla á solas con los ministros y sorprende los secretos de Estado.

En los tribunales intriga, y consigue con frecuencia inclinar la balanza de la justicia.

En los Congresos forma una barra temible que se rie de todos los oradores.

Y en todas partes vigila, observa, acecha, enamora, rie y se burla de todo. Ella es el ángel de los misterios de Lima, la desesperación de los curiosos, el escollo de los incautos, la policía secreta de los conspiradores, el brazo de las venganzas, el agente de la ambición, la voz de los amores, el adorno de todas las fiestas y la tentación de todos los corazones.

¿Quién que haya estado en Lima no ha sentido su influjo?

Ved aquí una página de esa historia infinita de aventuras.

#### II

En días pasados acompañábamos hasta el Callao á un amigo nuestro, proserito chileno, que se ausentaba de Lima. Su preocupación en los momentos de marcha era tan profunda, que nos excitó sobre manera la curiosidad, y después de repetidas instancias para que nos descubriera la causa de su meditación, nos refirió lo siguiente:

«Anoche, nos dijo, se puso en el teatro en escena la *Traviata*, y yo que soy un frenético *dilettante*, tomé desde temprano mi asiento en la platea.

Llegó á uno de los palcos de la primera galería una picante morena de mirada revolucionaria y sonrisa irresistible que me conmovió notablemente.

Soy decidido por las morenas, y éste era el soñado tipo de mis ilusiones trigueñas. Además, nuestros corazones estaban unidos por algunos recuerdos.

Me puse de pié para contemplarla á mi sabor, y para ver si destacando mi figura entre el grupo de los espectadores, podía merecer una de sus miradas.

Ella recorría todas sus galerías con su anteojito, pero no se dignaba mirar á la platea.

Yo fijé en ella repetidas veces mi binóculo; pero mis fuegos no fueron contestados. Después de varias tentativas para llamar su atención, comprendí que todo era inútil. Yo estaba en la platea, era del vulgo de los espectadores aquella noche y no merecía el honor de una mirada. En el teatro la aristocracia de Lima jamás se *democratiza* mirando á la platea. Eso es de mal tono.

Me resigné con mi suerte y volví á tomar mi asiento. Yo no soy muy exigente en amores, y por otra parte, en Lima no se puede serlo.

Todos tienen que conformarse con ser olvidados, no solamente por instantes, por horas, por noches y por días, sino también por meses y por años.

Y esto sucede en todas las condiciones, porque la libertad del corazón es para las mujeres el primero de los derechos.

¡Ay del hombre que intentase exigir constancia! Sería sacrificado en las aras de la independencia femenina.

Vino á consolarme de mis burladas esperanzas una tapada que ocupó el asiento inmediato al en que yo me hallaba. Me lanzó una mirada á que me quemó y temblé. En el solo ojo que descubría había tanta luz, que me sentí ofuscado.

Soy de una naturaleza tan ardiente que el más ligero incidente puede incendiarme. Hay mujeres que con solo una mirada pueden turbar para siempre mi existencia.

Esto en Lima es una fatalidad, porque hay tantos ojos fulminantes y tantas mujeres bellas, que el corazón late constantemente de admiración y de amor, y los sentidos viven abrasados por la fiebre de la exaltación.

A medida que sentía el roce del traje de mi misteriosa vecina, las palpitaciones de mi corazón se aceleraban.

Ella me miraba de vez en cuando y yo comprendí que podía aventurar una palabra.

—Señorita, le dije con acento de cortesía, el solo ojo que usted deja ver basta para enloquecer á un hombre.

De manera que usted puede ser para mí un peligroso vecino, porque corre riesgo de perder el juicio esta noche, me contestó con una voz encantadora.

—Pero puedo ser un loco inofensivo y totalmente sumiso á la voluntad de usted.

—¿Tan pronto hace usted una promesa de humildad?

—El corazón no necesita de mucho tiempo para comoverse, y las promesas cuanto más instantáneas son más sinceras.

—Veremos si la impresión dura, añadió ella. Y yo creí

escuchar el leve ruido de una sonrisa. Me imaginé que su risa sería la de un ángel.

No pude en aquel momento continuar la conversacion, porque el telon fué levantado y la funcion dió principio.

Las palabras y las miradas de la tapada excitaron en extremo mi curiosidad y exaltaron mi imaginacion. Mi cabeza, esencialmente soñadora, y mi corazon de pólvora, me predisponen sobremanera para los amores instantáneos y repentinos. Además, una aventura con una tapada tiene todos los atractivos de un lance novelesco. El amor vive del misterio; la realidad lo mata.

Las melancólicas y dulcísimas notas de la música y del canto vinieron á completar la obra de excitacion y de vértigo comenzada por mi vecina, y á pocos momentos entré en una perfecta y verdadera alucinacion amorosa.

Desde este momento la tapada fué para mí una heroína de romance y el ideal de mis fantásticos sueños de amor. Nuestra historia, que comenzaba bajo tan felices auspicios líricos, me imaginaba que sería un romance sentimental.

En la escena en que Violeta se pregunta con afán si lo que acaba de sentir será el principio de un serio amor, la tapada me miró con intencion.

Interpretando yo su mirada, le dije con emocion:

—Lo que yo siento es indudablemente una pasion loca, desenfrenada, terrible y necesito una esperanza siquiera; ¿puedo tenerla?

—¿Qué tierno es el tema de esta ópera! fué su contestacion, eludiendo mi pregunta.

No me atreví á insistir en mi súplica, y fijándome en el proscenio; permanecí silencioso. Cuando el telon cayó, reanudé la conversacion; diciéndole con entusiasmo:

—Suplico á usted que crea en la fascinacion que ha ejercido en mí su mirada.

—Pero esa fascinacion puede desaparecer con la rapidez con que se ha formado.

—Si fuera tan feliz que usted me aceptara una promesa de fidelidad, yo me comprometeria á probar á usted mi constancia.

—Y si la realidad no correspondiese á sus ilusiones, ¿no sufriria usted un desengaño cruel?

—Eso es imposible. El ojo y el brazo que usted descubre, no pueden engañar. El sol se adivina por el reflejo de la aurora.

—Gracias. Usted galatea de una manera poética; pero como las mujeres somos un poco incrédulas, yo quisiera saber primero qué clase de tipo de belleza le gusta más á usted.

—Pero... esa es una exigencia peligrosa para mí.

—En ella no hay peligro alguno. Yo deseo saber cuál es el gusto de usted, para calcular si puedo personificar sus ilusiones. A usted pueden agradarle las rubias, y yo puedo ser morena. Además, no creo difícil el que usted manifieste qué clase de belleza le impresiona más.

La situacion era tirante.

Si yo entraba en la descripcion del tipo de mis ilusiones, era indudable que hacia un retrato contrario á la belleza de mi tapada. El hombre yerra siempre que necesita adivinar.

Ella comprendió mi vacilacion, y con acento de ironía me dijo:

—El sol se adivina por los reflejos de la aurora. Haga usted mi retrato, y sale así del apuro.

Todo el éxito de mi aventura dependia de este momento. Formé instantáneamente una resolucion, y le dije con acento de seguridad:

—Para mí no es difícil describir á usted. Mi corazon la ha adivinado antes de verla, porque en este momento tiene la doble vista que inspira un magnetismo amoroso. Pero antes necesito de usted una promesa. Para saber si el retrato que haga es perfecto ó no, usted me ofrece descubrirse.

—Imposible, contestó con una rapidez que revelaba una resolucion decidida.

—Pero mi propuesta es más difícil de cumplir que la suya. Yo no exijo que se descubra usted aquí. Usted lo hará á la salida del teatro.

—De ninguna manera. Lo más que puedo ofrecerle á usted es que, si el retrato es exacto, lo aceptaré como una prueba inequívoca de su estado de lucidez amorosa.

—Es que, en premio de mi acierto y de mi amor, yo exigiria que usted me dejara gozar de una de sus sonrisas.

—No puedo prometerle esa recompensa.

—Pero al menos condescenderá en darme la direccion de su habitacion para tener más tarde el placer de presentar á usted mis atenciones.

—Siento muchísimo no poder dar á usted gusto en esto.

—Entonces usted tiene resolucion de que yo ignore siempre con quien hablo.

—Indudablemente.

—¿Es decir, que no sabré jamás quién es usted?

—Jamás, me contestó con una firmeza de voz que me desconcertó.

Quise instarla, pero ella con un ligero ademán me lo impidió. En ese momento comenzaba el segundo acto de la ópera y era indispensable no llamar la atencion de los que estaban á nuestro alrededor con una conversacion que, por mi parte, tomaba á cada instante más calor.

Esta tapada no es una mujer vulgar, dije para mí. Su empeño en que yo no sepa quién es, y su interesante conversacion, dejan comprender que es de elevada clase. Esta suposicion enardeció el entusiasmo de mi amor. Formé entonces la resolucion de rasgar á todo trance el velo del misterio. Sin embargo, la empresa era árdua, y yo no acertaba á adoptar un medio eficaz. Una tapada es inoculable, inmune, y yo no podia intentar ninguna medida coercitiva. Me ocurrió entonces un plan, en mi concepto feliz.

Habia visto en uno de los palcos á un amigo que tenia una inconcebible perspicacia para conocer tapadas. Una larga práctica lo habia hecho maestro en este difícil arte, y tenia un instinto incomparable para distinguir las bellas al través del tapajo... de los pañolones y de los mantos.

Al concluirse el acto abandoné precipitadamente mi asiento y fui á él. Al llegar le dije:

—Necesito urgentemente de tí.

—Estoy á tus órdenes, me contestó.

—Ve á la platea, ocupa mi asiento que es el número 323, y observa quién es la tapada que está al lado. Pero pon en actividad toda tu ciencia de adivinacion, y llama á tu memoria los recuerdos de todas las mujeres que has visto en Lima, porque es absolutamente necesario que yo sepa el nombre de esta tapada.

—Lo sabrás al instante, me dijo con una plena confianza, y partió en el acto.

Yo ocupé en el palco el puesto de él, y me puse á observar con inmensa ansiedad el resultado de mi plan.

Ví que pocos momentos despues de haber llegado mi enviado al lado de la tapada, entraron en conversacion.

A cada instante aguardaba que mi amigo me hiciera alguna señal que me indicara que habia cumplido su mision, pero inútilmente. El hablaba con animacion y no miraba á ninguna parte.

Por unos instantes temí que, al entrar bajo la influencia de la mirada magnética de aquella mujer, él hubiera caído en la misma alucinacion amorosa en que yo me hallaba. Pero él no era tan impresionable como yo.

En este momento noté que la morena de quien no habia podido obtener una mirada al principio de la funcion, fijaba en mí su binóculo. Este honor lo debia al puesto en que me encontraba. Para todo en la vida se necesita estar en las primeras galerías de este teatro que se llama el mundo. ¡Ay de los que están en la platea!

Pero la morena no pudo distraerme de la impresion que habia recibido. No podia pensar en otra cosa que en la tapada.

Aguardé impaciente el resultado de mi plan, pero en vano. El telon cayó en el último acto de la funcion y mi enviado no regresó. Era el cuervo de Noé enviado despues del diluvio.

Bajé con rapidez á la puerta del teatro, resuelto á seguir á aquella mujer que tanto me habia interesado; pero la fatalidad frustró mis cálculos; todas las tapadas eran tan semejantes que yo no pude distinguir la que buscaba.

Seguí á varias; pero tuve que abandonarlas; porque observé que cada una de ellas encontraba compañero en su camino. Al fin me encontré solo en la calle. Mi última esperanza estaba en mi amigo. El debia saber el nombre de aquella mujer. Corrí á buscarlo y lo encontré en su casa.

Al verme me dijo sonriéndose:

—Mi experiencia y mi penetracion han sido inútiles. No he podido conocerla.

—¡Ah! exclamé con un acento de mal reprimida amargura; todo está perdido!

—Menos la esperanza, interrumpió él. Debes saber para consolarte que ella me ha preguntado por tu nombre y por tu direccion.

—¿Y eso qué puede significar?

—Eso significa que la historia continuará.

—Es imposible. Parto en el vapor que sigue mañana para el Norte.

—No importa; en las horas que faltan aún hay lugar para una despedida.

La tapada sabia infaliblemente mi partida, porque en Lima las mujeres lo averiguan y lo saben todo.

—Eso es una quimera.

—Pero en Lima esas quimeras se realizan á cada instante. Si permanecieras aquí, verias la verdad de mis palabras. En esta sociedad, alimentada con la disipacion, se sueña á todas horas en aventuras y en amores misteriosos. Aquí el amor no nace del corazon sino de la imaginacion. Se ama con poco sentimiento; pero se le da á los caprichos todas las formas de una trama novelesca. No debes perder la esperanza. Tu heroína de esta noche te dirá adios, porque una despedida con lágrimas es demasiado romántica para que ella no la aproveche.

—Ojalá se cumpla tu pronóstico, le contesté, y como era un poco tarde me despedí de él y me retiré á casa.

Ahora en el momento de llegar á la estacion del ferrocarril, he recibido esta esquela:

«Su compañera de la ópera le pide un recuerdo, y le envía un tristísimo adios. Usted vió la aurora, pero no ha querido aguardarse á la salida del sol. ¡Adios!»

El billete me ha impresionado, y este es el motivo de mi meditacion. Siento que mi viaje me obligue á dejar esta aventura en el prólogo. Sin embargo, creo que sabes lo bastante por si tú quieres continuarla. Te doy amplios poderes para ello, y ya te he revelado la consigna.»

Nosotros aceptamos la propuesta, y prometimos avisar á nuestro amigo los resultados. Puede ser que alcancemos á ver el sol que no vió nuestro amigo.

ARGESIO ESCOBAR.

Lima.

## HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

La entonacion con que el *Maruso* profirió estas palabras era dulce y hasta suplicante; pero el iracundo sordo encogió de hombros y respondió:

—Ni sé, ni quiero saber, ni quiero hablar, ni quiero que me hablen nada.

Y así diciendo el sastre, le dió un empujón al *Maruso* para apartarlo y proseguir su camino.

—Pues yo quiero hablarte y que me hables y que me cuentes lo que sepas, y vamos á ver cuál de los dos quereres se queda encima; replicó el *Maruso* interceptándole de nuevo el paso.

Durante este diálogo, habido en voz demasiado alta en medio de la calle, los compañeros del *Maruso* se habian levantado y aproximádose por detrás del sordo, comprendiendo no solamente que la cuestion se agriaba, sino tambien la grande imprudencia de hablar á gritos en la calle de tal asunto.

Pero el sordo, ofuscado por su ira contra el *Maruso*, que intentaba detenerle, no habia advertido la presencia de los otros compañeros, que á su espalda le acechaban.

—Yo siempre hago lo que quiero y no hablo sino cuando me da la real gana; y lo que ahora quiero es, meterme en mi casa.

Y el sordo, sustrayéndose del *Maruso*, y confiado en la proximidad de su casa que distaba muy pocos pasos, se adelantó rápida y resueltamente hasta la misma puerta, llegando hasta introducir la llave en la cerradura.

El *Maruso*, desconcertado un instante por aquel hurao recibimiento, se recobró de nuevo y ardiendo en viva saña y temeroso de que el sordo se le escapase, dándole como suele decirse, con la puerta en los hocicos, se abalanzó á él con indecible fúria y apartándole violentamente de la puerta, le dijo:

—Me has de contar lo que sabes, ó mueres.

El sordo metió mano al bolsillo y sacando su revólver, respondió:

—Apártate, ó te mato.

Entonces el de los ojos azules precipitose sobre el sordo, sujetándole el brazo para quitarle el revólver, mientras que otro bandido se disponia á partírle el corazon de una puñalada.

—¡Eso no! gritó el *Maruso*, sujetándole á la vez el brazo á su compañero.

—Déjame que acabe con ese mal bicho.

—¡Amenazarte á tí!

—¡Pensad en mi hijo!

—¡Hombre muerto no habla!

—Pues por eso, respetad su vida, porque yo necesito á todo trance que este hombre hable.

—¿Y qué hacemos con él? preguntó el de los ojos azules, indignado por los gritos del sordo.

—Tápale la boca con un pañuelo y cargad con él, que ya le haremos hablar más tarde.

—¡Eso es lo mejor! exclamaron todos los bandidos.

Y en ménos que se dice, ejecutaron la órden de su jefe, llegando en brevísimo espacio adonde tenian los caballos.

## CAPITULO XXXIV.

### UNA EXTRAÑA EXIGENCIA.

El hecho que acabo de referir lo presenciaron muchas personas; pero es necesario conocer á fondo las costumbres de aquel pueblo, para comprender que semejantes actos pudieran verificarse allí con tanta impunidad como frecuencia.

En efecto, segun ya repetidamente he indicado, Benamejí era el centro, donde muy á menudo solian reunirse los bandidos de la comarca y aún de otras provincias, á la sombra y bajo la proteccion del famoso *Niño*.

Sucedia, pues, que entraban los bandidos en el pueblo, sin reparo alguno, á veces en grupos á caballo, aparentando ser contrabandistas, como lo han sido muchos de aquellos vecinos, y dirigiense á casa de su rumboso protector muy satisfechos; pero cuando en algunas ocasiones suscitábanse entre ellos altercados, riñas, heridas y muertes, los moradores del lugar, segun su inveterada costumbre, permanecian impasibles, encerrándose en sus casas y dejando tranquilamente que el alboroto por sí mismo se disipase, sin que á nadie se le ocurriese intervenir para nada en semejantes discusiones y reyertas.

Sólo así puede explicarse el que los bandidos consiguiesen apresar al *Sastre Lechuga* en medio de la calle, sin que los vecinos del pueblo se inquietasen en lo más mínimo por aquel suceso, acostumbrados, como estaban, á presenciarse diariamente y con la mayor indiferencia otros lances análogos, y aún más escandalosos y sangrientos.

Ahora bien; el *Maruso* mandó que subiesen al *Sastre Lechuga* en un caballo, vendándole los ojos y trabándole los pies por debajo de la barriga de la cabalgadura, la cual además encolleraron á otro jaco, en el que iba un bandido vigilando muy cuidadosamente al preso.

Esta pareja ó collera caminaba en el centro de la cabalgata, habiendo tenido necesidad de montar dos bandidos en un solo caballo, á consecuencia del nuevo jinete que conducian.

Pero no bien se habian puesto en marcha el *Maruso* y sus compañeros, cuando llegó á sus oídos la voz de «alto» que les dieron en medio del olivar por donde marchaban.

En efecto, varios individuos de la partida de seguridad pública que yo habia formado, hallábanse á la sazón en el pueblo, en virtud de las noticias que me habia traído el *Chato*, y habiéndose apercebido de la presencia de aquellos jinetes en los contornos de Benamejí, les intimaron á que se rindiesen, cuando los juzgaron gente sospechosa.

Los bandidos, lejos de obedecer la intimacion que se les hizo, metieron espuelas á los caballos precipitándose en frénético galope.

Entonces los individuos de la partida hicieron fuego; pero afortunadamente para los bandidos, ningun daño recibieron, y como sus perseguidores se hallaban á pié, no obstante que con gran tenacidad los acosaron durante un buen trecho y largo rato, repitiendo sus descargas, al fin tuvieron que desistir de su empeño, á causa de la oscuridad de la noche y de la incomparable ventaja de ir los bandidos en buenos caballos.

El *Maruso* y sus compañeros, libres ya de sus perseguidores, caminaron toda la noche con increíble celeridad, hasta que cerca ya del amanecer, se detuvieron en las ruinas de un antiguo castillo, situado entre ásperos montes y espesos jarales.

Allí echaron pié á tierra, ocultaron los caballos y condujeron al preso á un subterráneo, teniéndole siempre con los ojos vendados y los brazos sujetos á la espalda con una cuerda.

Despues que los bandidos tomaron alguna ligera refaccion, el *Maruso*, muy preocupado por la suerte de su hijo y ansioso de arrancar á *Lechuga* las revelaciones que tanto le interesaban, dirigióse al subterráneo para celebrar con el sastre su deseada entrevista.

—Vamos á ver, dijo el *Maruso*; ¿qué has sacado de ser tan testarudo?

*Lechuga* se encogió de hombros y no respondió una palabra.

—Ya has visto, insistió el *Maruso*, que te has engañado

El origen de las corridas de toros, ese bárbaro entretenimiento, se remonta á siglos bien remotos, pues se supone fué Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, el primero que alanceó toros á caballo, y se asegura que corrieron toros por vez primera, hácia los años 1100 ó 1110. Sábese de cierto que hubo semejante espectáculo en las bodas de Alfonso VII, con Berenguela, hija del conde de Barcelona, celebradas en 1124:

\*\*

En la *Historia y diálogos de Job*, escrita por Fr. José Gallo, libro de frecuentísima lectura de Calderon de la Barca, en donde aprendió éste mucha parte de su filosofía y no pocas maneras de decir, según asevera un insigne erudito de nuestros días, encuéntrase estas palabras (capítulo XXVIII): «Si en tu casa tuvieras un pozo angosto y tan profundo que nadie se atreviera á limpiarle, ¿no le llamarás abismo? Si, porque en eso consiste el serlo. Y si tuvieras un estanque tan grande y anchuroso que la vista no le alcanzara por todos lados, ¿no le llamarás mar?...»—De aquí tomó el inmortal dramaturgo denominar *mar* á un estanque que supone al pié de los balcones de un palacio, haciendo que uno de los personajes de *La vida es sueño*, diga:

Cayó del balcon al mar:  
Vive Dios, ¡que pudo ser!

El no conocer esto, llenó de perplejidad al insigne Alberto Lista, compeliéndole á escribir que Calderon se distrajo, «porque no tuvo presente que en Polonia no hay puerto de mar.»

\*\*

En el *Don Quijote*, parte 2.<sup>a</sup>, cap. 59 dice Cervantes: «pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya,» etc. Pellicer no pudo concebir cómo, sin abrir la boca, pudo Sancho embaular en el estómago el pan y el queso, y efectivamente la cosa no parece fácil. Sin embargo, esta dificultad se resuelve sin gran trabajo. No abrir la boca no está en sentido recto en este pasaje sino en el metafórico, siendo la significación de dicha frase *no habló*. En alguna edición del *Ingenioso hidalgo*... se ha quitado la partícula negativa, creyendo ser yerro de imprenta.

\*\*

El árabe aventaja á todos los demás dialectos semíticos por su delicadeza, regularidad, riqueza de palabras y procedimientos gramaticales. Cierta filólogo compuso un libro sobre los nombres del león en número de 500, y otro sobre los de la serpiente que llegaban á 200. El persa Fizuzabadi, autor del *Kamus*, dice haber escrito una obra sobre los nombres de la miel, y asegura que después de haber contado más de 80 se había dejado muchos. El mismo autor asegura que hay 1.000 palabras para indicar la espada, no faltando quienes han encontrado más de 400 para expresar la desgracia.

\*\*

Etócles y Polinice, David y Goliat, nos atestiguan que el desafío no es invención moderna. Pero el desafío de nuestros días no era la costumbre bárbara de provocar á singular combate por un gesto, una mirada, un codazo, una pisada, etc.

\*\*

La omnipotencia de nuestros monarcas durante el período de la monarquía visigodo-católica, es tan cierta, que dicha época fué la en que los reyes de España ejercieron un poder más soberano. Es un hecho constante, que en los Concilios III y siguientes, y con especialidad en el V, VIII, XI, XIII, XVI y XVII, los príncipes designaron á los padres toledanos los puntos de fe y disciplina que debían tratar en sus sesiones.

\*\*

La biblioteca de los Fatimitas contenía 100.000 manuscritos elegantemente copiados y encuadernados, los cuales se prestaban francamente á los estudiantes del Cairo. Esta colección no se podía comparar con la de los Omníades de España, en que había 600.000 volúmenes, 44 de los cuales componían el Catálogo. Córdoba, Málaga, Almería y Murcia produjeron más de 300 suscritores, y en las ciudades de Andalucía se contaban unas 70 bibliotecas abiertas constantemente al público.

\*\*

Cuenta Plutarco, que un romano, á quien sus amigos echaban en cara que hubiese repudiado á su esposa, cuya virtud igualaba á su hermosura y riquezas, extendió el pié, y les dijo: «También este calzado es elegante y de buena construcción, y sin embargo me aprieta, y ninguno de vosotros sabría indicarme dónde.»

\*\*

El historiador Josefo habla del repudio de una de sus mujeres con tanta indiferencia como si se tratase de echar á la calle una doméstica. «En aquella época, dice, despedí á mi mujer, porque no me gustaban sus maneras.» Debe advertirse que la esposa de Josefo había tenido tres varones, porque añade inmediatamente: «Cuando era madre de tres hijos.»

\*\*

Estrabon cuenta que las familias más distinguidas de Armenia consagraban á sus hijas siendo vírgenes á la diosa Anaitis, siendo ley del país, que después de haberse dedicado mucho tiempo al crimen en el templo de aquella divinidad, se enlazasen con un marido. Herodoto cuenta lo mismo de las hijas de la Lidia y de Babilonia. Semejantes leyes y costumbres dicen bastante sobre la degradación doméstica de los pueblos del Asia.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## COSTUMBRES LIMENAS.

## LA TAPADA.

## I

Para comprender los hábitos y las originalidades de las costumbres de Lima, es necesario estudiar detenidamente el carácter de la limeña, porque la mujer personifica la sociedad entera.

En el Perú parece que domina el elemento femenino. Esta es una de las tantas rarezas de este pueblo.

El hombre, permanentemente fascinado por los irresistibles encantos de la belleza, parece que consagra su vida á la adoración de la mujer.

Puede ser que en la fuente de la voluptuosidad y del amor, encuentre este pueblo la regeneración de su entusiasmo, de su vigor y de su fe. En la Europa se vió este fenómeno en la Edad Media, y quizá en el Perú se encuentra en estos felices tiempos.

Pero puede suceder que, concentrando la mujer en sí todas las fuerzas morales, ejerza una influencia excesiva y peligrosa. Entonces el Perú correría el peligro de ser sometido á una dictadura femenina, cosa no del todo inverosímil, porque en su historia ya se ha visto á una mujer dragoneando de amazona, armada como un San Guillermo, encabezando conspiraciones y deponiendo vicepresidentes.

Bajo el cielo de Lima, el hombre se debilita y languidece. Al respirar su atmósfera tibia y adornadora, parece que los vapores del céfiro ofuscan el cerebro. Se siente una pereza embriagadora, una invencible necesidad de calma y de reposo. Se sueña con placeres tranquilos, con imágenes voluptuosas, con nubes de perfume, con el desmayo del deleite, con huries encantadoras. En Lima se comprende mejor que en ninguna parte toda la belleza del paraíso prometido por Mahoma.

Esta influencia del clima podría servir para explicar la mansedumbre de este pueblo. El hombre es suave, dulce, humilde é indolente hasta la apatía; pero la mujer presenta un contraste sorprendente.

En medio de una naturaleza árida, estéril y desapacible, la mujer crece encantadora como la flor de las riberas del Rimac.

En su frente se dibuja la supremacía de su alma sobre todos los seres que la rodean.

Sus negros, rasgados y luminosos ojos, brillan con un fuego que revela la impetuosidad de su espíritu altivo.

Las líneas regulares del óvalo de su cara tienen toda la perfección del tipo griego.

Su nariz está modelada con una finura y delicadeza artísticas.

Su boca, adornada con la maliciosa pureza de una coquetería adorable.

Su cabellera es una cascada de ébano, y forma una armonía completa con sus bien delineadas cejas y sus largas pestañas.

Su talle tiene toda la soltura, gracia y flexibilidad de una refinada elegancia.

Su pié es tan pequeñuelo, lindo y arqueado, que apenas imprime una ligera huella sobre el polvo.

Y todo esto se halla realizado por la gracia de los modales y la compostura de los movimientos; porque ella posee el secreto de las actitudes románticas, de las sonrisas dulces, de las miradas ardientes, y sobre todo, comprende el arte maravilloso de los atractivos del misterio. Por eso su tipo original y perfecto es la *tapada*.

Bajo este disfraz es como la limeña despliega todo su poder y revela su carácter. Es así como aparece espiritual, burlona, alegre, altiva, impresionable, ardiente é irresistiblemente tentadora.

Su traje primitivo era la *saya* y el manto. Consistía en una *saya* negra, plegada con elegancia á la cintura, y lo suficiente alta para dejar lucir el pié. Un manto vaporoso sujeto al talle y elevándolo por la espalda hasta cubrir la cabeza y el rostro. Por debajo cubría los hombros un rico chal, cuyas dos extremidades flotaban airoosamente por delante. Este vestido ha caído en desuso.

Hoy oculta su blanca frente y su leve cintura bajo los pliegues de un pañolón, y prendida de veinticinco alfileres se presenta en todas las funciones.

Vedla en la calle, en las iglesias, en las procesiones, confundiendo entre los grupos de hombres, soportando impávida el fuego graneado de mil galanterías, sorprendiendo á uno con el nombre de su querida, atormentando á otro con un chiste epigramático, ridiculizando á éste con una palabra, burlándose de aquel con una voz fingida, y encantándolo á todos con el brillo del ojo que descubre, y con la morbidez y belleza del brazo que ostenta.

Seguida á la Alameda y la vereis con aires de romanticismo, buscando alguna aventura novelesca. Ya es aguardando una cita para preparar una intriga; ya observando los pasos de un amante de cuya fidelidad duda; acóntendiéndose redes para sorprender á un cándido; ora persiguiendo algún capricho de su ardiente imaginación; y á todas horas soñando en amores que llenen su corazón sediento de impresiones.

Buscadla en el teatro y la encontraréis en los asientos de la platea representando un papel de misteriosa con una habilidad encantadora.

Si es la tapada del *medio mundo* puede conocerse por la atmósfera de perfumes que la rodea, por el lujo de su pañolón y de su traje, por algún brillante que luce sobre los de-

dos de mármol de su pequeña mano, y por la curiosidad con que dirige su binóculo á la primera galería observando los adornos de las señoras del gran mundo, para ponerse, al día siguiente, á la altura de la aristocracia.

Mas si veis una tapada casi perdida entre la oscuridad de los asientos ocultos, cubierta con un blanco pañuelo de olán y un delicado pañolón negro, podeis contar, de seguro, que es una gran señora. Es verdad que, en ocasiones, para alejar hasta la sospecha de su rango se viste con trajes y pañolones extravagantes, pero entonces la vende el aire de nobleza de sus movimientos y la misma tenacidad con que oculta cualquiera de los encantos que pudiera servir de dato para revelar el misterio.

La *tapada* encierra toda la historia de la vida íntima de Lima, con sus placeres y sus amores, sus debilidades y sus crímenes, sus miserias y sus lágrimas, sus aventuras y sus chascos, su disipación y sus desengaños.

Bajo este disfraz, más de una cincuentona ha andado en picos pardos con un mozuero boquirubio, que ha estrenado sus primeros requiebros amorosos con una momia antediluviana, creyéndola una divinidad.

La tapada es en Lima una entidad de poderosísimo influjo. Parece que bajo este traje hubiera una sociedad femenina que extendiese su vigilancia y su acción á todas las clases. Su ojo lo ve todo; su oído escucha todos los secretos; su sombra se encuentra en todas partes.

En los salones de gobierno hay siempre alguna tapada que aguarda en un gabinete privado; que habla á solas con los ministros y sorprende los secretos de Estado.

En los tribunales intriga, y consigue con frecuencia inclinarse la balanza de la justicia.

En los Congresos forma una barra temible que se rie de todos los oradores.

Y en todas partes vigila, observa, acecha, enamora, rie y se burla de todo. Ella es el ángel de los misterios de Lima, la desesperación de los curiosos, el escollo de los incautos, la policía secreta de los conspiradores, el brazo de las venganzas, el agente de la ambición, la voz de los amores, el adorno de todas las fiestas y la tentación de todos los corazones.

¿Quién que haya estado en Lima no ha sentido su influjo?

Ved aquí una página de esa historia infinita de aventuras.

## II

En días pasados acompañábamos hasta el Callao á un amigo nuestro, proscrito chileno, que se ausentaba de Lima. Su preocupación en los momentos de marcha era tan profunda, que nos excitó sobre manera la curiosidad, y después de repetidas instancias para que nos descubriera la causa de su meditación, nos refirió lo siguiente:

«Anoche, nos dijo, se puso en el teatro en escena la *Traviata*, y yo que soy un frenético *dilettante*, tomé desde temprano mi asiento en la platea.

Llegó á uno de los palcos de la primera galería una picante morena de mirada revolucionaria y sonrisa irresistible que me conmovió notablemente.

Soy decidido por las morenas, y éste era el soñado tipo de mis ilusiones trigueñas. Además, nuestros corazones estaban unidos por algunos recuerdos.

Me puse de pié para contemplarla á mi sabor, y para ver si destacando mi figura entre el grupo de los espectadores, podía merecer una de sus miradas.

Ella recorría todas sus galerías con su antejo, pero no se dignaba mirar á la platea.

Yo fijé en ella repetidas veces mi binóculo; pero mis fuegos no fueron contestados. Después de varias tentativas para llamar su atención, comprendí que todo era inútil. Yo estaba en la platea, era del vulgo de los espectadores aquella noche y no merecía el honor de una mirada. En el teatro la aristocracia de Lima jamás se *democratiza* mirando á la platea. Eso es de mal tono.

Me resigné con mi suerte y volví á tomar mi asiento.

Yo no soy muy exigente en amores, y por otra parte, en Lima no se puede serlo.

Todos tienen que conformarse con ser olvidados, no solamente por instantes, por horas, por noches y por días, sino también por meses y por años.

Y esto sucede en todas las condiciones, porque la libertad del corazón es para las mujeres el primero de los derechos.

¡Ay del hombre que intentase exigir constancia! Sería sacrificado en las aras de la independencia femenina.

Vino á consolarme de mis burladas esperanzas una tapada que ocupó el asiento inmediato al en que yo me hallaba. Me lanzó una mirada á quemarropa y temblé. En el solo ojo que descubría había tanta luz, que me sentí ofuscado.

Soy de una naturaleza tan ardiente que el más ligero incidente puede incendiarme. Hay mujeres que con solo una mirada pueden turbar para siempre mi existencia.

Esto en Lima es una fatalidad, porque hay tantos ojos fulminantes y tantas mujeres bellas, que el corazón late constantemente de admiración y de amor, y los sentidos viven abrasados por la fiebre de la exaltación.

Á medida que sentía el roce del traje de mi misteriosa vecina, las palpitaciones de mi corazón se aceleraban.

Ella me miraba de vez en cuando y yo comprendí que podía aventurar una palabra.

—Señorita, le dije con acento de cortesía, el solo ojo que usted deja ver basta para enloquecer á un hombre.

De manera que usted puede ser para mí un peligroso vecino, porque corre riesgo de perder el juicio esta noche, me contestó con una voz encantadora.

—Pero puedo ser un loco inofensivo y totalmente sumiso á la voluntad de usted.

—¿Tan pronto hace usted una promesa de humildad?

—El corazón no necesita de mucho tiempo para conmovirse, y las promesas cuanto más instantáneas son más sinceras.

—Veremos si la impresión dura, añadió ella. Y yo creí

escuchar el leve ruido de una sonrisa. Me imaginé que su risa sería la de un ángel.

No pude en aquel momento continuar la conversacion, porque el telon fué levantado y la funcion dió principio.

Las palabras y las miradas de la tapada excitaron en extremo mi curiosidad y exaltaron mi imaginacion. Mi cabeza, esencialmente soñadora, y mi corazon de pólvora, me predisponen sobremanera para los amores instantáneos y repentinos. Además, una aventura con una tapada tiene todos los atractivos de un lance novelesco. El amor vive del misterio; la realidad lo mata.

Las melancólicas y dulcísimas notas de la música y del canto vinieron á completar la obra de excitacion y de vértigo comenzada por mi vecina, y á pocos momentos entré en una perfecta y verdadera alucinacion amorosa.

Desde este momento la tapada fué para mí una heroína de romance y el ideal de mis fantásticos sueños de amor. Nuestra historia, que comenzaba bajo tan felices auspicios líricos, me imaginaba que sería un romance sentimental.

En la escena en que Violeta se pregunta con afán si lo que acaba de sentir será el principio de un serio amor, la tapada me miró con intencion.

Interpretando yo su mirada, le dije con emocion:

—Lo que yo siento es indudablemente una pasion loca, desenfrenada, terrible y necesito una esperanza siquiera; ¿puedo tenerla?

—¿Qué tierno es el tema de esta ópera! fué su contestacion, eludiendo mi pregunta.

No me atreví á insistir en mi súplica, y fijándome en el proscenio; permanecí silencioso. Cuando el telon cayó, reanudé la conversacion; diciéndole con entusiasmo:

—Suplico á usted que crea en la fascinacion que ha ejercido en mí su mirada.

—Pero esa fascinacion puede desaparecer con la rapidez con que se ha formado.

—Si fuera tan feliz que usted me aceptara una promesa de fidelidad, yo me comprometería á probar á usted mi constancia.

—Y si la realidad no correspondiese á sus ilusiones, ¿no sufriría usted un desengaño cruel?

—Eso es imposible. El ojo y el brazo que usted descubre, no pueden engañar. El sol se adivina por el reflejo de la aurora.

—Gracias. Usted galantea de una manera poética; pero como las mujeres somos un poco incrédulas, yo quisiera saber primero qué clase de tipo de belleza le gusta más á usted.

—Pero... esa es una exigencia peligrosa para mí.

—En ella no hay peligro alguno. Yo deseo saber cuál es el gusto de usted, para calcular si puedo personificar sus ilusiones. A usted pueden agradarle las rubias, y yo puedo ser morena. Además, no creo difícil el que usted manifieste qué clase de belleza le impresiona más.

La situacion era tirante.

Si yo entraba en la descripcion del tipo de mis ilusiones, era indudable que hacia un retrato contrario á la belleza de mi tapada. El hombre yerra siempre que necesita adivinar.

Ella comprendió mi vacilacion, y con acento de ironía me dijo:

—El sol se adivina por los reflejos de la aurora. Haga usted mi retrato, y sale así del apuro.

Todo el éxito de mi aventura dependía de este momento. Formé instantáneamente una resolucion, y le dije con acento de seguridad:

—Para mí no es difícil describir á usted. Mi corazon la ha adivinado antes de verla, porque en este momento tiene la doble vista que inspira un magnetismo amoroso. Pero antes necesito de usted una promesa. Para saber si el retrato que haga es perfecto ó no, usted me ofrece descubrirse.

—Imposible, contestó con una rapidez que revelaba una resolucion decidida.

—Pero mi propuesta es más difícil de cumplir que la suya. Yo no exijo que se descubra usted aquí. Usted lo hará á la salida del teatro.

—De ninguna manera. Lo más que puedo ofrecerle á usted es que, si el retrato es exacto, lo aceptaré como una prueba inequívoca de su estado de lucidez amorosa.

—Es que, en premio de mi acierto y de mi amor, yo exigiré que usted me dejara gozar de una de sus sonrisas.

—No puedo prometerle esa recompensa.

—Pero al ménos condescenderá en darme la direccion de su habitacion para tener más tarde el placer de presentar á usted mis atenciones.

—Siento muchísimo no poder dar á usted gusto en esto.

—Entonces usted tiene resolucion de que yo ignore siempre con quien hablo.

—Indudablemente.

—¿Es decir, que no sabré jamás quién es usted?

—Jamás, me contestó con una firmeza de voz que me desconcertó.

Quise instarla, pero ella con un ligero ademán me lo impidió. En ese momento comenzaba el segundo acto de la ópera y era indispensable no llamar la atencion de los que estaban á nuestro alrededor con una conversacion que, por mi parte, tomaba á cada instante más calor.

Esta tapada no es una mujer vulgar, dije para mí. Su empeño en que yo no sepa quién es, y su interesante conversacion, dejan comprender que es de elevada clase. Esta suposicion enardeció el entusiasmo de mi amor. Formé entonces la resolucion de rasgar á todo trance el velo del misterio. Sin embargo, la empresa era árdua, y yo no acertaba á adoptar un medio eficaz. Una tapada es inoculable, inmune, y yo no podía intentar ninguna medida coercitiva. Me ocurrió entonces un plan, en mi concepto feliz.

Habia visto en uno de los palcos á un amigo que tenia una inconcebible perspicacia para conocer tapadas. Una larga práctica lo habia hecho maestro en este difícil arte, y tenia un instinto incomparable para distinguir las bellas al través del tapajo... de los pañolones y de los mantos.

Al concluirse el acto abandoné precipitadamente mi asiento y fui á él. Al llegar le dije:

—Necesito urgentemente de tí.

—Estoy á tus órdenes, me contestó.

—Ve á la platea, ocupa mi asiento que es el número 323, y observa quién es la tapada que está al lado. Pero pon en actividad toda tu ciencia de adivinacion, y llama á tu memoria los recuerdos de todas las mujeres que has visto en Lima, porque es absolutamente necesario que yo sepa el nombre de esta tapada.

—Lo sabrás al instante, me dijo con una plena confianza, y partió en el acto.

Yo ocupé en el palco el puesto de él, y me puse á observar con inmensa ansiedad el resultado de mi plan.

Ví que pocos momentos despues de haber llegado mi enviado al lado de la tapada, entraron en conversacion.

A cada instante aguardaba que mi amigo me hiciera alguna señal que me indicara que habia cumplido su mision, pero inútilmente. El hablaba con animacion y no miraba á ninguna parte.

Por unos instantes temí que, al entrar bajo la influencia de la mirada magnética de aquella mujer, él hubiera caído en la misma alucinacion amorosa en que yo me hallaba. Pero él no era tan impresionable como yo.

En este momento noté que la morena de quien no habia podido obtener una mirada al principio de la funcion, fijaba en mí su binóculo. Este honor lo debia al puesto en que me encontraba. Para todo en la vida se necesita estar en las primeras galerías de este teatro que se llama el mundo. ¡Ay de los que están en la platea!

Pero la morena no pudo distraerme de la impresion que habia recibido. No podia pensar en otra cosa que en la tapada.

Aguardé impaciente el resultado de mi plan, pero en vano. El telon cayó en el último acto de la funcion y mi enviado no regresó. Era el cuervo de Noé enviado despues del diluvio.

Bajé con rapidez á la puerta del teatro, resuelto á seguir á aquella mujer que tanto me habia interesado; pero la fatalidad frustró mis cálculos; todas las tapadas eran tan semejantes que yo no pude distinguir la que buscaba.

Seguí á varias; pero tuve que abandonarlas, porque observé que cada una de ellas encontraba compañero en su camino. Al fin me encontré solo en la calle. Mi última esperanza estaba en mi amigo. El debia saber el nombre de aquella mujer. Corrí á buscarlo y lo encontré en su casa.

Al verme me dijo sonriéndose:

—Mi experiencia y mi penetracion han sido inútiles. No he podido conocerla.

—¡Ah! exclamé con un acento de mal reprimida amargura; todo está perdido!

—Menos la esperanza, interrumpió él. Debes saber para consolarle que ella me ha preguntado por tu nombre y por tu direccion.

—¿Y eso qué puede significar?

—Eso significa que la historia continuará.

—Es imposible. Parto en el vapor que sigue mañana para el Norte.

—No importa; en las horas que faltan aún hay lugar para una despedida.

La tapada sabia infaliblemente mi partida, porque en Lima las mujeres lo averiguan y lo saben todo.

—Eso es una quimera.

—Pero en Lima esas quimeras se realizan á cada instante. Si permanecieras aquí, verías la verdad de mis palabras.

En esta sociedad, alimentada con la disipacion, se sueña á todas horas en aventuras y en amores misteriosos. Aquí el amor no nace del corazon sino de la imaginacion. Se ama con poco sentimiento; pero se le da á los caprichos todas las formas de una trama novelesca. No debes perder la esperanza. Tu heroína de esta noche te dirá adios, porque una despedida con lágrimas es demasiado romántica para que ella no la aproveche.

—Ojalá se cumpla tu pronóstico, le contesté, y como era un poco tarde me despedí de él y me retiré á casa.

Ahora en el momento de llegar á la estacion del ferrocarril, he recibido esta esquela:

«Su compañera de la ópera le pide un recuerdo, y le envía un tristísimo adios. Usted vió la aurora, pero no ha querido aguardarse á la salida del sol. ¡Adios!»

El billete me ha impresionado, y este es el motivo de mi meditacion. Siento que mi viaje me obligue á dejar esta aventura en el prólogo. Sin embargo, creo que sabes lo bastante por si tú quieres continuarla. Te doy amplios poderes para ello, y ya te he revelado la consigna.»

Nosotros aceptamos la propuesta, y prometimos avisar á nuestro amigo los resultados. Puede ser que alcancemos á ver el sol que no vió nuestro amigo.

ARGESIO ESCOBAR.

Lima.

## HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

La entonacion con que el *Maruso* profirió estas palabras era dulce y hasta suplicante; pero el iracundo sordo encogió de hombros y respondió:

—Ni sé, ni quiero saber, ni quiero hablar, ni quiero que me hablen nada.

Y así diciendo el sastre, le dió un empellon al *Maruso* para apartarlo y proseguir su camino.

—Pues yo quiero hablarte y que me hables y que me cuentes lo que sepas, y vamos á ver cuál de los dos quereres se queda encima; replicó el *Maruso* interceptándole de nuevo el paso.

Durante este diálogo, habido en voz demasiado alta en medio de la calle, los compañeros del *Maruso* se habian levantado y aproximábase por detrás del sordo, comprendiendo no solamente que la cuestion se agriaba, sino tambien la grande imprudencia de hablar á gritos en la calle de tal asunto.

Pero el sordo, ofuscado por su ira contra el *Maruso*, que intentaba detenerle, no habia advertido la presencia de los otros compañeros, que á su espalda le acechaban.

—Yo siempre hago lo que quiero y no hablo sino cuando me da la real gana; y lo que ahora quiero es, meterme en mi casa.

Y el sordo, sustrayéndose del *Maruso*, y confiado en la proximidad de su casa que distaba muy pocos pasos, se adelantó rápida y resueltamente hasta la misma puerta, llegando hasta introducir la llave en la cerradura.

El *Maruso*, desconcertado un instante por aquel hurafío recibimiento, se recobró de nuevo y ardiendo en viva saña y temeroso de que el sordo se le escapase, dándole como suele decirse, con la puerta en los hocicos, se abalanzó á él con indecible furia y apartándole violentamente de la puerta, le dijo:

—Me has de contar lo que sabes, ó mueres.

El sordo metió mano al bolsillo y sacando su revólver, respondió:

—Apártate, ó te mato.

Entonces el de los ojos azules precipitose sobre el sordo, sujetándole el brazo para quitarle el revólver, mientras que otro bandido se disponia á partirle el corazon de una puñalada.

—¡Eso no! gritó el *Maruso*, sujetándole á la vez el brazo á su compañero.

—Déjame que acabe con ese mal bicho.

—¡Amenazarte á tí!

—¡Pensad en mi hijo!

—¡Hombre muerto no habla!

—Pues por eso, respetad su vida, porque yo necesito á todo trance que este hombre hable.

—¿Y qué hacemos con él? preguntó el de los ojos azules, indignado por los gritos del sordo.

—Tapadle la boca con un pañuelo y cargad con él, que ya le haremos hablar más tarde.

—¡Eso es lo mejor! exclamaron todos los bandidos.

Y en ménos que se dice, ejecutaron la orden de su jefe, llegando en brevísimo espacio adonde tenian los caballos.

## CAPITULO XXXIV.

### UNA EXTRAÑA EXIGENCIA.

El hecho que acabo de referir lo presenciaron muchas personas; pero es necesario conocer á fondo las costumbres de aquel pueblo, para comprender que semejantes actos pudieran verificarse allí con tanta impunidad como frecuencia.

En efecto, segun ya repetidamente he indicado, Benamejí era el centro, donde muy á menudo solian reunirse los bandidos de la comarca y aún de otras provincias, á la sombra y bajo la proteccion del famoso *Niño*.

Sucedia, pues, que entraban los bandidos en el pueblo, sin reparo alguno, á veces en grupos á caballo, aparentando ser contrabandistas, como lo han sido muchos de aquellos vecinos, y dirigiense á casa de su rumboso protector muy satisfechos; pero cuando en algunas ocasiones suscitábase entre ellos altercados, riñas, heridas y muertes, los moradores del lugar, segun su inveterada costumbre, permanecian impasibles, encerrándose en sus casas y dejando tranquilamente que el alboroto por sí mismo se disipase, sin que á nadie se le ocurriese intervenir para nada en semejantes discusiones y reyertas.

Sólo así puede explicarse el que los bandidos consiguiesen apresar al *Sastre Lechuga* en medio de la calle, sin que los vecinos del pueblo se inquietasen en lo más mínimo por aquel suceso, acostumbrados, como estaban, á presenciarse diariamente y con la mayor indiferencia otros lances análogos, y aún más escandalosos y sangrientos.

Ahora bien; el *Maruso* mandó que subiesen al *Sastre Lechuga* en un caballo, vendándole los ojos y trabándole los pies por debajo de la barriga de la cabalgadura, la cual además encolleraron á otro jaco, en el que iba un bandido vigilando muy cuidadosamente al preso.

Esta pareja ó collera caminaba en el centro de la cabalgata, habiendo tenido necesidad de montar dos bandidos en un solo caballo, á consecuencia del nuevo jinete que conducian.

Pero no bien se habian puesto en marcha el *Maruso* y sus compañeros, cuando llegó á sus oídos la voz de «alto» que les dieron en medio del olivar por donde marchaban.

En efecto, varios individuos de la partida de seguridad pública que yo habia formado, hallábanse á la sazón en el pueblo, en virtud de las noticias que me habia traído el *Chato*, y habiéndose apercebido de la presencia de aquellos jinetes en los contornos de Benamejí, les intimaron á que se rindiesen, cuando los juzgaron gente sospechosa.

Los bandidos, léjos de obedecer la intimacion que se les hizo, metieron espuelas á los caballos precipitándose en frenético galope.

Entonces los individuos de la partida hicieron fuego; pero afortunadamente para los bandidos, ningun daño recibieron, y como sus perseguidores se hallaban á pié, no obstante que con gran tenacidad los acosaron durante un buen trecho y largo rato, repitiendo sus descargas, al fin tuvieron que desistir de su empeño, á causa de la oscuridad de la noche y de la incomparable ventaja de ir los bandidos en buenos caballos.

El *Maruso* y sus compañeros, libres ya de sus perseguidores, caminaron toda la noche con increíble celeridad, hasta que cerca ya del amanecer, se detuvieron en las ruinas de un antiguo castillo, situado entre ásperos montes y espesos jarales.

Allí echaron pié á tierra, ocultaron los caballos y condujeron al preso á un subterráneo, teniéndole siempre con los ojos vendados y los brazos sujetos á la espalda con una cuerda.

Despues que los bandidos tomaron alguna ligera refaccion, el *Maruso*, muy preocupado por la suerte de su hijo y ansioso de arrancar á *Lechuga* las revelaciones que tanto le interesaban, dirigióse al subterráneo para celebrar con el *sastre* su deseada entrevista.

—Vamos á ver, dijo el *Maruso*; ¿qué has sacado de ser tan testarudo?

*Lechuga* se encogió de hombros y no respondió una palabra.

—Ya has visto, insistió el *Maruso*, que te has engañado

de medio á medio, si pensaste que yo habia de renunciar á que me dijeras lo que sabes respecto á mi pobre hijo.

El sastre lanzó una especie de rugido.

—¿No me respondes? preguntó el *Maruso*.

Lechuga permaneció silencioso.

Es imposible describir la inmensa rabia que aquel silencio producía en el ánimo del *Maruso*.

Todo el afán y el interés del bandido consistía en que el sastre saliese de su obstinada reserva; pero éste, ya fuese por la cólera que le causaba el haber caído en manos de su enemigo; ya fuese porque comprendía que su silencio mortificaba indeciblemente al *Maruso*, es lo cierto que se complacía con malignidad en permanecer embozado en la más absoluta reserva.

—Pero... ¿no me responderás, Francisco? preguntó el *Maruso* rechinando los dientes de ira.

Lechuga continuó impassible.

Aquella calma exasperó al bandido de una manera inexplicable, en términos que sin poderse contener, descargó sobre el rostro de Lechuga una furiosa bofetada.

—¡Cobarde! exclamó el colérico sastre. Porque tengo las manos atadas, te atreves á tratarme así. ¡Cobarde!

No bien hubo proferido Lechuga estas palabras, cuando el *Maruso* con increíble presteza, le desató las manos, diciéndole:

—¡Ya estás libre! Ya no soy cobarde; pero tú eres un bicho malo al quererme tentar la paciencia, sabiendo el interés tan grande que tengo en averiguar la suerte de mi pobre hijo, y callando lo que tanto me importa que digas, nada más que por mortificarme. ¿Qué daño te he hecho yo, para con tanto empeño rehuyas decirme una palabra, que puede ser la salvación de mi pobrecito Antonio?

Al oír la sincera expansión del afligido padre, el feroz Lechuga prorumpió en una burlona carcajada.

—¿Te ries de mi pena?

—Me río de tu imbecilidad.

—Tienes razón. ¿Cómo has de entender tú las amarguras de un buen padre, cuando por tu mano has dado muerte á tus hijas?

—¿Te has echado á diablo predicador? ¡Qué bien te sienta el echarme á mí sermones, cuando nunca te has cuidado de las penas y martirios que causabas á otros!

—Un hombre puede ser malo y tener buenas entrañas para con sus hijos; pero tú ni siquiera eres bueno para tu familia.

—¿Y qué daño te he hecho yo, para que me hayas traído aquí?

—El no quererme decir lo que sabes.

—Yo no sé nada, ya te lo he dicho.

—¡Tú mientes! Cuéntame lo que te dijo el *Moreno* cuando te llevó la carta de mi hijo.

—Yo no conozco á ese hombre.

—Es imposible que no le conozcas; pero de todas maneras, ¿no es verdad que un hombre te llevó una carta de mi Antonio?

—Es verdad; pero yo no sabía si esa carta era de tu hijo, ni si el que la llevaba era un espía del gobernador. Yo hice lo que pude en su obsequio, que fué preguntar por tu paradero y no habiéndolo podido averiguar, se lo manifesté así á ese hombre, de quien me hablas. Es la verdad, Pepe, y yo no te he ofendido en nada.

El *Maruso* quedóse muy pensativo, y despues de algunos instantes de silencio, respondió:

—Está bien; pero, ¿por qué no acudiste á mí cita?

—No acudí, porque tú no sabes cómo está el pueblo con las medidas que ha tomado el gobernador de Córdoba, que ha hecho ya saltar á Benamejí á todos nuestros amigos, incluso el *Niño*. En fin, yo no quería comprometerme, porque ya soy viejo. ¿Qué delito he cometido yo en esto, para que así te encones contra mí?

El tono, la actitud y la expresión con que el sastre manifestó al *Maruso* las precedentes razones, produjeron en el bandido una confusión inexplicable.

En efecto, el *Maruso* creía que tal vez Lechuga había procedido con cautela por los motivos que le había expuesto; mas por otra parte, la relación que el *Chato* le había hecho de la mala voluntad del sastre, le hacía dudar de la veracidad de las razones, que éste aducía en su descargo.

Por lo demás, ya sabe el lector que el *Sastre Lechuga* no engañaba al *Maruso*, pues que aquél nunca llegó á saber el paradero del niño Carrasco, y por lo tanto, la inquina y enojo de su padre respecto á ese punto, carecía completamente de fundamento.

Pero tales son las trágicas combinaciones de la vida humana, en que ya por la fatalidad del destino, ya por disposición de la Providencia, el error suele hacer las veces de la verdad expiatoria y de la justicia inevitable.

Bajo este tumulto de ideas y sentimientos contradictorios, el *Maruso*, articulando lentamente y con voz reconcentrada por la ira, dijo:

—Mira, Francisco, yo no sé si me engañas ó me dices verdad. Yo creo que mientes; pero yo te juro que te he de matar como un perro, si no me dices el paradero de mi hijo.

—No te lo puedo decir, porque lo ignoro; repuso Lechuga.

—Tú me lo dirás ó ya sabes la suerte que te aguarda.

—Haz lo que quieras; estoy en tus manos y no puedo escaparme de tu cruel venganza; aunque no la merezca. Sólo un favor te pido, si decides quitarme la vida.

—¿Y qué favor es ese? preguntó con visible curiosidad el *Maruso*.

—No te burles de mí. Cada uno cree... lo que cree... Yo seré todo lo malo que tú quieras; pero creo en Dios, y...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me mandes matar cuando lo tengas á bien; pero te ruego que no me dejes morir sin confesión. Haz cuenta que estoy en capilla, y que este consuelo jamás se le niega á un reo.

—¡Allá veremos! respondió lacónicamente Carrasco, en extremo sorprendido y confuso por aquella singular y extraordinaria exigencia.

Y lleno de vacilaciones y dudas, salió del subterráneo y

fué á reunirse con sus compañeros, que ya le aguardaban impacientes, y en extremo deseosos de saber el resultado de tan ansiada conferencia.

## CAPITULO XXXV.

### DUDAS Y CONFUSIONES DEL MARUSO.

Cuando el *Maruso* reunióse con sus camaradas, todos pudieron advertir la sombría preocupación que le dominaba.

Silencioso y adusto, parecía entregado á sus dudas y pensamientos, lamentando la tenacidad de Lechuga en no franquearse con él, y recordando con inmensa pena la triste suerte de su amado hijo.

Así permaneció largo rato, huraño y meditabundo, mientras que los bandidos le contemplaban mirándose unos á otros con expresión á la vez curiosa y compasiva.

Al fin, el de los ojos azules se atrevió á preguntarle:

—¿No te podemos nosotros servir en algo?

—Los amigos siempre pueden servir de mucho.

—Pues dínos en qué te podemos ayudar, dijeron á una voz los bandidos.

—Yo no sé qué deciros, ni qué hacer en el trance en que me veo. Lo que á mí me pasa es para volverse loco. ¡Qué mar de confusiones!

—Vamos á ver, ¿qué te pasa?

—La pena más grande que me affige, es no saber qué será á estas horas de mi pobrecito Antonio; pero cuando yo creía que este maldito sordo me pudiera decir su paradero, sacamos en limpio que no lo sabe, ó al ménos así lo jura él y perjura.

—¿Que no lo sabe! exclamaron todos en el colmo de la ira y de la sorpresa.

—Eso dice.

—Ese hombre es un perro que calla por mortificarte, dijo el de los ojos azules; pero ya sabes lo que nos contó el *Chato*, y lo probable es, que ese tunante esté de parte de *Miguelito*, y por no perjudicarlo, es por lo que no se quiere berrear contigo.

Esta indicación produjo un efecto indescribible en el ánimo del *Maruso*, que clavando sus negros ojos en su compañero, respondió:

—¿Quizás tengas razón.

—Estoy seguro de ello; replicó el de los ojos azules.

—Pero el caso es, que el *Sordo* me asegura que el hombre que le llevó la carta, nada le dijo del paradero de mi Antonio, y además dice que no lo conoce.

—Todas esas son marrullerías propias de un sastre.

—Pues con todo y con eso, hay momentos en que dudo si dice verdad ó mentira, no solamente por el tono con que me habla, sino porque sabiendo que soy capaz de matarle, se conforma con morir y me repite lo mismo, y no puedo lograr que me cante claro.

—Ya cantaré, así que vea que la cosa va de veras.

—Pues eso bien puede ya haberlo conocido: pero es aseguro, compañeros, que tengo dudas. En la situación en que se encuentra, ¿qué interés puede tener en no decirme la verdad? Y en cuanto á eso que tú dices de *Miguelito*, ¿qué razones tienes para pensar que quiere servirle á él más que á mí? ¿Acaso vale él más que yo?

—Ni por pienso; pero vaya usted á saber lo que puede mediar entre ellos dos.

—De todas maneras, lo que hay aquí de cierto es, que *Miguelito* le ha echado la garra á mi hijo:

—En eso no hay duda; porque, ¿de dónde ha de haber sacado el pobre Antoñuelo que es *Miguelito* quien lo tiene?

—Dices bien; y cabalmente por eso mismo envié, como ya sabes, á *Chepilla* á que averiguase los pasos en que *Miguelito* andaba.

—Eso estuvo muy bien pensado.

—Lo que importa es averiguar dónde está mi niño para libertarlo. Yo he hecho por mi parte cuanto he podido, mandando á *Chepilla* para que atisbe á *Miguelito*, y encargándole al *Chato* que me escriba despues de ver al *Moreno*; pero nada de esto se necesitaria, si este pícaro sordo hablase.

—También es fuerte cosa que estemos aquí como en Bábía, porque á ese tuno le dé la gana de amarrar el mirlo.

Al oír estas palabras, pintóse en el rostro del *Maruso* la expresión del más ciego furor.

—Yo, dijo, le haré hablar ó poco he de poder.

—Estando en nuestras manos, ya verás como habla.

—Lo mejor es no darle de comer hasta que cante de plano; dijo uno de los bandidos.

—Ni tampoco dejarlo dormir, añadió el más viejo; pues no hay cosa que más fatigue á los hombres.

—Y además no sería malo quemarle las plantas de los pies con unos tizones; propuso el más joven de la cuadrilla.

—Todo se andará, respondió el *Maruso* con aire pensativo; pero suceden unas cosas...

—¿Pues qué sucede? preguntó el de los ojos azules.

—Lo que no podréis adivinar, aunque os volvais micos. ¡Qué bien dicen que cada hombre es un mundo!

—Vamos, dínos lo que pasa.

—Es una cosa que no me hubiera pasado nunca por las mientes, si ese tunante no me lo hubiera dicho con tanta formalidad. Figúraos que despues de jurar y perjurar que no sabe el paradero de mi Antoñuelo, yo le dije que no tenia más remedio que cantar ó morir, y entonces se conformó, respondiéndome que hiciera lo que yo quisiese, pero que sólo me pedía un favor muy grande.

—¡Un favor! exclamó el de los ojos azules. ¡Pues bueno está el alcacer para zampoñas!

—¿Y qué favor era ese? preguntaron los demás bandidos con visible curiosidad.

—Pues me rogó con muchas fatigas que no le dejara morir, sin que antes lo confiesen.

—¡Tunante!

—¡Hipocritón!

—¡Detrás de la cruz el diablo!

—¡Qué lleno tendrá el saco de los pecados!

Tales fueron las exclamaciones y burlas que arrancó á los bandidos la pretensión de Lechuga.

—¿No os dije que nunca lo hubierais adivinado? Ese hombre, que ha sido capaz de matar á sus hijas, que tiene tantas hechas y tan negra el alma, ese pícaro, me ha hecho esa petición, imaginándose que quizás así podrá engañarme.

—El que con lobos anda á aullar se enseña; dijo el de los ojos azules.

—Esa es una salida legítima de cura, añadió el más viejo; pues como él andaba siempre metido con ese clérigo que sabeis, se ha hecho á sus tonadas.

—Todo se pega ménos lo bonito; dijo el más joven.

—Y bien, preguntó el *Maruso*, ¿qué opinais de esta salida?

—Yo creo que eso es una marrullería para convencerte de que está dispuesto á morir y que nada te oculta; respondió el de los ojos azules.

—De seguro que esa es su intencion; añadieron los demás bandidos.

—Pues conmigo no le han de valer sus marcandades.

—¿Y qué piensas hacer? preguntó el alto.

—Si os he de decir la verdad, compañeros, tengo la cabeza como unas devanaderas, y todavía no sé lo que haré; pero lo que sí os aseguro, es que él ha de cantar ó revienta.

—Eso es verdad, repuso el de los ojos azules; porque no han de valerle sus zorrerías; pues el *Chato* bien claro nos dijo que el *Moreno* se lo había contado todo.

—Por eso es menester que vaya uno á ver si he tenido carta del *Chato*, y si no la hubiera, que trasponga enseguida á Córdoba y lo busque, para saber lo que ha dicho aquel hombre.

—Y también puede ver al *Moreno* en persona, si no encuentra al *Chato*; respondió el de los ojos azules.

—Tienes razón, y estaba pensando en lo mismo.

—Además, yo tengo confianza en que *Chepilla* lo traerá todo averiguado.

—Dios lo haga; pero entre tanto este pícaro nos está quemando la sangre y haciendo que perdamos el tiempo, sin poder amparar á mi pobrecito Antonio. Vamos, cuando pienso en esto, me dan soponcios y ganas de coser á ese sastre á puñaladas.

—Sosiégate, hombre, que pronto sabremos algo bueno, sin perjuicio de ajustarle las cuentas á ese pícaro sordo.

En estas y otras, se hallaban los bandidos escogitando los medios más eficaces para martirizar á Lechuga y hacerle hablar, cuando el *Maruso* mandó al más joven de la cuadrilla, que marchase á desempeñar la comisión anunciada, respecto al *Chato* y al *Moreno*.

El bandido partió inmediatamente, mientras que sus compañeros, adoptadas las precauciones convenientes para su seguridad, entregáronse al descanso.

## CAPITULO XXXVI.

### EN DONDE EL MARUSO RECIBE DIVERSAS NOTICIAS.

Cuando el *Maruso* recibió las noticias del *Chato*, quien tan mal corazón le puso, con respecto á Lechuga, el afligido padre vaciló entre marchar inmediatamente á Benamejí ó dirigirse en busca de *Miguelito*.

Al fin, revolviendo en su imaginación el torbellino de ideas y sentimientos que le agitaba, y teniendo en cuenta los más minuciosos datos, que sólo su perspicacia podía apreciar debidamente, el *Maruso* decidióse por encaminarse al rancho donde tenían al joven Enrique Rubio, y ya el lector sabe las perentorias y múltiples disposiciones que allí comunicó á sus compañeros.

En seguida, imaginándose que la manera más segura de averiguar el paradero de su hijo sería el avistarse con el *Sastre Lechuga*, determinó ir á Benamejí, si bien, no pudiendo acudir á todas partes, resolvió enviar para que espiese los pasos de *Miguelito*, al llamado *Chepilla*, que era uno de los compañeros, que recogió al marchar en busca del sordo.

El *Maruso* procedió así, porque suponía muy fácil y breve la pesquisa que se proponía hacer en Benamejí, pensando partir inmediatamente en busca de *Miguelito*, aprovechando al efecto las noticias é informes que *Chepilla* entre tanto le hubiese facilitado.

En efecto; el *Maruso* tenía la seguridad de que el sastre se hallaba en Benamejí, mientras que absolutamente ignoraba el punto en que á la sazón *Miguelito* residía, y ésta fué una de las más poderosas causas, que le impulsaron para preferir buscar primero á Lechuga, que al robador de su hijo.

Ahora bien; el sitio en que los bandidos se encontraban era el punto de reunión que el *Maruso* había designado á sus compañeros, y ya habían trascurrido tres días desde que tenían allí prisionero á Lechuga, sin que nada de provecho hubieran podido sacarle, á pesar de las amenazas, golpes y torturas con que le habían martirizado.

Acababa de ponerse el sol, cuando los bandidos, despues de comer, departían con grande ahinco acerca de la testarudez inconcebible del sastre y de lo que habían de hacer con él, en castigo de su obstinado silencio.

—Yo, por mi parte, decía el de los ojos azules, no hubiera tenido la paciencia que tú tienes, y ya lo habría reventado de una vez.

—No hay que apresurarse, respondió el *Maruso*; yo necesito, antes de tomar una resolución que no tenga cura, saber lo que dicen el *Chato* y el *Moreno*.

—De todas maneras, yo creo que este pillastron no te ha de servir de nada.

—¿Quién sabe? El corazón de un padre atiende á todo. Figúraos que nada se puede averiguar del *Chato*, ni del *Moreno*, ni de *Miguelito*... ¿Qué haremos entonces?... No queda más remedio que hacerle hablar á este hombre por buenas ó por malas; pero si acabamos con él y me cierro todas las puertas, no me queda más esperanza que ahorcarme de un árbol.

—En eso tienes razón; pero dá rabia de ver que á hombres como á nosotros, nos esté potreando ese tío cazurro con sus maulerías.

—Pues no hay más que tener paciencia, que para eso sirve el tener hígados, alma y pecho. Aquí esperaremos á ver qué noticias trae el chaval que ha ido á Córdoba, y despues ya veremos lo que se hace. ¡Buenas noches!

Y el *Maruso*, con aire displicente, se retiró á descansar, mientras que los demás bandidos hicieron otro tanto, no sin dejar un vigía que velase su sueño y les diese aviso de cualquier riesgo.

Ya era más de la media noche, cuando el centinela dió la voz de alarma, anunciándoles que se oían pisadas de caballos, y que indudablemente alguien se acercaba.

Levantáronse, pues, los foragidos, requirieron sus armas, y despues de ponerse en actitud defensiva, dieron la voz de alto á dos jinetes que, á más andar, se adelantaban hacia las ruinas del castillo.

Muy pronto la inquietud y alarma trocóse en alegría y contento; pues que los bandidos reconocieron en seguida á dos de sus compañeros, que eran los que se habian quedado en el rancho para custodiar á Enrique Rubio y cumplir las demás órdenes, que respecto á él su jefe les habia dado.

El *Maruso*, despues de saludarlos con muestras de afecto, les preguntó:

—¿Se hizo todo como yo mandé?

—Sí; cuando llegó la hora, lo mudamos al sitio que dijiste, y luego anoche, lo dejamos en las inmediaciones de la Puebla; respondió el hoyoso de viruelas.

—¿Y los otros compañeros?

—Hicieron lo que les dijiste; se marcharon á verse con el mandadero de Rubio, y anoche habrán tomado los dineros en Málaga, algunas horas antes de haber puesto nosotros en libertad al mozo.

—Pues yo creía que ya estarían aquí; añadió el otro recién llegado.

—No han venido todavía, respondió el *Maruso*; pero no tardarán.

Aquí llegaban los interlocutores, cuando el centinela dió un silbido, anunciando que alguien se aproximaba.

El *Maruso* y sus compañeros se alegraron en extremo al reconocer en el recién llegado al chaval que habia ido á Córdoba, para ver al *Chato* y al *Moreno*.

No bien el *Maruso* hubo echado la vista encima, cuando una sombría nube de disgusto difundióse por su semblante.

Habia sospechado que las noticias que le traía su emisario no eran muy satisfactorias.

En efecto, el *Maruso* no se habia equivocado, supuesto que el bandido le refirió que el *Chato* no le habia escrito, y que, habiéndose acercado á la cárcel para hablar con el *Moreno*, sin duda para cumplir su encargo, habia sido tambien preso, y que él, escarmentado, se habia valido de una segunda persona, la cual habia sacado en limpio que ya ninguno de los dos estaba en la cárcel, y que nadie le habia podido dar razon del punto donde los habian conducido.

—¿Y no has podido averiguar nada más? preguntó con aire sombrío el *Maruso*.

—Sólo me han dicho que una noche los mandó sacar de allí el gobernador, que los llevaron al Gobierno civil y que despues nadie sabe á dónde habrán ido á parar.

—Está bien, hombre; parece que los demonios del infierno se han desencadenado contra mí. ¡Todo se me tuerce y nada me sale bien!

—Pues gracias que no me han echado la garra, y que os he encontrado aquí, porque yo no las tenia todas conmigo; pues apenas se puede dar un paso por esos caminos, sin que le muelan á uno á preguntas, y si yo no hubiera llevado mis documentos bien corrientes, á estas horas, es seguro que ya estaria en chirona; pero, por fortuna, en esos terrenos soy desconocido.

—Ya nos hubiéramos largado de aquí, si no tuviéramos que esperar á los compañeros que han ido á Málaga.

—Bueno será esperarlos, pero será mejor que vengan cuanto antes y tomar soleta, porque aquí no estamos bien, pues lo mismo los tunantes de esa partida, que la Guardia civil, andan por esos campos buscando á la gente buena, como quien busca lumbre.

—Pues mañana verá el tuerto los espárragos, y entonces resolveremos lo que se ha de hacer con ese hombre y todo lo demás que convenga.

Y el *Maruso* apartóse de sus camaradas, bramando de ira y maldiciendo su mala suerte; pero sin demostrar á su gente la inmensa pena y la indecible rabia que le consumía.

Entre tanto, los bandidos refirieron á los recién llegados todo lo que les habia acaecido en Benamejí, así como tambien el tenaz silencio que guardaba Lechuga, y la extraña é hipócrita petición que le habia hecho al *Maruso*, respecto á que le trajese un confesor, en el caso de que intentase darle muerte.

Aquellas revelaciones produjeron en los recién llegados la más viva indignación por una parte, y por otra, las más sarcásticas burlas, con respecto al sastre, que, siendo un verdadero demonio, tenia la pretension de morir en apariencias de santo.

## CAPITULO XXXVII.

## LA TRAVESURA DEL BISOJO.

Mientras que los bandidos se hallaban harto inquietos y mortificados por la obstinacion de Lechuga, por el peligro que corrian, y por las desagradables noticias que habian recibido, el honrado labrador don Manuel Rubio se veía en el colmo de la dicha humana, despues de abrazar á su amado hijo Enrique, á quien sus guardianes habian soltado, como ya sabe el lector, en las cercanías de la Puebla.

El joven secuestrado, ahora libre, daba gracias á Dios por su buena fortuna, y en la madrugada del día 10 de Agosto, más allá de la Puebla, encontró una pareja de la Guardia civil, la cual le condujo hasta el inmediato pueblo de Urbaneja, en donde se verificaba la entrevista con la guardia del Arahál, la que á su vez acompañó al joven Enrique hasta su pueblo y casa, recibiendo el padre y toda su familia el inefable contento, que fácilmente se concibe.

Encarnación, la hija mayor del señor Rubio, la cual en cierto modo habia servido de madre á todos sus hermanos menores, experimentó un júbilo indecible al ver en libertad á su pobre y querido hermano, que despues de tan largo cautiverio y de tan crueles privaciones, estaba quemado del sol

y por extremo enflaquecido; pero todas estas amarguras y penalidades quedaron borradas por el incomparable gozo de verse todos los hermanos reunidos en su hogar y en presencia de su anciano padre, que lloraba de alegría por tan fausto é inesperado acontecimiento.

Cundióse en seguida la venturosa nueva por el pueblo, y el joven Rubio y toda su familia fueron objeto de las más sinceras y calurosas felicitaciones.

Llegó tambien la noticia á la desventurada esposa del *Maruso*, que muy de veras alegróse en su corazón de aquel suceso, imaginándose que acaso por este motivo no tardaría en ver tambien en su casa y estrechar contra su seno á su querido hijo; pues aún cuando ella, en un principio no creía que el secuestro de su niño tuviese relacion con el del joven Enrique, llegó por último á creerlo así, en vista de lo que de público se decía, y tambien en virtud de las sospechas é indicaciones de su mismo esposo.

Debo, sin embargo, advertir que los encubiertos secuestradores del niño Carrasco procedieron en aquel caso con extraordinaria discrecion, supuesto que continuaron teniendo cautivo al hijo del *Maruso*, á fin de apartar de la familia de Rubio toda sospecha, que más adelante pudiera perjudicarle bajo cualquier concepto.

Así, pues, en este sentido, las próximas esperanzas que abrigaba la esposa del *Maruso* de ver á su hijo quedaron completamente defraudadas.

La madre del niño Carrasco hubiera querido entonces hablar con su marido, del cual nada sabia despues de la noche que logró escaparse de la Guardia civil, á fin de celebrar y agradecerle su buena obra en soltar al joven cautivo, llamando tambien su atencion respecto á las alternativas y cambios de fortuna, que la Providencia dispone en el seno de las familias; pues que ahora la de Rubio se hallaba en el apogeo de su felicidad, mientras que la suya estaba sumergida en el abismo de la desolacion y de la tristeza.

¡Cuán ajena se hallaba la infeliz esposa del *Maruso* de que la soltura del cautivo, que á ella tanto le regocijaba, habia de ser para su marido causa y origen de la más negra desesperacion y de la más frenética rabia!

En efecto; al día siguiente de haber llegado á las ruinas del castillo el emisario que fué á Córdoba y los dos guardianes de Enrique, llegaron tambien los dos bandidos que habian marchado á Málaga para recibir el dinero de manos de Rodrigo.

—¡Cuán to me alegro que hayais venido hoy! exclamó el *Maruso*. Porque ya no podemos aguantar aquí más tiempo sin gran peligro.

—Pues ya estamos todos reunidos, y vengan penas y trabajos! exclamaron á la vez los dos recién llegados.

—¿Visteis á ese hombre? preguntó el *Maruso*.

—Lo vimos.

—¿Y qué ha pasado?

—Te digo que la primera corazonada es la que vale! exclamó el *Bisojo*, que era el de más edad de los dos compañeros.

—¡Esa es la mia! añadió el otro camarada.

—¿Y por qué decís eso?

—Porque es la pura verdad. Figúrate que nosotros salimos del rancho, y para no caminar á ciegas, convinimos en avizorar cuándo y cómo salía ese hombre del pueblo. Pues bien; lo vimos salir montado como se le dijo, y á la hora fija; y entonces, deseando reunirnos cuanto antes contigo, tuvimos tentaciones de echarnos encima y que nos largáramos en seguida el *loben*; pero luego recapacitamos que nos habías dicho con mucha formalidad, que fuéramos á Málaga y á la posada del Agujero, y que allí nos viésemos con ese hombre.

—Pero ¿á qué andas con tantos rodéos para contarme lo que ha pasado?

—Pues ahí verás; yo te lo contaré lo más pronto que pueda. Teniendo presente tu orden, dijimos: «Vamos á hacer la cosa tal y conforme Pepe nos lo ha mandado.» Y entonces decidimos ir en acecho de aquel mozo; pero con la intencion de no acercarnos á él hasta Málaga, en cumplimiento de tu *consina*. Así caminamos algunas horas; pero de pronto divisamos un peloton de tricorrios entre el criado de Rubio y nosotros, lo cual nos puso más escamados que una sardina, y entonces tuvimos que trotar de lo lindo, dejar los jacos y tomar el tren.

—Bueno; ¿y qué sucedió en Málaga?

—Pues sucedió que fuimos á la posada del Agujero, y ese hombre no ha parecido.

—Luego ¿no habeis tomado el dinero?

—Claro está. Lo esperamos, y hasta perdimos un tren por ver si se presentaba; pero no le pudimos echar la vista encima; y por no tardar más, decidimos el venir en busca tuya. Conque, ya sabes lo que ha pasado.

Al oír este relato, la cólera y desesperacion del *Maruso* llegó á su colmo, y excusado parece decir que los demás bandidos participaron tambien de su ira y rabia, al ver defraudadas sus esperanzas de recibir el precio del rescate.

—¡Estamos dejados de la mano de Dios! exclamó al fin el *Maruso*. ¡Nada nos sale ya bien! Hemos ido á Benamejí para averiguar lo que más nos importaba, y ese hombre maldecto se cierra como una almeja y no dice esta boca es mia. Hemos soltado la presa de Rubio, y no hemos recibido el dinero. ¡Mil legiones de demonios están en contra nuestra! ¡Por vida de la casa santa de Jerusalem!

Y el *Maruso* giraba en su alrededor miradas terribles, y crispaba los puños y rechinaba los dientes de furor, mientras que sus compañeros le contemplaban adustos y silenciosos.

Trascurridos los primeros momentos de aquella explosion tan feroz y violenta, el de los ojos azules se aventuró á decir.

—Vamos, hombre, sosiégate y pensemos en lo que tenemos que haer de aquí para adelante, y no hablemos de lo de atrás, porque con agua pasada no muele molino.

—¡Es menester pegarle fuego al mundo!

—Está bien; arderá si tú lo quieres; pero lo que ya no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor; y en fin, á lo hecho, pecho.

—Sí; pero yo tambien siento que vosotros hayais perdido el fruto del trabajo que habeis dado en este secuestro...

—No te aflijas por eso, dijeron á una voz todos los bandidos, pues tambien tú has hecho los gastos.

—¡Maldita sea mi suerte!

—De manera es, replicó el alto, que todos los negocios no han de salir á pedir de boca.

—Pues, vamos á ver, ¿qué hacemos?

—Yo creo, dijo el chaval que habia ido á Córdoba, que todavia nos puede suceder alguna cosa peor, y que lo más acertado seria el aburrir cuanto antes este nido.

Los recién llegados entonces supieron de boca de sus camaradas el peligro que allí corrian, la obcecacion del sastre, y la singular demanda de confesion que al *Maruso* le habia hecho.

Al saber tales noticias, el *Bisojo*, encarándose con su jefe, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer con ese hombre?

—Reventarlo de una vez.

—¿Y le has prometido traerle un confesor?

—Para traer confesores aquí estamos. Yo no le he prometido nada con formalidad; porque ¿adónde vamos á buscar por aquí un cura sin comprometernos?

—Pues cabalmente esa es mi opinion, respondió el *Bisojo*; pero se me ha ocurrido una diablura, que quizás puede servir para tu intento de *julnar* los secretos de ese tunante.

—¿Y qué es ello? ¡Habla!

—Ya sabes que yo estudié latin y he sido monaguillo, y á mí me gustan mucho estas escenas; y si por este medio podemos averiguar algo, no se habrá perdido el salto. En fin, Pepe, si tú quieres, yo confesaré á ese tuno y veré lo que puedo sacarle.

No obstante la pena y rabia de que estaban poseidos los ladrones, todos prorrumpieron en una estrepitosa carcajada, celebrando la ingeniosa travesura y singular ocurrencia del *Bisojo*.

El *Maruso* tambien pareció satisfecho de aquella extraña proposicion, imaginando que tal vez de ella podia sacarse algun partido para su fin principal y supremo, que consistia en averiguar por todos los medios posibles el paradero de su hijo.

Así, pues, dirigiéndose al *Bisojo* le preguntó:

—¿Conoces tú á Lechuga?

—Nada más que de oidas.

—¿Y él te conoce á tí?

—De seguro que no.

—¿Y los hábitos?

—¿Qué hábitos ni qué berengenas! replicó el *Bisojo*. ¿Queréis que venga un cura por estos cerros con las *sopalandas*?

—Eso es verdad; respondió el *Maruso*.

—Además que lo tendreis con los ojos vendados.

—Claro está; pero es un tío marrajo que lo primero que hará será echarte mano á la mollera para asegurarse de que traes corona.

—Pues ese es chico pleito, porque en cuanto á la cara, estoy raído como un fraile; y en cuanto á la corona, aquí traigo yo mi navaja de afeitár, y en seguida me la podreis abrir.

—Pues manos á la obra, porque me agrada tu plan; pero es menester que tú caviles la mejor manera de diársela á ese tío zorro, para que te crea un cura de tomo y lomo, y para que le saques todo lo que tenga en el buche.

—Descuida, Pepe, que yo lo sabré hacer á la perfeccion, y no tengas duda que si él cree de buena fé en la santidad de este sacramento de la Santa Madre Iglesia, de fijo que me soltará á mí, lo que no haya querido confesarte.

—Pues mira, *Bisojo*, se me figura que lo vas á hacer bien; respondió el *Maruso* con aire más jovial y dando treguas á su indignacion y pena.

JULIAN ZUGASTI.

Continuará.)

## CENTRO DE ASTURIANOS.

Hemos asistido á la *velada* que se celebró en el Círculo Asturiano en honor del Sr. D. Alejandro Mon, del que fué nuestro ilustre amigo.

No podemos extendernos hoy por falta de espacio en nuestras columnas, en el exámen de las diversas apreciaciones que hicieron en sus notabilísimos discursos los Sres. Posada Herrera, conde de Toreno, Ruiz Gomez y vizconde de Campo-Grande, que juzgaron al Sr. Mon en la esfera política, económica y diplomática.

La misma circunstancia nos priva de ocuparnos del discurso pronunciado en otra reunion del mismo Círculo por el director de La América, señor Asquerino, que fué confirmado con aplauso general en el título de hijo adoptivo de Asturias, que le concedieron hace ya algunos años, muchos hijos de aquel país.

En el número próximo insertaremos los inspirados versos que leyó en la *velada* nuestro apreciado colaborador, Sr. Escosura.

## EL LIBRE - CAMBIO.

Magnífico fué el meeting que celebró el domingo, en el teatro de la Alhambra, la asociacion Arancelaria de Aduanas, sobre el libre-cambio. El inmenso público que llenaba todas las localidades, aplaudió con entusiasmo los elocuentísimos discursos que pronunciaron los Sres. Figuerola, Castañeda, Pedregal, Azcárate, Moret y Gabriel Rodriguez.

El discurso del Sr. Pedregal, lógico, profundo y concienzudo, trató la cuestion con toda amplitud; el del Sr. Moret fué acogido con nutridos aplausos, y terminó el acto el Sr. Rodriguez con sentidas frases.

# ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

### SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana. Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

## MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

## DOLORAS

Y

## CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

## EL BANDOLERISMO

### ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CORDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE

## TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía, Caños, 1, son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

### Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edición está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.

LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles,

### BANCO DE ESPAÑA.

#### 4.º SORTEO PARA LA AMORTIZACION DE LA DEUDA AL 4 POR 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortización de la Deuda al 4 por 100, la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponden en justa proporción por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emisión, las cantidades siguientes:

A la serie A, pesetas	880.000
» » B, »	3.142.000
» » C, »	6.391.500
» » D, »	4.525.000
» » E, »	6.787.500
En suma, pesetas...	21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo puedan resultar de más y de menos en las cuotas trimestrales, fijadas para intereses y amortización por la necesidad de acomodarse á lotes cabales, se tendrán en cuenta y se compensarán convenientemente en los sorteos sucesivos.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulación y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortización del trimestre vencido en 1.º de Enero próximo, según el detalle siguiente:

Serie	Bolas que representan	Tratados que representan	Capital	Bolas que han que representar	Tratados que representan	Capital	A pagar por intereses	Total de intereses y amortización
A	13.891	138.910	69.455.000	37	370	185.000	694.550	879.550
B	9.922	99.220	248.050.000	26	260	650.000	2.480.500	3.130.500
C	10.091	100.910	504.550.000	27	270	1.350.000	5.045.500	6.395.500
D	2.858	28.580	357.550.000	8	80	1.000.000	3.572.500	4.572.500
E	2.143	21.430	532.750.000	6	60	1.500.000	5.357.500	6.857.500
	38.905	389.050	1.712.055.000	104	1.040	4.685.000	17.150.550	21.835.550

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salon de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, núm. 32, el día 1.º de Diciembre próximo, á la una de la tarde, y los presidirá el gobernador ó un sub-gobernador, asistiendo además una comisión del Consejo el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducir las en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administración del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público para su comprobación las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortización.

Madrid 15 de Noviembre de 1882.—El Vice-secretario, Vicente Santamaría de Paredes.

### BANCO DE ESPAÑA.

Los interesados que tienen constituidos en este establecimiento depósitos en obligaciones del Estado por subvenciones de ferro-carriles y en títulos del 3 por 100 consolidado interior, pueden presentar sus resguardos en la Caja de efectos en custodia, en los días que se citan á continuación, para entregarlos al siguiente los títulos definitivos del 4 por 100 perpetuo que por efecto de la conversión les hayan correspondido.

Día 24 de Diciembre.—Resguardos de obligaciones por subvenciones á ferro-carriles, números uno al cien mil.

Día 25 de id.—Idem de títulos del 3 por 100 consolidado, números 100.001 al 150.000.

Día 27 de id.—Idem de obligaciones por subvenciones á ferro-carriles, números 100.001 al 150.000.

Madrid 22 de Noviembre de 1882.—El vicesecretario, Vicente Santamaría de Paredes.

### BANCO HISPANO-COLONIAL.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el décimo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba el día 1.º de Diciembre próximo, cuya amortización, conforme á la Real orden de 26 del mismo Junio, se hará como los anteriores por milésimas partes, debiendo amortizarse en este décimo trimestre 5.250 de los 750.000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona, en la sala de sesiones de este Banco, á las once de la mañana del referido día 1.º de Diciembre, y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fé un Notario, según lo previene el Real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 937 bolas sorteables y se extraerán de ellas siete, cuyos núme-

ros quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos, resultando, por consecuencia, amortizados los 5.250 billetes correspondientes á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados, y dejará expuestas al público en este establecimiento las bolas que hayan salido en el sorteo.

Barcelona 15 de Noviembre de 1882.—El Gerente, P. de Sotolongo.

### BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortización varía según la duración de préstamo.

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relación clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestación inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestación se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulación en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

En representación de los préstamos realizados, el Banco Hipotecario emite cédulas hipotecarias, las que pueden adquirirse directamente en dicho Banco ó por medio de agente, y en provincias, en las Comisiones del Establecimiento.

### OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Precio de suscripción en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª

Caños, 1.